Ulises y Yacir

Cristina Cerezales Laforet

Ulises y Yacir son dos adolescentes que provienen de dos mundos muy alejados culturalmente. Ulises es hijo de una familia española acomodada, aunque no libre de problemas, mientras que Yacir proviene de Marruecos, de donde tuvo que huir jugándose su salvación a una carta muy peligrosa: el cruce del Estrecho en una patera en la que perdieron la vida dos miembros de la familia.

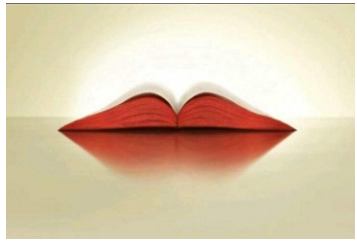
El encuentro entre estos dos jóvenes durante unas semanas en un pueblo de la costa de Cádiz les cambiará para siempre. Lo que primero fueron recelos y desconfianza, fruto de sus miedos e inseguridades, pronto se convertirá en una relación de amistad mágica, en la que compartirán sus sueños, sus ilusiones y sus primeros descubrimientos. Con ellos conviven Dorotea, Yamal y Melika, tres adultos que tratarán de ayudarles a resolver sus conflictos.

Esta es la historia de amistad entre dos adolescentes, dos culturas, a partir de las historias familiares que, a lo largo de dos generaciones, van dibujando la forma de vida e idiosincrasia de cada pueblo y de cada familia.

Tras *Música blanca y El pozo del cielo*, Cristina Cerezales Laforet construye un nuevo relato íntimo e inspirador con su característica elegancia y su estilo penetrante.

Cristina Cerezales Laforet

Ulises y Yacir



Título original: *Ulises y Yacir*
Cristina Cerezales Laforet, 2016

-

Vins

Revisión: 1.0
Fecha: 17/12/2019

Dice una leyenda japonesa que las personas destinadas a encontrarse están unidas desde su nacimiento por un hilo rojo.

Las olas no brindan respuestas, pero ¿acaso él busca eso? ¡Para nada! Él sabe que no las hay, que se perdieron con todo lo demás. Las dejó junto al otro, aquel que ya no le habita, el que quedó abandonado en la otra orilla. A veces hasta puede sentirlo, esperando frente a la casa de Said, para cumplir con la cita y la promesa rota. Su madre es culpable de lo ocurrido. No puede perdonarla.

Empieza a atardecer y el mar oscurece. En la otra orilla estarán oyendo la voz del almuecín convocando a la oración. Cuando le habitaba el otro, esa voz se introducía en él y removía posos que revoloteaban en su interior y lo inundaban de paz.

En esta hora oscura Yacir permanece alerta. Espera lo imposible. El mar se va tornando violeta con reflejos dorados. Casi consigue desdoblarse y vivir dos situaciones de forma simultánea, como en una superposición. En una, están acodados Said y él a una baranda, atrapados en el embeleso de la espuma removida en círculos concéntricos del mar de Marruecos, se cuentan historias de brujerías y de barakas mientras la voz profunda del almuecín los sobrecoge en una complicidad sin fisuras. Y al mismo tiempo está en la roca, en la orilla de España, recibiendo en la cara las salpicaduras de las olas que le trae el viento. Solo, inmensamente solo. Cierra los ojos.

Las aguas ya negras se tornan azules a rachas bajo los destellos del faro de Camarinal. ¿Lo conseguirá esta vez? Nunca lo ha podido recrear. Fija la mirada en el abismo oscuro, ¿a quién perteneció aquel instante? Él no ha sabido nunca contarlo ni revivirlo. Quizá debiera estar de nuevo hundiéndose en la muerte para recibir aquella llamada que lo arrastraba al paraíso. Fue un momento de felicidad diferente a todo lo que ha vivido. ¿Estarán Aisha y Samia junto a Alá? Su madre le reprocha que no las haya llorado. Ella se pasa el día llorando como si con ello pudiera regresarlas, volver al pasado. Yacir fija la mirada en las olas, se siente atraído por el abismo al que podrían arrastrarlo. Aparta los ojos. Podría ser Aisha Kandisha tratando de seducirlo. No debe confundir una cosa con la

otra. Lo que él recuerda es diferente a todo, nada que ver con la bruja Kandisha, de eso está seguro. Fue como zambullirse en la eternidad en un paisaje divino, nunca podría explicarlo, ni siquiera a Dorotea —que se esfuerza tanto por entenderlo—, ni siquiera a Yamal, cuyos ojos lo devolvieron a la vida.

Tendrías que estar agradecido, le dice Melika.

¿Agradecido? ¿A qué? ¿A Yamal por sujetarlo a la vida cuando él quería escapar de ella? ¿A Dorotea por atender a este ser en el que ya no se reconoce? Está bien, el Yacir de España agradece a los dos sus cuidados, si a eso se refiere su madre, pero que nadie se preste a confusión. Él no quería nada de esto. El verdadero Yacir quedó allá abandonado, aquí solo queda un despojo sin vida propia.

Siente los miembros entumecidos por la postura y la humedad. Se levanta y estira los brazos al cielo. Si se atreviera a introducirse de nuevo en las aguas del mar, se entrenaría para cruzar el Estrecho a nado. ¡Qué sorpresa se llevaría Said si lo viera aparecer de nuevo por las calles de Tánger!, ¡qué abrazo se darían!, ¡qué carcajadas compartirían!

Se sube el cuello de la zamarra y afronta el viento en la cara. De pronto, un soplo de vida remueve la energía de sus catorce años, y se rinde por un instante, agradeciendo sinceramente a Yamal y a Dorotea que le estén enseñando de nuevo a vivir.

El sonido del teléfono lo pilla en un momento de concentración. Está completando su colección de dragones de agua y, por mucho que se esfuerce, hay colores que, tal como los presentan en el libro, le parecen imposibles de conseguir por lo menos con las acuarelas que él tiene. Si no fuera porque a esa hora suele llamar Dorotea, no habría hecho caso del timbre, porque a ese teléfono solo llaman los amigos de sus padres; con los suyos se comunica por el WhatsApp del móvil. Se limpia las manos y no llega a tiempo. El sonido ha cesado. Aprovecha la interrupción para comprobar la hora y apresurarse a recoger todos los bártulos de pintura. Dentro de poco va a llegar su madre y más le vale que lo pille estudiando. Como si la persona al otro lado de la línea hubiera adivinado sus movimientos, vuelve a sonar el teléfono cuando acaba de recoger. Al oír la voz de Dorotea, Ulises se lleva el inalámbrico a su cuarto y se instala cómodamente para charlar con ella.

—No estoy solo —contesta a su primera pregunta—, estoy con Plaf.

—…

—No, no es un amigo. Bueno, sí, es muy amigo, pero no es un chico, es un perro. Me lo regaló mi padre el día de mi cumpleaños.

—…

—Doce, aunque ya pronto trece. Decía mi padre que me regaló a Plaf porque hablaba demasiado yo solo, y que le parecía más sano que hablara con un perro como hacía él de niño; pero no es verdad, quiero decir que no es verdad que hable solo, por lo menos en voz alta, lo que hago es pensar y puede que alguna vez se me escape alguna palabra.

Dorotea le pregunta por su afición al dibujo y la pintura y le recuerda que tiene guardados dibujos suyos de cuando era niño. Él se explaya entonces hablándole sobre los dragones, que son ahora su tema favorito, y sobre los colores irisados de los dragones de agua que está tratando de conseguir sin resultado.

Se ha tumbado en la cama, con las piernas cruzadas encima de

la colcha, y ha permitido a Plaf acomodarse a su lado para que Dorotea oiga sus gruñidos de placer y vaya conociéndolo un poco. Le gusta hablar con Dorotea. Le hace sentirse importante y lo entretiene porque es auténtica y le cuenta cosas divertidas, y aunque diga su madre que es mayor y que está enferma, por la voz no lo parece. Tiene que conseguir que le dejen ir a visitarla a esa casa que ella le cuenta que tiene a la orilla del mar. A él no le importa que esté enferma, él sabe cuidar. Ha cuidado muchos animales cuando vivía en la *urba* y tenían jardín. Ella se ríe cuando se lo dice, y Ulises se pone colorado, allí en su cuarto, porque la risa de Dorotea demuestra que no está enferma, o al menos que no necesita cuidados.

—¿Cómo me imaginas? ¿Quién te ha dicho que a mí hay que cuidarme?

—No sé, pero tú me cuidaste a mí de pequeño, y ahora yo soy un experto en cuidados.

No ha querido revelarle que sus padres le hablaron de su enfermedad porque le avergüenza que, sabiéndolo, no corran a socorrerla. Él no es como ellos, él con sus amigos es legal y si Cefe, por poner un ejemplo, lo necesitara, él dejaría todo por atenderlo.

Dorotea le contesta que se lo agradece, pero afortunadamente, por ahora no necesita esos cuidados. Le pregunta de nuevo por sus amigos, ¿no tiene amigos? Sí que los tiene, pero ahora no puede verlos porque se ha mudado de casa. Antes vivían en las afueras, en una urbanización donde él conocía a todos los chicos, que además iban a su mismo colegio. Ahora se han mudado al centro de Madrid, bueno, no sabe si es el centro, está cerca de Colón, y su nuevo colegio está lejos y viene un autobús a recogerlo. Su madre se ha empeñado en cambiarlo de colegio porque este nuevo es bilingüe y dice que eso es mejor para él. Menos mal que Alicia convenció a la madre de su amigo Cefe para que lo cambiara también a él. Aunque los dos protestaron por el cambio arguyendo que en el anterior se aprendía más, no les hicieron caso.

Dorotea lo escucha con atención, como si todo lo que le contara fuera interesante. Él lo nota, aunque no la vea, y por eso le encanta seguir respondiendo a sus preguntas.

—Al principio, sí. Lo pasé muy mal, como si me hubieran encerrado. El piso me parecía una jaula, y las calles, con tanto

tráfico, no me gustaban nada. Pero ahora ya me he acostumbrado. Creo que mamá tiene razón y que yo era un exagerado porque me pasaba el día protestando sin ver las ventajas del sitio nuevo. Pero es que no las veía.

Ulises oye el ruido de la cerradura. Tiene que terminar la conversación, pero no sabe cómo hacerlo sin que Dorotea descubra que están llegando sus padres a casa. Oye la voz de Alicia llamándolo. Tapa el auricular.

—Dorotea, te tengo que dejar, Plaf está muy nervioso y tengo que sacarlo a la calle. Te llamo mañana, ¿de acuerdo?… Bueno, sí, llámame tú al número de móvil que te di.

Cuelga bruscamente. Alicia está llamando a la puerta de su cuarto él; la había cerrado con pestillo. Ulises hace que Plaf se baje de la cama y estira la colcha sacudiendo los pelos del perro y los restos de arena que han dejado sus deportivas, que había olvidado quitarse. Después, abre la puerta con calma.

—Toma —dice ofreciendo a su madre el inalámbrico—, seguro que lo buscabas.

—¿Por qué dices eso? —Alicia echa una ojeada a la cama y frunce el ceño.

—Porque siempre lo buscas cuando llegas a casa, para hablar con Regina.

Tiene razón su hijo, pero hay cosas que en la oficina no puede comentarle a Regina porque hay «orejas tendidas», como dice ella. Cambia de conversación.

—¿Por qué te habías encerrado? Ya sabes que no me gusta. —De pronto, Alicia dulcifica el tono de voz—. ¿Hablabas con una amiga?

—Sí.

Alicia lo estruja contra ella.

—¿Lo ves?, te dije que ibas a tener amigos y amigas a montones. No sabes cómo me alegro, pero no te cierres para hablar, nadie va a molestarte.

—Hablaba con Dorotea.

Alicia, que ha empezado a marcar el número de su amiga, se detiene.

—¿Ha llamado otra vez? ¿Te ha dicho qué quiere?

—Hablar conmigo, nos hemos hecho amigos. Le he dado mi número de móvil para que me llame cuando quiera. Con vosotros ya

no quiere hablar.

—¡Dios mío!, ¿te lo ha dicho?

—No, pero lo sé yo. Me ha invitado a ir a su casa, que está al borde del mar.

—Tengo que hablar con ella. ¡Claro que quiere hablar con nosotros! ¿Qué es eso de que solo quiere hablar contigo?

—Te digo que nos hemos hecho amigos. Además, es mi madrina.

—No es tu madrina. Tú no estás bautizado.

—Tú me lo dijiste…

—Era una forma de hablar.

—Para ella no es una forma de hablar. Me cuidó cuando yo era pequeño y tú tenías trabajo.

—Es verdad que me ayudó mucho, pero entonces yo no trabajaba; era otra cosa… yo tuve una depresión —Alicia habla como para sí misma—. No sé qué habría sido de mí sin ella. Y lo correcto sería devolverle el favor, pero no es tan fácil. Ella tenía tiempo y yo no lo tengo. ¿Lo entiendes, hijo?

Ulises alza los hombros.

—¿De qué habéis hablado?

—Me ha dicho que vive en una casa cerca de un monte y una playa, y que le gustaría que fuera a visitarla.

—¿Cuándo? ¿Ahora?

—¿Cómo va a ser ahora? Me imagino que será en vacaciones de verano, cuando acabe el cole.

Alicia se queda pensativa.

—Si pudiera ser antes…

—¿Cuándo?

—La semana que viene.

—¿Y el cole?

—Eso lo arreglo yo con tu profe. Siempre me dice que vas muy adelantado… Además, faltarías solo unos días, poco más de una semana, porque luego enlazamos con Semana Santa.

—Me habías dicho que en Semana Santa íbamos a ir tú y yo a París para que practicara el francés.

—Ya, pero lo haremos en otro momento, ahora no puede ser.

Ulises finge decepción, aunque ir a París solo con su madre no le apetezca demasiado. Se imagina recorriendo museos con ella o mirando la tele en el hotel mientras ella sale con sus amigos. La

cara de decepción ha funcionado, ahora su madre se siente culpable y de esa situación siempre puede conseguir alguna ventaja.

—Es que tengo un viaje muy importante ¿sabes? Y todavía no he encontrado una solución para ti, porque a papá, ¡cómo no!, lo mandan también un tiempo fuera.

—Lo de papá ya lo sabíamos, lo que no sabíamos es lo tuyo…

—Mira, déjalo en mis manos, ¿a ti te apetece visitar a tu madrina?

Le gusta que reconozca que es su madrina. En eso se siente triunfador sin darse cuenta de que es ella quien lo está manejando.

—Lo de París lo haremos un día tú y yo solos, te lo prometo, esté o no tu padre de viaje. Además, Dorotea habla muy bien francés.

—A mí me gustaría que papá también viniera con nosotros…

Es verdad que le gustaría, no soporta que sus padres se alejen cada vez más el uno del otro. Últimamente, siempre sale en defensa de su padre; y no porque él se someta, al revés, es muy cabezota —tanto que a menudo reconoce que Alicia tiene razón en lo que defiende—, sino porque en las discusiones ella se pone muy nerviosa e interrumpe constantemente a su marido con la cantinela de que los argumentos que él esgrime son solo excusas para librarse de sus obligaciones familiares. Ulises tiene la molesta sensación de encarnar esas «obligaciones familiares» a las que alude su madre.

—Bueno, eso de que venga papá ya lo veremos. Contéstame a lo de antes, ¿a ti te hace ilusión visitar a tu madrina?

Ulises contesta con una mueca de indiferencia porque ya no sabe si le apetece o no. Le habría gustado más de otra forma, en verano, por ejemplo, y después de que Dorotea se lo hubiera propuesto por lo menos dos veces, no así, con tanta urgencia, como si en su casa estuvieran deseando librarse de él. También le hubiera gustado que su madre tratara de retenerlo en vez de mirarlo con esa impaciencia que delata las ganas que tiene de quitárselo de encima. Y él tampoco puede defenderse, porque sabe muy bien —ella se lo ha repetido muchas veces— que el trabajo de su madre es importante no solo para ella, sino para todos. Cuando dice «para todos» se refiere a todos los españoles, porque trabaja en la política, para que el país funcione bien. Teniendo en cuenta todas las circunstancias, Ulises le contesta que sí, que le gustaría ir con su madrina, y

después le entra una tristeza que es como un peso sobre los hombros.

Alicia levanta la barbilla de su hijo.

—No te preocupes, lo vas a pasar muy bien. Dorotea es una persona magnífica. Yo soy una egoísta, lo reconozco, pero ella no, ya lo verás.

Al día siguiente, Ulises recibe en el móvil una llamada de Dorotea. Le dice que Alicia ha hablado con ella y le ha preguntado si podría recibirlo la semana siguiente. A ella le gustaría mucho, pero primero quiere saber su opinión. Eso es lo bueno de Dorotea, que siempre quiere conocer lo que él piensa de las cosas.

—Yo había pensado que sería mejor en verano —contesta Ulises confuso.

—Por supuesto. En verano también tienes que venir. Te va a gustar esto, Ulises.

—Pero es que… yo no sé si el colegio…

—Alicia me ha dicho que ha hablado con tu profesora y que no ha puesto pegas. De todas formas, si tú no lo ves claro, coméntalo con tus padres. Yo solo quiero decirte que para mí es también un buen momento, y que tengo muchas ganas de volverte a ver. Y por las clases, no te preocupes, que ya me encargo yo de ponerte al día.

Ulises no puede compartir el ánimo de su madrina. Se siente cohibido, como si su relación hubiera perdido fuerza al haber intervenido su madre. En esta historia él era el héroe protector de Dorotea, una mujer mayor y enferma a la que sus padres no podían atender. Y ahora resulta que vuelve a su papel de siempre: alguien a quien hay que encajar en la vida de los otros como sea.

—Me hace ilusión que conozcas a Yacir —le comenta Dorotea, que parece adivinar su desánimo—. Es un chico estupendo y te necesita.

—¿A mí?

—Sí. Él no lo sabe, pero yo sí.

Eso de que ese chico lo necesite sin saberlo le pone nervioso. Le parece que puede ser una de esas cosas que se figuran los adultos y que vienen a enredarlo todo.

—Ya le he dicho a tu madre que puedes traer al perro. Esto es

campo y lo pasará bien.

Ulises se lo cuenta a Plaf, le habla del viaje que harán juntos y de la casa donde van a pasar unos días como invitados. Trata de no pasarle su desánimo, y lo consigue, porque Plaf lo mira con devoción; y Uli vuelve a sentir un calorcito por dentro, como cuando hablaba con Dorotea antes de que interviniera su madre.

Y pensar que, cuando su padre le dijo que le iba a regalar un perro por su cumple, él le contestó «¡Ni se te ocurra!» porque se imaginaba el cabreo que iba a coger su madre cuando viera aparecer un perro en el piso. En eso se equivocó, pero es que está harto de peleas, prefiere prescindir de lo que sea antes que oírles gritar. Y, encima su amigo Cefe le dice que es por cobardía, porque no se atreve a enfrentarse. Ya le gustaría verlo a él con una madre como la suya. Se había enfrentado a su madre cuando ella le dijo que no podía prepararle la fiesta de cumpleaños que le había prometido y que tenía que llamar a sus amigos de la *urba* para cancelar las invitaciones. Ya lo creo que se había enfrentado: había llorado y había gritado, y le había dicho que llamara ella a sus amigos porque él no pensaba hacerlo. Ella cogió su lista y los llamó uno por uno y, después, como él seguía cabreado, lo mandó a su cuarto sin cenar; eso es lo que había conseguido. ¡Suerte que no tenía apetito! Se durmió vestido sobre la cama. Al día siguiente era su cumpleaños, y ella lo despertó con cariño, le dijo felicidades y le prometió que otro día harían la fiesta. Se le notaba mucho que estaba arrepentida. Quizá por eso, cuando su padre llegó con Plaf en brazos, no se produjo la escena que él había imaginado ¡Fue algo increíble! De todas formas, como el humor de su madre es cambiante, él la miró con cara de no tener nada que ver, lo cual era cierto —él había intentado evitar el problema—; pero su padre es un cabezota de cojones, en eso cree que su madre no exagera. Alicia se rio de su cara de inocente y, para sorpresa de Ulises, acarició al cachorrito en la cabeza y dijo que le caía simpático. Todo sucedió como en un instante mágico. A Ulises se le pasó el enfado por lo de la fiesta, a Alicia se le pasó el remordimiento por haber incumplido su promesa y Pablo estaba orgullosísimo por haberse salido con la suya y haber acertado.

Pasado ese primer instante, vinieron las reglas: Del perro te ocupas tú. De todo: de la comida, del paseo, de la limpieza, de todo.

Tú o tu padre, que ha sido el responsable.

—Pero yo notaba que estaba contenta, Plaf. Y lo sigue estando, porque se nota mucho que te quiere y que tú también la quieres a ella, incluso más que a papá, casi tanto como me quieres a mí, que es el máximo que se puede querer.

La llegada de Plaf a la casa ha significado una bendición para Ulises. Desde que sale a pasear al perro ha empezado a perderle el miedo a las calles de Madrid. El cambio de vida —de una urbanización en la periferia a la calle Goya, en pleno centro de la ciudad— lo había descolocado. Pero con Plaf le permiten estar más tiempo fuera, y se va a la plaza de Colón a saltar con el *skate*, y ha hecho algunos amigos —o por lo menos conocidos—, porque Plaf es muy simpático y se enrolla con cualquiera y él es muy bueno haciendo piruetas y despierta admiración. Entre los dos forman un buen equipo.

Ulises se estira.

—Es hora de salir, Plaf.

Coge el monopatín y la correa del perro, que no piensa utilizar salvo en el caso de que se crucen con una perrita atractiva. Alicia hace un gesto desde el teléfono para que se calle ese perro, que está alborotando y no la deja oír. Ulises se acerca a ella y le da un beso de despedida, y ella interrumpe un momento su conversación para indicarle que vuelva pronto y se ponga a hacer los deberes.

En la escalera se cruza con su padre.

—¿Adónde vais?

—Voy a patinar un rato.

—¿Y los deberes?

Le dan ganas de decir que ya los ha terminado, pero, aunque su padre parece distraído, lo más probable es que no cuele.

—Hoy tengo poca tarea, vuelvo enseguida.

Pablo lo mira con ternura.

—Si yo te comprendo, hijo. Los chicos tenéis que desfogaros, pero luego vienen las notas y los disgustos.

—No te preocupes papá; además, tengo que sacar a Plaf.

Ulises ya está fuera, subido en su monopatín. Respira hondo y sonríe a la vida. Puede que él esté insoportable, pero lo que a él le parece de verdad insoportable es la vida de sus padres, siempre con tanto trabajo o con la sensación de estar ocupados. Se siente libre

deslizándose por la calzada hasta el parque. Se llevará el *skate* a Atlanterra, donde vive Dorotea. Plaf corre detrás de él y ladra bulliciosamente. Ahí están sus vecinos los *skaters*. Se acerca al pequeño grupo.

—¡Ya era hora, Uli!

Ulises hace una pirueta en el aire y se pone a rodar cuesta abajo. Los demás lo siguen.

Cuando Dorotea llegó por primera vez a Zahara de los Atunes, empezaba a ser una mujer indomable que solo escuchaba los dictados de su conciencia. Nadie por aquel entonces consideraba adulta a aquella adolescente rebelde de doce años; solo ella notó que algo se había roto y se había transformado, y se sentía como la crisálida que se convierte en mariposa y empieza torpemente a levantar el vuelo. Desde entonces dejó de conformarse y de cumplir con aquello en lo que no creía.

Llegó con su padre en vacaciones de invierno, meses después de la muerte de su madre. La playa estaba blanca y el mar azul cristalino con toques esmeralda. De vez en cuando se levantaban cortinas de agua por las que circulaban peces de color plateado. Quedó subyugada por aquel paisaje. Llegaron hasta el faro solitario que llamaban Camarinal, y pasearon por el matorral entre lentiscos, palmitos, enebros, y otras plantas costeras que se desparramaban hasta la arena y en cuyo límite pastaban unos cuantos caballos. Se iniciaban los años sesenta, y empezaban a llegar los primeros alemanes, que poco más tarde construirían mansiones entre palmeras y lentiscos y darían nombre a la playa, entonces desierta. Se prometió interiormente que algún día construiría allí su morada.

No volvió a aquel lugar hasta veinte años más tarde, con la sensación de haber vivido ya muchas vidas: algunos amores y pocos desengaños. Se sentía en plenitud, cargada de tesoros intangibles y protegida por una pequeña fortuna recién heredada. Cruzó el Estrecho desde Tánger con el corazón en vilo: deseaba que el lugar de sus sueños se hubiera mantenido intacto. La playa seguía igual. Unos cuantos caballos trotaban por la orilla, salpicados por la espuma de las olas. Habían construido en el monte algunos cortijos, o casas que se entreveían disimuladas en la frondosa vegetación, rodeadas de jardines grandes y cuidados. Todavía no había estallado el bum de los artistas que, atraídos inicialmente por la figura y las fiestas de Paquirri, torero barbateño, descubrieron ese paraíso y construyeron en él sus casas vacacionales provocando un

alza sustancial de los precios, así que pudo adquirir un trocito de monte, no lejos del faro. Contactó con Diego, el cabrero, a quien había conocido en la infancia y que la recordaba. Le hizo gracia que lo llamaran Chorlita, como entonces llamaban a su padre por llevar siempre una colilla —una chorlita— en los labios. Él le proporcionó una cuadrilla de albañiles y un arquitecto que estudió los planos de la casa que ella había dibujado. Quería que su vivienda se pareciera a aquella primera casa de sus padres en Tánger, donde habían discurrido los primeros años de su vida, los más felices, acompañada de Zulema y de Yamal. El terreno era agreste y hubo que mover mucha tierra para colocar en firme la planta de la casa. El equipo de albañiles trabajó durante tres años. Eran informales en el tiempo, y les gustaba la risa y el descanso, pero eran simpáticos y conocían su oficio. Trabaron amistad. Ella seguía viviendo en Tánger y viajaba bastante por trabajo. Alquiló entretanto una casita en Zahara, el pueblo más cercano, para pasar las vacaciones, y fue conociendo y haciéndose amiga de la gente del lugar. No tenía prisa pero sí mucha exigencia en que se cumplieran sus deseos con la mayor exactitud posible. Finalmente, después de muchas modificaciones y ajustes, la casa quedó a su gusto. Durante años pasó en ella temporadas más o menos largas, haciéndose a esa forma solitaria de vida, amueblando las habitaciones y plantando el jardín que Diego, el Chorlita, cuidaba en su ausencia. Esperó pacientemente el momento preciso en que su conciencia le diera la orden de trasladarse a vivir allí. Hasta entonces siguió trabajando en Tánger con Fátima la partera, aprendiendo junto a ella lo que en sus años de práctica de obstetricia en hospitales no había conseguido. Quería aprovechar toda la sabiduría que la mujer consigue convocar de la conciencia universal para dar a luz ella sola en condiciones favorables, con una ayuda precisa, y acudiendo al ingreso hospitalario solo en casos estrictamente necesarios. Fátima era la persona ideal para formar equipo con ella: bien preparada, pulcra y siempre brindando dulzura y respeto a la parturienta a la que atiende. Se habían conocido cuando ambas se presentaron como voluntarias en un programa de ayuda sanitaria en los barrios desasistidos. Enseguida se dieron cuenta de que eran complementarias, y decidieron trabajar juntas. A Dorotea le gustaba observar cómo Fátima permitía a la parturienta moverse

libremente, cantar o gritar, para acabar pariendo de pie o en cuclillas, según su cuerpo le indicara. Y a su vez, Fátima se sentía respaldada por los conocimientos médicos de Dorotea y por el instrumental que guardaba en su furgoneta, aparcada cerca de la vivienda y preparada para conducir a la parturienta al hospital en caso de que una cesárea fuera imprescindible. Pero de eso no se hablaba y solo lo sabían ellas. Las mujeres depositaban su confianza en Fátima, que era de su condición y conocía sus rituales. Dorotea procuraba pasar desapercibida —ser invisible a ser posible— y, sobre todo, no mostrar ningún instrumento que pudiera causar temor a la mujer que estaba pariendo o que la hiciera depositar en esas herramientas su confianza y olvidar su propio potencial como paridora. Trabajaba con Fátima en fines de semana o días de descanso, acoplando su participación a las exigencias laborales. Después de unos años de observar y tomar notas, fue abandonando su trabajo hospitalario y empezó a organizar seminarios, talleres y conferencias con la intención de introducir cambios en las costumbres y los protocolos de los centros sanitarios. Esta nueva ocupación la condujo por el mundo, estudiando los hábitos de distintos lugares y adaptando sus charlas a la mentalidad local para alcanzar siempre el mismo fin: la necesidad de mejorar el entorno de los partos hospitalarios y domiciliarios para facilitar al máximo la naturalidad de este proceso. En esos viajes, además de impartir sus conocimientos, aprendió mucho. Ninguna de las experiencias vividas hizo que variara su opinión —cada vez más afianzada— de que la mujer es dueña y soberana de su cuerpo y, por tanto, el parto o la interrupción del embarazo deben hacerse de acuerdo con su voluntad, aprovechando los avances de la ciencia (si se tiene la posibilidad de acceder a ellos) y los conocimientos ancestrales que llegan por una vía interior en la que nadie tiene derecho a interferir.

Seguramente la vocación médica de Dorotea nació del dolor de ver morir a su madre muy joven de cáncer de mama y no poder hacer nada por salvarla. Virginia era una mujer alegre y despreocupada que había captado la admiración de su hija aunque nunca se hubiera ocupado verdaderamente de ella. Lo fundamental en su

vida eran el canto y la danza, que practicaba al estilo libre de Isadora Duncan en una academia de Tánger montada por una americana y dirigida principalmente a extranjeros. Hija de una familia rica, no tenía vocación de profesionalizarse, sino de vivir la música en todas sus manifestaciones y rodearse de la alegre compañía de músicos y bailarines. Tánger, la mítica ciudad con estatus internacional donde su padre había instalado la sede de sus empresas, podía albergar con naturalidad las ansias de alegría y despreocupación de Virginia. Había aprendido el árabe —que hablaba con soltura y con buena pronunciación gracias a su buen oído—, y tenía un magnífico repertorio de canciones marroquíes que cantaba con voz cristalina. También le gustaba rodearse de escritores, y así conoció a Jonás, su futuro marido, que pertenecía a esa generación de intelectuales europeos y americanos que buscaron refugio en la ciudad de la libertad. Dorotea atesoró en la memoria la voz de su madre, y las canciones acudían a menudo a sus labios.

Lejos de anularla, la muerte de su madre reforzó su carácter estoico, difícilmente influenciable. Dorotea piensa a menudo en el difícil papel que le tocó a su padre, un hombre también adinerado por familia, escritor y aventurero que supo lidiar con ese asunto dejando el cuidado de su indomable hija en colegios y, más tarde, en una residencia de estudiantes, sin perder por ello una relación frecuente con ella ni desperdiciar unos encuentros cada vez más satisfactorios para ambos durante los periodos vacacionales.

Cuando, hace pocos años, Dorotea se descubrió un tumor en el pecho, recordó a su madre, y revivió los tiempos de dolor y la amargura de su padre, que, a pesar de que siempre se había dedicado a complacer a su mujer, en esa ocasión trascendental no pudo hacer nada por ella. Recordó su desesperación y trató de no caer ella también presa del pánico. Escuchó los consejos de sus colegas médicos y aceptó ser operada, comprobando con alivio que su tumor no era tan agresivo como se temía.

Su madre había muerto en París. Las inquietudes y las ansias de aventura de sus progenitores habían conducido a la familia de Marruecos a Francia junto a otros amigos, y en ese traslado se había producido la separación más dolorosa en la vida de Dorotea. Hasta entonces había disfrutado de dos madres: Virginia, la bailarina, que aparecía y desaparecía de su vida viajando con su marido; y la mora

Zulema, que fue su ama de cría y cuidadora hasta el día de su partida a Francia. Cuando nació Dorotea, la madre consideró que no tenía leche suficiente para amamantarla y delegó esa función en un ama de cría. Algunos decían que era debido a su ajetreo permanente, que no interrumpió con el nacimiento de la niña, pero también circulaba la voz de que la carencia había sido provocada por las artes de Abdelkader, cuya familia en aquel tiempo andaba muy necesitada. El hijo de Abdelkader había muerto joven, y con ellos vivía Zulema, la nuera, con su niño de tres años. A pesar de su alimentación deficiente, y como por arte de magia, Zulema tenía leche rica y en abundancia, y el pequeño Yamal se crio fuerte y sano. Un día, una vecina que asistía como cocinera en la casa de los padres de Dorotea, le habló del problema de la señora para amamantar a su niña recién nacida. Zulema comprendió que la abundancia con que la naturaleza la había provisto podía ser la providencia de los suyos. La joven mora se presentó en la casa de Dorotea y fue contratada. El ama de cría fue bien alimentada y su leche abastecía con creces a las dos criaturas, ya que Yamal, a pesar de haber cumplido los tres años, seguía disfrutando de vez en cuando de la leche materna. Los abuelos no consintieron en separarse de Yamal, así que Zulema lo visitaba y le ofrecía su leche a escondidas de los señores cuando por las tardes paseaba a Dorotea en su cochecito. Virginia supo de estas visitas clandestinas al barrio humilde de Zulema en vez de a los jardines o a la playa y llegó a un acuerdo con los parientes del ama de cría para que al niño —acompañado de su abuela— lo dejaran visitar a su madre por las tardes y le consintieran pasar con ella los fines de semana.

En la vida de Dorotea se instaló un equilibrio feliz. Sus padres, con la tranquilidad de poder confiar en Zulema para criar y cuidar a la niña durante sus ausencias, desaparecían con frecuencia.

Vivían en una casa llena de encanto en el barrio de Marshan, con vistas al mar, y rodeada de una amplia terraza de la que colgaban en cascada las buganvillas, y donde se celebraban tertulias literarias y encuentros musicales con marroquíes y extranjeros. Tanto Jonás, el padre de Dorotea, como Virginia, hablaban el árabe con soltura, y este conocimiento del idioma facilitó mucho la relación con Zulema y su familia. A Jonás le gustaba entablar conversación con Abdelkader, que le parecía un hombre original e

interesante. Se hicieron amigos y, poco a poco, el abuelo fue permitiendo que su nieto pasara la mayor parte del tiempo con su madre y su pequeña amiga, aunque siempre quedara en el anciano un cierto recelo por miedo a perder el control sobre la vida del único nieto. A Abdelkader se le otorgaban poderes mágicos que le venían de familia —aunque él los negara con firmeza—, y se murmuraba que la abundancia de leche en los pechos de Zulema era debida a las artes de su suegro, que quería que su nieto se criara sano y fuerte.

Dorotea rompió a hablar en español y árabe al mismo tiempo, y Zulema siguió cuidándola durante unos años después de la interrupción de la lactancia. El amor entre el ama de cría y la niña creció sin barreras, ya que era muy valorado por los padres de Dorotea, y también por Yamal, que, lejos de estar celoso, pronto se convirtió en el mejor compañero de juegos y protector de la niña. Todos los días iban los tres a bañarse al hamán de mujeres hasta que Yamal dejó de ser admitido, y entonces empezaron a jugar en la playa de Tánger, incluso en invierno, cuando estaba desierta.

El anuncio de la separación sorprendió a los tres como un latigazo. Dorotea siempre había compartido las emociones con Zulema y con Yamal. Sus padres vivían por su cuenta las suyas, cuyo motor principal era el capricho de Virginia. El traslado a París, además de la ilusión de vivir nuevas experiencias, tenía esta vez para Jonás el incentivo de un puesto de trabajo en una importante editorial. Preocupada por los sentimientos de la niña o por temor a perder la colaboración de Zulema en todas las cuestiones domésticas y de compañía para Dorotea, Virginia intentó conseguir del viejo Abdelkader el permiso para que Zulema y Yamal se trasladaran con ellos a París, pero ni siquiera la oferta de una buena educación para su nieto convenció al abuelo. Dorotea tenía entonces diez años, y vivió la separación de forma estoica, sin una queja. Lo mismo ocurrió con Yamal, aunque no así con Zulema, que se deshizo en un mar de lágrimas y lamentos. Los últimos días antes de la partida, Yamal y Dorotea hablaron más que nunca. El niño quería explicarle y compartir con ella, con mayor empeño, esas sensaciones que lo asaltaban de vez en cuando, como de viajes

extraños que se producían en su interior. La niña seguía sin entender lo que le quería trasmitir, pero hacía esfuerzos por imaginarlo. Según Abdelkader, el niño había nacido abierto a otros mundos, era un viajero del tiempo, una capacidad que él no tenía, pero sí un hermano suyo que vivía en el desierto.

Yamal y Dorotea se escribieron algunas cartas, no muchas, todavía les costaba comunicarse por ese sistema, aunque los padres de Dorotea costearan los estudios de Yamal en el Liceo Francés —quizá con la esperanza de que algún día el abuelo le permitiera reunirse con ellos en Francia— y el niño estudiara con resultados irregulares pero suficientes. Jonás viajaba de vez en cuando a Marruecos y, cuando lo hacía, procuraba visitar a la familia de Abdelkader. Gracias a esos encuentros, y a una carta de Yamal, supieron que Zulema se había vuelto a casar y, un tiempo más tarde, les llegó la noticia de que Yamal sería enviado por su abuelo al desierto junto al hermano de este. Jonás trató de impedir la interrupción de los estudios del chico, pero todo esfuerzo fue inútil: el empeño de Abdelkader era irrevocable. Yamal vivió unos años en el desierto con los hombres azules, alejado del sistema educativo occidental; y más tarde supieron que había seguido viajando para completar la formación que el abuelo había querido darle. Como ya no recibían cartas de él, no lograron conocer su paradero.

Años más tarde, Dorotea, después de casada y divorciada, regresó a vivir a Tánger, pero ya no encontró a Zulema. Le dijeron que había muerto, como los suegros. Los vecinos que vivían en ese momento en las casas cercanas no supieron darle noticias de Yamal.

Yusuf era un hombre tranquilo y bueno. Respetaba a Melika y se reían juntos. No era como los otros, que no dejaban a sus mujeres salir de casa más que para trabajar. Melika era la reina de su casa y hacía milagros con el dinero que cada mes su marido le traía y le entregaba con orgullo. Ella misma confeccionaba la ropa de sus hijos y se ocupaba de ellos y de la casa. Salía cuando quería para verse con sus amigas y para hacer la compra. Y Yusuf consentía. No siempre se reían, esa es la verdad. A veces también se peleaban por las cosas más tontas; pero por las importantes no discutían, en esas estaban de acuerdo. A veces Melika montaba en cólera porque Yusuf malcriaba a los hijos y les consentía demasiado. Si algún defecto tenía su marido, era el de ser demasiado blando con los niños. Toda la energía que supo generar para enfrentarse a las costumbres ancestrales, se reblandecía en la crianza de los hijos. ¡Cuánto siente ahora Melika habérselo reprochado! Daría su vida entera por que pudiera seguir haciéndolo. Ahora revive esos momentos de dulzura, de risas y de consentimientos del padre como una bendición del cielo. Lo comprendió cuando se quedó sola, cuando las desgracias fueron sucediéndose hasta destrozar por completo a la pequeña familia que componían. Un día, Yusuf perdió el trabajo en el que se había mantenido durante veinte años de su joven vida. Melika le cuenta sus desdichas a Dorotea entre sollozos. Veía sufrir a su marido y no encontraba palabras para darle ánimos porque también ella estaba desesperada. No hubo culpa por su parte —le aclara—. Era un buen trabajador y, por ello, el jefe, cuando vio que se acercaban tiempos difíciles, siempre lo tranquilizó diciendo que él sería el último empleado al que pondría en la calle. Y el jefe cumplió su promesa, y lo despidió cuando ya no le quedaba ninguna posibilidad de seguir adelante ni de indemnizarlo. Para Melika fueron muy duras las restricciones económicas. Le dolían las entrañas al tener que ir tirando de los pequeños ahorros, que muy pronto se agotaron a pesar de su austeridad. Pero lo peor fue asistir al derrumbe moral y físico de su marido. Al principio él se

levantaba temprano como en tiempos de trabajo, y salía a llamar a todas las puertas en busca de un empleo adecuado a sus conocimientos y a su experiencia como electricista y mecánico. Más tarde, desistió de esa búsqueda infructuosa para ofrecerse como mano de obra barata en lo que fuera. Descargó en el puerto, cavó zanjas, se deslomó en trabajos físicos para los que su cuerpo no estaba preparado. Pero incluso esos trabajos acabaron siéndole denegar dos. Para ellos contrataban personal joven, sano y fuerte que abundaba también en el paro. Después vinieron etapas de desesperación. Melika encontró trabajo limpiando escaleras de la mañana a la noche por un sueldo mísero, y él se ocupaba de la casa y de los niños. Pero ya no lo hacía con el buen humor de antes. Empezaron las depresiones y los silencios, el pelo se le iba cayendo a mechones y el médico le dijo que era producto de la ansiedad. Quería calmarse y no podía, hasta que un día vino a casa con la noticia de que embarcaría en una patera para buscar trabajo al otro lado del Estrecho.

Nunca más ha vuelto a saber Melika de él ni de sus compañeros, y con el tiempo tuvo que aceptar que su desaparición podía ser definitiva. Desde aquel momento, la persiguieron las peores pesadillas, y también algunos hombres despreciables que, viendo su miseria —y con dos niños a su cargo—, ansiaban aprovecharse de su cuerpo. Samia, una amiga también desafortunada que trabajaba de noche, se trasladó a vivir con ella a cambio de cuidar a los niños después del colegio mientras Melika seguía fregando escaleras. Así logró ir ahorrando los *dirhams* que le permitirían tentar al destino. No se resignaba a seguir viviendo de forma tan mísera ni a renunciar a la posibilidad de volver a encontrarse con Yusuf. A veces lo imaginaba enfermo y solo, sin poder comunicarse con ella ni recibir alivio a su enfermedad. Otras, lo sentía olvidadizo de la familia y viviendo una vida confortable, lo que la llenaba de furia. Samia también quería escapar de la estrechez de su vida y tenía la remota esperanza de recuperar al novio desaparecido también en el Estrecho. Ella trabajaba de noche en un bar, y también era perseguida, asediada y despreciada por los hombres. Tardaron dos años en juntar el dinero que les pedían para pagar el viaje en la patera y, al fin, se embarcaron con los niños.

Todo fue horrible desde el principio. Zarparon durante una noche oscura que protegía su escapada pero que introducía el frío y el miedo en los huesos. La mar estaba negra y revuelta. Ni los padres de Melika ni sus suegros habrían consentido jamás en dejarla marchar con los niños. Pero tampoco podían ofrecerle nada para que se quedara, y ella sola, y a escondidas, decidió su destino. Tal como les habían dicho, llevaban lo mínimo para sobrevivir los primeros días: una muda de ropa —envuelta en plástico por si se empapaba la que llevaban puesta—, algunos euros y alimento para la travesía y la estancia en el otro país hasta que encontraran acomodo y trabajo. Los ahorros de Samia y de Melika alcanzaron a duras penas para pagar el pasaje y poco más. Contaban con encontrar trabajo en cuanto llegaran a España como les habían prometido. Cada una de ellas sujetaba con fuerza a uno de los niños. Ella se ocupó de Yacir, que se resistía y tiraba hacia atrás tratando de liberarse de su mano. Pudo convencerlo finalmente con la mentira de que el padre los esperaba en la otra orilla. Las condiciones del viaje eran distintas a las que les habían anunciado. La patera iba llena a rebosar, y eso preocupó a Melika, que estuvo a punto de desembarcar con los niños justo antes de zarpar. Samia la retuvo, presentándole la dureza de la vuelta a la habitación compartida y al acoso de los hombres, y más después de haberse gastado todo el dinero en un frustrado intento.

El viaje fue mucho peor que cualquier pesadilla que hubieran podido soñar. El motor de la patera se atascó a mitad de camino. La noche era fría y los niños tiritaban. El viento empezó a soplar, y a levantarse la mar en grandes olas. Los pasajeros de la patera estaban inquietos y alguna mujer chillaba. Melika invocaba a Alá mientras abrazaba fuertemente a Yacir, cada vez más taciturno. Deseaba estrechar de la misma forma a Aisha, dos años menor, pero no se atrevió a arrebatársela a Samia, que la protegía entre sus grandes pechos y se agarraba a ella como a una tabla de salvación. Samia estaba pálida y rígida por el terror. Dos veces Melika alcanzó a acariciar la cabecita de la pequeña Aisha, que aparecía entre los brazos de su amiga. La niña no lloraba ni se movía. Al tercer intento de tocarla, no llegó a conseguirlo porque una ola gigante volteó la

patera lanzando a todos los tripulantes a las aguas gélidas. Solo pudo rescatar a Yacir, que había empezado a hundirse, y lo tenía agarrado con una mano mientras con la otra se aferraba a la patera invertida que seguía flotando. A Samia y a Aisha ya no volvió a verlas. En medio del horror, tuvo que hacer un inmenso esfuerzo de supervivencia. Había un hombre mayor y vigoroso que dirigió la operación de volver a colocar la barca en la posición adecuada. Con su ayuda, se subieron a ella los supervivientes, más o menos la tercera parte de los pasajeros que habían iniciado el viaje. El conductor de la patera había desaparecido en las negras aguas. Yacir había perdido la conciencia, pero notó que vivía. Permanecía inerte, tumbado boca arriba con los ojos muy abiertos y la mirada perdida. El hombre fuerte se acercó a ella y la tranquilizó. El chico está bien, le dijo, pero en este momento está en otro lugar. No intentes traerlo aquí, ha conseguido evadirse del horror, ya volverá. Ella se agarró al hombre rogándole que buscara a su hija, que había desaparecido en las aguas del mar. Él le lanzó una mirada compasiva y se desasió de ella. Prometió hacer lo posible y durante bastante rato mantuvo la patera girando alrededor del lugar del siniestro, hasta convencerse de que era inútil. No podía hacer nada por los desaparecidos, manifestó dirigiéndose al resto de ateridos supervivientes, pero sí por los demás. Estuvo largo tiempo trabajando en el motor hasta que logró ponerlo en marcha. Me llamo Yamal, les dijo cuando completó su trabajo, y os voy a conducir a la otra orilla. Yacir parecía haber recuperado la conciencia pero no hablaba, mantenía los ojos cerrados, y solo los abría de vez en cuando para clavarlos en los de Yamal, quien sostenía su mirada. Sin saber por qué, eso tranquilizaba a Melika.

Llegaron a la orilla de una playa desierta. La noche era oscura, y en ella solo destacaba la luz intermitente de un faro. Oyeron un ruido lejano de sirenas y Yamal comprendió que habían sido descubiertos. Reconoció el faro de Camarinal, hacia el que había dirigido la patera. Hizo un repaso general de los miembros de la embarcación —que yacían exhaustos en el suelo— y comprobó que no necesitaban asistencia inmediata. Se echó a Yacir al hombro y tomó la mano de Melika. Ven —le dijo—. Tengo una casa. Anduvieron escondidos entre los matorrales mientras el ruido de las sirenas se hacía cada vez más intenso. El hombre no se volvió ni

una vez para mirar hacia atrás. Melika no sabe cómo resistió la caminata. Sentía la vegetación arañando su carne. Cuando los coches patrulla llegaron a la playa, el hombre había alcanzado la protección de unos arbustos tras los cuales se mantuvieron los tres ocultos no sabe ella cuánto tiempo. Decidió no pensar, confiar ciegamente en el hombre que el destino había puesto a su lado. Cuando la playa volvió a quedarse desierta, se pusieron de nuevo en marcha. Le es imposible rememorar cómo fue capaz de trepar por aquellas rocas y arrastrarse por los matorrales con la ropa empapada pegada al cuerpo. Tenía la impresión de que subían una ladera, pero poco más. Tampoco sabía cómo aquel hombre mayor que los guiaba tenía la fuerza suficiente para cargar con el cuerpo de su hijo y arrastrarla a ella de la mano.

Finalmente llegaron frente a la puerta de una casa. Ella solo pudo apreciar que había una puerta y que el hombre la aporreaba con los nudillos.

Abrió una mujer de apariencia frágil y de ojos enormes.

—Hola, Dorotea —dijo el hombre—. Soy Yamal, y estos son mis amigos.

¿Yamal? No puede ser, ella lo había inventado de otra forma, ella…

Dorotea abandona sus pensamientos. No hay tiempo que perder. La mujer que se retuerce en el suelo parece presa de un dolor inmenso.

—Ocúpate de ella —le dice el hombre—. Yo me encargo del niño.

Dorotea corre a buscar ropa para todos. Ella ayuda a la mujer a desprenderse de las ropas mojadas y la envuelve en una manta. El hombre hace lo mismo con el niño.

—Y tú también —le dice Dorotea escrutándolo para tratar de reconocer en él algún vestigio del niño que conoció.

Yamal sonríe.

—Gracias —dice enrollándose una toalla a la cintura para desvestirse; y lo hace con el mismo gesto, exacto, a como lo hacía de niño. Y en ese momento Dorotea lo recupera. Reconoce la sonrisa y los gestos, el cuidado con el que dejaba la ropa bien doblada antes de lanzarse al agua desde las rocas más altas cuando ella lo acompañaba, como hoy, en una aventura arriesgada que no sabía cómo iba a acabar.

—¡Yamal!

—Por fin me has reconocido. No te culpo, han pasado demasiados años.

—¡Es increíble! Ya hablaremos. Ahora urge atender a estas personas.

Yamal fija la mirada en Yacir. Dorotea prepara un baño de agua caliente y conduce como puede a Melika, que apenas se sostiene en pie. La mujer, sacudida de vez en cuando por sollozos y escalofríos, se deja hacer con indiferencia, como si hubiera entregado su vida al destino y no fuera dueña de sí. Dorotea la introduce en la bañera y enjabona su cuerpo suavemente, le desenreda las algas del pelo, y le aplica crema para deshacer los nudos. Melika tiene también la mirada extraviada, pero distinta a la de Yacir. La expresión del niño transmite una paz de la que carece la madre. Dorotea se acerca a su

alcoba —contigua al baño— y regresa con un camisón. Mientras tanto, Melika ha salido de la bañera y se ha envuelto en la gran toalla que ha encontrado preparada para ella en una banqueta. Dorotea termina de secarle el pelo, le coloca el camisón y le recoge la melena en una trenza; luego la conduce a un cuarto con dos camas, le señala una para que se acueste y la cubre con un edredón de plumas.

—Procura dormir —le dice en árabe.

—*Sucram*, gracias —contesta ella con voz apenas audible.

Dorotea baja la persiana y sale dejando la puerta entornada.

Yamal ha desvestido al niño y lo ha acostado arropado en el sofá. Dorotea encuentra a su amigo vestido con ropa seca.

—¿De dónde la has sacado?

—Llevaba un paquete pegado al cuerpo. Ellos lo perdieron en la lucha contra el mar.

—Pero tú no, porque eres el hijo valiente de Zulema, mi hermano de leche.

Se abrazan. Dorotea nota su frágil cuerpo envuelto en una fuerza cálida que la completa. ¡Cuánto tiempo!, ¡cuántas vidas y cuántas muertes desde su despedida forzosa!

—Ya casi no te sentía, Yamal, y te había inventado de otra manera, diferente. No te sabía tan alto.

—Di el estirón en el desierto, cuando tenía quince años. Yo siempre os he sentido, a tu familia y a ti, dentro de mí.

—Yo también a vosotros, pero… ¡ha pasado tanto tiempo!

Se descubren hablando en la mezcla de francés y árabe en que hablaban cuando regresaban juntos de sus clases en el liceo.

—No has olvidado el francés.

—Pensé que lo perdería. Cuando mi abuelo me envió al desierto, sufrí mucho hasta que pude comprender el sentido de aquella decisión.

—¿Por qué te mandó al desierto?

—Mi madre se había casado con un tipo que no me quería, aunque hubiera fingido que sí hasta la boda. Era tramposo y bebedor, y obligaba a mi madre a trabajar más de la cuenta para él. Yo mismo tenía que faltar a menudo a clase porque me encargaba también trabajos que en realidad le correspondían a él. Y solo nos recompensaba a los dos con malos tratos y palizas. Mi madre quiso

salvarme y me envió junto a los abuelos. Ella siguió siendo desgraciada hasta el final de sus días viviendo con ese hombre egoísta y cruel. Contra eso, la familia nada podía, porque, al haberse casado, ella pertenecía al marido.

—¡Mi pobre Zulema!

—Siempre me ha pesado no haber podido hacer nada por ella. Al sentirse responsable de mí, el abuelo tomó la decisión de mandarme al desierto, y ya no la volví a ver. Yo no quería ir. Deseaba seguir yendo al Liceo Francés, porque pensaba que esos estudios me servirían en el futuro para sacar a la familia de la miseria. Al menos eso me repetía tu padre, y yo lo creía, aunque en el colegio tuviera mis dificultades. Los profesores estaban desconcertados conmigo. A veces era brillante y, otras, absolutamente nulo. Alguno lo achacaba a la pereza, pero no se trataba de eso, mis dificultades se debían a otros motivos. Yo ponía empeño y tenía facilidad para aprender el francés, pero mi abuelo me repetía que adoptar una lengua extranjera era traicionar mis raíces, y que, además, yo había venido al mundo con unos poderes que debía desarrollar. Estaba obsesionado con eso.

Oyen un gemido, y Yamal se acerca a Yacir. Lo tranquiliza masajeándole las sienes.

—No temas, estamos en buenas manos —le susurra—. Ahora te ayudará Dorotea a bañarte.

El niño dirige a Dorotea una mirada sorprendida y dolorosa, pero enseguida se le entrega con la misma mansedumbre de su madre. Dorotea conoce bien las costumbres de la gente de su país, y sabe que esa entrega de sus cuerpos significa un abandono absoluto, una rendición. Después del baño, le coloca un pijama suyo y lo lleva hasta la cama, junto a la de su madre, que en ese momento parece dormir tranquila.

Después se acerca a la cocina a preparar un té a la menta.

—Sigo utilizando la fórmula de Zulema que aprendió mi madre. En París, el té moruno seguía siendo nuestra bebida favorita.

—¡Cuánto me he acordado de tu madre!

—Háblame de ti, Yamal. Cuéntame del desierto. Yamal bebe un poco de té a pequeños sorbos.

—Mi adaptación al desierto fue muy dura. Me acompañó en el viaje mi tío Jalil, un hermano de mi padre que era comerciante y

conocía el terreno. Yo fui llorando todo el camino. No recuerdo el paisaje que atravesamos, llevaba la vista nublada como un día de tormenta. Aquel viaje me separaba de mi madre y me alejaba de vosotros, de ti, a quien yo sentía como hermana, de vuestro mundo, al que estaba accediendo con las clases en el liceo… Sentía que al alejarme echaba por la borda todo el esfuerzo iniciado, que perdía el rumbo de mi vida. Cada paso que yo iba arrastrando detrás de Jalil borraba la huella del camino que con tanto esfuerzo yo me había empeñado en trazar. Y también me alejaba del mar, al que tanto amaba. —Beben los dos el té despacio. Dorotea cierra los ojos para recrear en la memoria aquel niño a quien quiso como a un hermano—. Parte del camino lo hicimos a pie después de un recorrido en autocar. Llegamos a un pueblo llamado Rissani, donde descansamos dos días porque mi tío tenía que tratar algunos asuntos. Allí terminaba la carretera, así que seguimos a pie por el desierto de arena. Aun sin estar favorablemente dispuesto a nada de aquel entorno, me admiraba la capacidad de Jalil para orientarse por ese terreno que me parecía inhóspito y sin referencias visibles. Después del frío de las noches del Atlas, durante el día me atormentaba un sol abrasador. Yo llevaba mis pocas pertenencias en un hatillo bajo el brazo, y mi tío me enseñó a colocármelo en la cabeza para tener libres las manos y protegerme del sol. De vez en cuando nos cruzábamos con caravanas de nómadas y Jalil recogía información de ellos. Yo avanzaba en silencio, prometiéndome no olvidar nada de lo que había aprendido en Tánger, y tenía decidido escaparme de allí en cuanto me fuera posible. —Yamal hace una pausa y se asoma al cuarto donde duerme Yacir. Una vez tranquilizado, continúa el relato—. A mi tío abuelo lo llamaban Akorán, que significa «hombre sabio». Vivía en una jaima en solitario. Tenía un rebaño de cabras reunidas en un vallado de espinos y un par de camellos. Me horrorizó aquella soledad. Jalil se sentó junto a él, y les oí hablar en un dialecto que yo no entendía. Me entró una enorme pesadumbre a causa de mi impotencia para manejar mi vida. En esos días, el desierto se tragó más lágrimas mías que las que había soltado en toda mi vida anterior, tantas o más que las que había contenido frente a los ataques de mi padrastro. Los hombres lloran cuando están solos, me decía mi madre. Por eso, allí solo, sentado sobre una piedra frente a la

inmensidad del desierto, me despaché a gusto. —Dorotea toma la mano curtida de Yamal y la mantiene entre las suyas. Se siente conmovida por la desesperación de aquel niño al que ella tanto quiso, y la une a su propia impotencia de niña cuando la alejaron de su lado—. Akorán apenas me hizo caso mientras Jalil estuvo con nosotros; solo conversaban entre ellos. De vez en cuando me miraban, y yo sabía que hablaban de mí. Cuando Jalil se preparaba para marcharse, yo me agarré desesperadamente a sus vestimentas para que me llevara con él de vuelta a Tánger, y le recordé lo que él tantas veces me había dicho: que su nombre significaba «amigo», y que él era amigo mío y no me podía abandonar. Pero él se mantuvo inflexible mientras me aseguraba que seguía siendo mi amigo y que con Akorán aprendería muchas cosas que él siempre desconocería por carecer de mis capacidades. Insistió en que yo era muy afortunado. Yo no quería esa fortuna que rompía mi vida por la mitad, y solo podía maldecir mi suerte y acusarlo de traidor entre ruegos y lágrimas. —Yamal vuelve a hacer una pausa para sorber el té—. De hecho, ese poder del que hablaban me resultaba un lastre, lo vivía como un descontrol de la mente que a veces me gastaba malas pasadas y me impedía avanzar con regularidad en mis estudios. Era algo que yo quería eliminar. Akorán no parecía enterarse de mi desespero y supo aguardar con paciencia a que mi dolor se calmara. Me enseñó a pastorear las cabras y a buscar hierba y agua para ellas. Pero cuando él no me veía, yo maldecía y daba patadas a las piedras presa de la desesperación. Después de un tiempo, sin embargo, fui capaz de notar una corriente de calma que emanaba de él y que me tranquilizaba, y empecé a sentir que, de alguna manera, Akorán y yo estábamos unidos por lazos invisibles. Me hizo entender que las cabras eran nuestra única riqueza y nuestra fuente de alimento, porque nos daban leche y carne y también aprovecharíamos sus pieles. Yo pasaba el día solo con el rebaño, conduciéndolo hacia el oasis más cercano. Al principio me perdía, pero Akorán siempre daba conmigo; después aprendí a orientarme desarrollando todos los sentidos: mis oídos se aguzaron y también mi vista. Poco a poco me iba haciendo amo del lugar, sintiendo que esa inmensidad que nos rodeaba también nos habitaba, como si algo empezara a ensancharse dentro de mí. Por la noche me orientaban las estrellas y por el día el sol. Los oasis que se

esconden por aquella zona son bellísimos, pero tardé en poder apreciarlo. Mi única obligación eran las cabras; por lo demás, tenía entera libertad. Al principio yo me decía, ¿para qué quiero esta libertad si aquí no se puede hacer nada? Tardé mucho tiempo en aprender que no se trataba de hacer sino de ser. Cuando me juzgó preparado, Akorán me habló. Yo solo había aprendido a manejar las palabras básicas de su habla, pero él me descubrió que dominaba el árabe dialectal que yo conocía. Me sorprendió que no lo hubiera utilizado hasta entonces —pensé que podría haberme ayudado en mi desolación inicial—, pero enseguida comprendí que, de haberlo hecho, yo habría pasado el tiempo suplicándole que me devolviera a mi ciudad e intentando que comprendiera mis razones. Al no poder argumentarle, me volví hacia el desierto y hacia mi centro buscando consuelo. Eso es lo que él pretendía que hiciera. No es difícil que el desierto atrape en su hechizo incluso a un niño habituado a los libros y a los juegos. —Dorotea escucha en silencio, sintiendo la amargura de aquellos tiempos de la vida de Yamal como si pertenecieran a su propia vivencia—. Pronto comprendí que Akorán era un sabio al que venían a consultar hombres de distintas partes del desierto. Cuando se sentaban con él a conversar, yo preparaba el té. Esa era una tarea que también me correspondía. El tío abuelo a veces encendía el fuego y ponía el agua a hervir mientras esperaba mi regreso, pero siempre lo preparaba y lo servía yo. Después me sentaba junto a los hombres, aunque no entendiera al principio sus palabras. Era reconfortante para mí el simple contacto humano. Más tarde supe que ese era uno de los secretos del desierto: la comunicación fuera de la palabra. Akorán había mantenido ocultos sus conocimientos de mi lenguaje para que yo aprendiera el suyo por supervivencia. Al cabo de unos meses, yo ya no añoraba la ciudad ni el liceo ni mi vida anterior. Entonces Akorán me habló de los llamados «poderes», que tanto él como yo habíamos heredado por vía genética. Me aclaró que no se trataba de una capacidad ni de un poder especial, se trataba de una fisura en uno de nuestros códigos para captar el mundo. Me hizo entender que esa condición nos hacía más vulnerables, sobre todo si entrábamos en estado de pánico. Él había conseguido manejar esas percepciones a su favor y sentía el deber de transmitírmelo. Yo no era demasiado consciente de lo que significaban sus palabras, pero

ya entonces deseaba alcanzar algún día su sabiduría. El mundo es mucho más amplio —me decía— de lo que podemos percibir, pero el miedo nos paraliza y nos recluye en una captación reducida. Yo quiero enseñarte a no temer esa fisura que nos proporciona el acceso a una información superior. Y no te preocupes por la aparente simpleza de nuestra vida de nómadas. Viajar a pie o a lomos de un camello por el desierto abre la mente. Y tú y yo nos desplazaremos además en el tiempo a espacios ignotos a los que muy pocos tienen acceso. Y aunque en ese momento yo no lograba captar el sentido de lo que me decía, más tarde pude vivir esa maravilla. Akorán me explicó que mi abuelo Abdelkader había acertado plenamente al enviarme a su lado, que él ya me había sentido antes de conocerme. Me advirtió de que nuestra capacidad para adentrarnos en otros tiempos podía volverse en contra de nosotros dentro de una civilización carente de ella y aterrada ante cualquier diferencia; que una cualidad como la nuestra puede convertirse en poder o en enfermedad según cómo se maneje o desde qué ángulo se observe. Por entonces yo volvía a ser un niño risueño. Había perdido toda pretensión de ser importante, y me conformaba con el goce de cada instante. Me había familiarizado con los nómadas azules que pasaban a visitar a Akorán y me daba cuenta de que yo pertenecía a esa tribu. Mi cuerpo esbelto y mi tez oscura procedían probablemente de Sudán. Me acostumbré a protegerme de la arena con el turbante de algodón azul. Me sentaba en cuclillas como ellos y sorbía el té ardiente con su misma parsimonia…

Yamal interrumpe su relato. Tanto él como Dorotea se quedan en suspenso alertados por un lamento que proviene de la habitación vecina y que empieza como una cantinela triste y va creciendo hasta convertirse en alarido. Es la voz de Melika gritando su desesperación como un animal herido.

—Ha perdido una hija en la travesía. Es el dolor más lacerante que puede vivir un ser humano.

Dorotea abre la puerta y se acerca a Melika. A pesar de los gritos, el niño no se ha despertado. Dorotea palpa el cuerpo de Yacir con aprensión, lo nota caliente y siente su corazón latiendo a un ritmo acompasado. Se sienta al lado de Melika y le habla en árabe con voz suave, tranquilizándola. Melika llora a gritos

abrazada a Dorotea. Después se aparta sollozando y se enrosca en la cama de espaldas a ella. Dorotea respeta la intimidad de su dolor y sale de la alcoba. El niño sigue durmiendo.

Yamal permanece un tiempo en casa de Dorotea ocupándose especialmente de Yacir. Le explica a su amiga que el niño tiene las mismas características genéticas que él, que su mente se expande en el tiempo sin el debido control. De la misma manera que Akorán le enseñó a él a conocer y a aprovechar esa particularidad, ahora se siente él con el deber de ayudar a Yacir.

Mientras Melika y Yacir se van adaptando a la nueva forma de vida, llorando ella sus pérdidas por los rincones, y él tratando de encontrarse después de la catástrofe, Dorotea y Yamal respetan en lo posible el momento tan intenso de sus amigos, observándolos y ayudándolos con discreción. Y también pasan muchas horas en la biblioteca de la casa o en la habitación de Dorotea charlando y poniéndose al día sobre sus vidas pasadas. Dorotea quiere indagar acerca de esa característica de la que ya le hablaba Yamal de niño y que nunca entendió del todo.

—Es una cuestión que no se puede explicar, hay que vivirla, y solo se puede realmente compartir con alguien que lo conozca porque también lo ha vivido. Al principio, además, es algo que asusta.

—¿A ti también te asustó?

—Menos que a Yacir. Mis circunstancias eran otras. Cuando él empezó a notar los primeros síntomas, no encontró a nadie que lo apoyara. Estaba rodeado de personas llenas de prejuicios y que daban interpretaciones absurdas a lo que le ocurría. Aunque lucha por liberarse del miedo, no ha logrado todavía desbancar del todo esas ideas que le introdujeron. Cuando vivió el naufragio estuvo al borde de la muerte, debió de recibir un golpe que lo dejó sin sentido y sobrevivió porque su madre consiguió no soltarlo y subirlo a la superficie. Cuando volvió en sí, luchó como pudo para evadirse del panorama que le presentaba la vida. Aprovechó esa fisura en la percepción para escapar de la realidad. Tuvo suerte de que yo me encontrara en ese momento cerca de él y pudiera conectar mi mente con la suya. De no haber sido así, probablemente nunca habría

podido regresar a la realidad compartida.

—Todavía no he entendido por qué embarcaste en esa patera.

—Igual que Akorán me sintió a mí, yo sentía desde hacía unos años que alguien tiraba de mí. Indagué sobre los parientes por línea paterna que vivían en Tánger y supe de Yusuf, el padre del niño, que era pariente mío lejano. Akorán me había hecho entender la importancia de atender al portador de esa cualidad cuando se presentara a mí, para ayudarlo a que no le condujera a la locura y para aprovechar ese talento a favor del conocimiento.

—¿Del conocimiento?

—Poco a poco te iré explicando. Para mí es muy importante que tú sepas y comprendas, incluso que lo vivas.

—Quizá sea esa la gran aventura que sigo esperando, pero si genéticamente yo no…

—El desierto nos puede ayudar, allí la naturaleza de nuestros sentidos puede transformarse y presentarnos la vida de forma diferente. De momento, voy a seguir contándote. No era fácil dar con el padre de Yacir. El rastro de la familia se había perdido en la generación anterior a la de Akorán, pero este tenía el convencimiento de que la sangre de esa rama familiar había de generar algún descendiente con la conciencia expandida, un «pasajero del tiempo». —Yamal habla despacio, como cuando era niño, y, como entonces, a Dorotea le parece escuchar de sus labios una vida fantástica, solo posible en los libros de cuentos. Escucha con atención.

Buscando a Yusuf, Yamal supo de Melika y sus hijos. A pesar de la gran discreción con que Samia y Melika preparaban su huida, él conoció sus intenciones y decidió seguir sus pasos con la esperanza de que lo condujeran a su pariente. Le pareció más prudente no darse a conocer. No le gustó el aspecto de la patera ni del hombre que iba a manejarla. Todo tenía una precariedad extrema, muy peligrosa, y trató inútilmente de disuadir a los demás de embarcarse en ese viaje. Inmediatamente sintió la conexión con el niño que acompañaba a Melika; y, ya que no había podido disuadirlos, se apuntó también él a la travesía.

—¿Cómo notaste esa conexión?

—Es como si perteneciéramos a un mismo elemento, como si algo profundo nos uniera. Además, pude percibir cómo pasaba

alternativamente del miedo y la rebeldía a la tranquilidad más absoluta. Por una parte, se daba perfecta cuenta de la precariedad de la embarcación y de la amenaza de mala mar y estaba asustado. Pero, por otra, yo sentía cómo a ratos él desconectaba, y su mente se distanciaba de allí. Conocía perfectamente esos síntomas porque yo también los había vivido.

Yamal había oído tanto las prudentes palabras de Melika queriendo volverse atrás en su decisión tras haber escuchado el aviso que él les dio como la respuesta de Samia disuadiéndola de hacerlo. Pensó que su mejor opción era mantenerse junto a ellos e intentar proteger sus vidas. Algo en su interior le decía, contra toda lógica, que debían seguir adelante si quería alcanzar su objetivo.

—¿A pesar del peligro de muerte?

—A pesar de todo. La conexión es tan poderosa que anula la capacidad de decisión, algo decide por ti. Mi conciencia me dice además que la muerte no es un final, sino una transformación.

—¿Quieres decir que no tiene importancia, que podemos arriesgar tranquilamente la vida?

—No, debemos tratar de mantener el mayor tiempo posible el cuerpo que nos envuelve para no retrasar la evolución, porque cada vez que se sale de un cuerpo hay que reiniciarse en otro, y en ese proceso se pierde mucha información. Por eso luchamos por mantenernos con vida y generamos el instinto de conservación. —Dorotea sonríe incrédula frente a estas aserciones de Yamal, pero a él no le molesta y sigue relatando—. Sin embargo, hay situaciones extremas que te obligan a enfrentarte a la muerte; y no siempre has de huir de ellas, porque si sobrevives habrás dado pasos de gigante. Yo no era quién para decidir sobre la vida de los demás, mi papel consistía en mantenerme al lado de esa familia en cualquier situación que ellos eligieran.

—La conexión de la que hablas me hace pensar en el entrelazamiento de partículas que he estudiado en física cuántica. Es curioso, Yamal, seguimos manteniendo en las discusiones la misma postura que cuando éramos niños. ¿No recuerdas? Yo siempre tiraba por el lado científico, y tú por caminos no trillados. Como sabes, yo me dedico a la medicina, ¿qué haces tú, aparte de dedicarte a buscar a Yusuf o a Yacir arriesgando tu vida en ello?, ¿a qué te dedicas profesionalmente?, ¿cómo has sabido encontrarme?

—Me dedico a actividades diversas que están todas relacionadas entre sí. Una de ellas es la compraventa de cerámica a alto nivel.

—¿Qué quiere decir a «alto nivel»?

—Que adquiero y ofrezco piezas muy valiosas. A menudo son piezas únicas que consigo en derribos de viejos palacios en ruinas. También represento azulejos de nueva hechura realizados a partir de fórmulas secretas que ya solo conocemos unos pocos. Ese conocimiento se lo debo a los hombres del desierto. También negocio con alfombras de altísima calidad y a precios astronómicos. Esto me ha puesto en contacto con gente muy pudiente de este lado y del otro del Estrecho.

—¿Y para qué te sirve eso? —Para todo.

—Me sorprendes.

Yamal se ríe ante la sorpresa de Dorotea.

—Tú siempre creíste estar del otro lado, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—A que tú y yo pertenecíamos a mundos distintos.

—Yo pertenecía al mundo de la cocina, con Zulema y contigo.

—Y con la vieja Cherifa, la cocinera. Recuerdo muy bien las fiestas en tu casa. No me refiero a las reuniones de artistas, sino a las que celebraban solo un día al año con gente de postín. A esas últimas no se nos permitía acudir. Observábamos el panorama, desde arriba, protegidos por la penumbra, asomados a los barrotes de la barandilla de la escalera. Recuerdo cómo yo contemplaba con admiración a tu padre, vestido con un lujoso caftán de seda y saludando a los recién llegados en varios idiomas: *Ahlan u sahlan*… *Soyez les bienvenus*… *Welcome to our home*… Bienvenidos, amigos…; también recuerdo a tu madre circulando entre los invitados con pasos de bailarina. Era bellísima. Tengo que confesarte que yo estaba enamorado de ella.

Dorotea siente una aguda punzada de dolor. Es un dolor antiguo: los celos que ya sentía hacia su madre por acaparar la atención entera de su padre. Pero Yamal era suyo, ella estaba enamorada de él, y él…

—¿De mi madre? —pregunta balbuciente.

Yamal no repara en su confusión.

—Sí, de tu madre. —Se ríe—. Soñaba con ella todas las noches. Con un beso de sus labios me convertía en el príncipe que la

enamoraba.

—¡Y yo que estaba enamorada de ti! —Intenta decirlo riendo, pero no lo consigue. Sin embargo, Yamal sí que se ríe, y le contesta con buen humor.

—Los niños siempre admiran a alguien mayor que ellos.

—No era por eso, sino porque eras tú. Y no sabía entonces que yo para ti era pequeña e insignificante, alguien a quien no tenías más remedio que aguantar…

—¡Qué dices! —Yamal la mira asombrado, como si de pronto tomara conciencia de lo que está ocurriendo. Dorotea parece dolida de verdad. La situación lo traslada a la infancia, cuando ella lo admiraba con tanta adoración que él se crecía en importancia. Toma la cara de Dorotea entre sus manos—. Tú eras mi hermana pequeña, la más valiente de todas las niñas que yo conocía, mi compañera inseparable de juegos. Lo de tu madre era otra cosa. Me parecía una princesa inalcanzable.

Dorotea parece enfurruñada, como si ya no le interesara nada de lo que Yamal le pueda contar. Trata de evocar aquel tiempo y, poco a poco, va serenándose.

—Es cierto que parecía una princesa. La recuerdo como si la estuviera viendo, con sus trajes vaporosos, deslizándose entre los invitados que la miraban embelesados; y, luego, aquella voz cuando cantaba… a mí también lograba hipnotizarme por momentos. Pero luego reaccionaba rápido, tiraba de ti para que bajáramos a nuestro reino, que era la cocina, y allí nos reíamos de todos; o quizá solo me riera yo, y le contaba a Zulema y a Cherifa todo lo que habíamos visto como si fuera una obra de teatro. Así lo vivía yo. Para mí, la verdadera vida era la que transcurría en la cocina.

—La cocina era confortable, era la cocina de una casa de gente bien. En aquel tiempo yo envidiaba tu puesto en esa familia. Y admiraba a tu padre. Él vivía la vida a su estilo, como artista, pero tenía sus contactos con personas influyentes que le aportaban otros datos y otras experiencias. En sus libros he descubierto la estrecha relación entre su trabajo y su forma de vida. Tus padres se portaron bien conmigo, pero yo no pertenecía a su mundo, yo vivía ahí solo de prestado. Y no es que ponga en duda que tú te sintieras parte de nosotros —le dice con una sonrisa—. Recuerdo muy bien lo que ocurrió con Zenia, y cómo saliste en su defensa.

—Aquella pobre Zenia… había olvidado su nombre. La despidieron sin razón. La habían acusado injustamente de haber robado. Yo oí un día hablar a Cherifa y a Zulema del asunto y contaban que, poco después del despido, la dichosa joya había aparecido en un bolsillo de la bata de su dueña. Por supuesto, se alegró mucho con el hallazgo, pero ni se excusó ante Zenia ni la repuso en su puesto de trabajo. Me pareció sangrante porque yo sabía que Zenia era una mujer sin recursos, que su marido había «roto la papela» abandonándola con tres niños a su cargo. Su situación me conmovía. Me indigné, primero, con Zulema y Cherifa porque no pensaban tomar cartas en el asunto y, después, con esa alta sociedad que se permitía tales injusticias.

—Yo no era como tú, yo no tenía entonces valor para intentar cambiar las cosas que me disgustaban.

—Ya lo creo que tenías valor. ¿Recuerdas las historias que me contabas de tu barrio y de las pandillas que liderabas?

—Eso era distinto y, además, yo creo que lo inflaba para despertar tu admiración. Entre chavales todo resulta más fácil, pero tú tuviste el valor de enfrentarte a aquella sociedad. Y en vez de reñirte por el escándalo que armaste, tu madre contrató a Zenia hasta encontrarle un puesto de trabajo en otra casa.

—Tienes razón, yo lo tenía fácil. Además, me admira tu memoria. Yo he olvidado muchas cosas. Creo que Zulema y tú llenabais todo el espacio de mi sensibilidad.

—Todo se me quedó grabado. Y en el desierto tuve tiempo de reflexionar sobre las ventajas que tú tenías por ser una niña con padres ricos y comprensivos. Sin embargo, no tienes toda la razón. Yo conozco el otro lado. Viví las historias que no se contaban en la cocina de tu casa pero que estaban presentes en las habladurías que circulaban en el barrio donde viví con mi madre y con el gordo Hasán después de que os fuerais. Allí se comerciaba con las joyas sustraídas por las sirvientas de las casas de los ricos; se hablaba de pócimas usadas para atontar a las señoras e irles minando su seguridad.

—Quizá fuera una respuesta al abuso de poder.

—El abuso de poder está en los dos lados. Es cierto que la posición del más humilde parece la más frágil. Por eso no quiero vivir en la miseria, prefiero estar del otro lado y poder, desde ahí,

ejercer la generosidad. Si yo no hubiera conseguido una posición y un respeto entre los que tienen poder y dinero, nada podría haber hecho por los pobres desgraciados que andan perdidos por el mundo.

—¿Los pobres desgraciados?

—Me refiero a los que no han logrado salir del agujero, a los que viven sometidos a las reglas y a leves que promulgan los poderosos, no a la gente que vive dignamente con pocos recursos.

—Estoy segura, Yamal, de que eres un hombre insto.

—Yo he aprendido a no estar seguro de nada hasta haberlo comprobado. En algunas decisiones que he tomado, considerarás que fui justo, y en otras no. Todo tiene su contrapartida. He vivido situaciones que, desde mi perspectiva actual, habría manejado de otra manera pero que me han conducido al camino en que quería estar. Y luego están las pasiones, que te hacen perder las riendas y que te impulsan sin control hacia donde ellas quieren.

—¿A qué pasiones te refieres?

—Cuando me sentía preparado para una nueva vida, me enamoré de una mujer del desierto con la que me casé. Tenía un nombre muy bello: Adasa, que significa «la que es de reír o sonreír». —Dorotea siente de nuevo que un ligero escalofrío le recorre el cuerpo. Ya estaba queriendo a Yamal para sí, y temiendo separarse de él—. Y te puedo asegurar que hacía honor a su nombre. Al casarme, dejé de lado los planes que me había propuesto y me concentré en luchar por la familia que con ella creé, aunque nunca perdí de vista el lugar al que quería llegar. Había aprendido con Akorán que es importante no olvidar la meta que persigues. Tuvimos seis hijos. Ella dirigía la familia. En el desierto es costumbre el matriarcado. Era una mujer sencilla y buena, muy fuerte de espíritu, aunque frágil de salud. Logró vencer la enfermedad en varias ocasiones, pero al final la muerte nos derrotó. Hace varios años que se fue.

—Debió de ser muy doloroso para ti.

—Por supuesto, fue un golpe terrible para toda la familia. Tuve que reorganizar mi vida. Yo le había confiado a ella el cuidado de nuestros hijos porque mi trabajo me obligaba a viajar mucho.

—¿A ella no le molestaba que la dejaras sola?

—Nunca se sintió sola, estaba rodeada de otras mujeres y se

ayudaban entre ellas, pero sufrió mis ausencias por otros motivos, especialmente cuando se cruzó en mi vida otra pasión. No me dejé arrastrar por ella, pero cuando regresaba a casa, Adasa me sentía distante e intuía lo que ocurría. Me habría gustado que eso no hubiera sucedido, pero no lo pude evitar. Se trataba de una mujer europea que me recordaba a tu madre, a vosotras, y me sentía irremediablemente atraído. Tuve que hacer un esfuerzo enorme para desprenderme de esa ilusión, que era falsa, y mantenerme fiel al compromiso que había sellado con Adasa. Pero con el pensamiento volaba a veces a otros confines, y en ellos se mezclaban mis pasiones de infancia, mis sueños de adolescente y la presencia de aquella mujer que afortunadamente acabó desvaneciéndose de mi vida sin dejar huella. En cuanto logré abandonar esa quimera, Adasa lo supo. No fue preciso que habláramos de ese tema.

—Puede ser que ella enfermara a causa de ese sufrimiento.

—Podría ser. Nunca se sabe cómo nuestro cuerpo puede reaccionar ante una amenaza de abandono. Después de aquello, sin embargo, yo les dediqué mucho más tiempo a ella y a mis hijos.

—Me resulta difícil imaginar la intensidad de la responsabilidad de cuidar y educar a seis hijos. Yo nunca he querido tenerlos.

—En esa labor, ella fue el motor principal pero no estuvo sola. Yo me ocupé de darles a todos la oportunidad de formarse, y luego cada uno la aprovechó a su manera. Tres tienen estudios universitarios, y los demás han resuelto su vida por otros caminos. Pero la enseñanza principal fue la que ella les inculcó: esa valentía de ser bueno.

—Me habría gustado conocerla.

—Creo que el destino ha sido sabio al permitir reencontrarnos libres de compromisos.

—Adasa fue digna de ti. Yo no habría sabido enseñarles a vuestros hijos lo que ella les transmitió, y tampoco habría sabido separarme de ti para hacerlo.

—Ese era nuestro equilibrio. Si tú y yo hubiéramos unido nuestras vidas, habríamos buscado otra fórmula que se adaptara a nosotros. Lo de los hijos es una gran responsabilidad que yo deposité demasiado en ella. La transmisión del carácter de su madre fue importante para ellos, pero no siempre les favoreció. Ornar,

nuestro primogénito, era el que más se le parecía, pura generosidad. Un día se interpuso en una pelea desigual, en la que un hombre borracho pateaba y amenazaba de muerte a una mujer. Se llevó una puñalada mortal. Adasa no pudo recuperarse de ese golpe, que también fue mortal para ella. No volvió a tener ganas de luchar por su vida. Yo también desesperé. Ornar, además de buena persona, era el más capaz de mis hijos, el más inteligente. Hay momentos en que el dolor es tan extremo que anula el conocimiento. De nada me sirvió entonces saber que la energía de Ornar no se perdía y que seguiría circulando por la vida.

A Dorotea le impresiona esta vida de Yamal que ha discurrido lejos de ella, como si todo lo que hubiera sucedido sirviera de preparación para su reencuentro, como si las experiencias que ha vivido cada uno por separado —superando y quemando muchas etapas— les dejara ahora libres para encontrarse y desarrollar su relación a fondo, sin trabas ni expectativas.

—¿Cómo supiste de mi vida?

—Llegué una vez a este lugar conducido por uno de mis clientes más importantes. Ya sabes que aquí hay casas magníficas cuyas parcelas fueron adquiridas hace años por muy poco. A pesar de ello, la gente que pudo aprovechar esa oportunidad era gente adinerada y se hicieron construir casas espléndidas. Entre ellos, un alemán de gusto exquisito, que ya murió, supo de mí y me hizo llamar para encargarme la decoración de su casa. El lugar me atrapó por su belleza y por su situación, que resultaba idónea para mis actividades clandestinas. Me llamó especialmente la atención esta casa, que parecía hablarme de un tiempo feliz. Sentí una especie de flechazo al verla. Había algo en ella que me trasladaba a Tánger, a la casa de tus padres. Estuve indagando para adquirirla, pero me informaron de que no estaba en venta. Ninguna otra casa me atraía como esta, y tuve la intuición de que algún día volvería a ella. Desde entonces han transcurrido diez años por lo menos; diez años en los que perdí contacto con este lugar al dedicarme a otras actividades. Cuando supe que Yusuf había emigrado a España, volví a hacer inspeccionar el lugar y a interesarme por esta casa. Su dueña, me dijeron, se había trasladado aquí para vivir en ella todo el año. Cuando me revelaron tu nombre, sufrí una sacudida tremenda. Confieso que me dejé llevar por la curiosidad y pedí

detalles sobre tu vida. Quería rellenar ese vacío de varios años que existía entre nosotros y saber cuál era tu actividad profesional. Tenía unas ganas enormes de presentarme a ti y, al mismo tiempo, un gran temor a que no me reconocieras como amigo del alma. Lo que no sabía es que me presentaría en la forma en que lo hice. Yo tenía intención de encontrar a Yusuf siguiendo los pasos de Melika y, una vez resuelto ese tema, venir yo solo a saludarte. Pero los acontecimientos se han desarrollado de la forma que ya conoces. Cuando la patera volcó, tuve que sacar fuerzas de flaqueza para salvar el máximo posible de aquel desastre, y la única fuente de energía que me quedaba era pensar en ti y en que tú serías nuestra salvadora. El resto ya lo sabes, todavía tengo pendiente el encargo de Akorán y debo seguir buscando a Yusuf.

—¿Crees que Yusuf tiene también la capacidad de penetrar en otro tiempo?

—No, no lo creo. Ese poder está en su hijo. Pero debo encontrar a Yusuf y conocer sus circunstancias. Se ha convertido en un deber moral para mí, además de un paso necesario para poder ayudar a Yacir.

—¿Estás seguro de que está vivo?

—Me han llegado indicios de que sí lo está, pero ignoro en qué condiciones. Es mejor no hablarle a Melika de ello, eso podría aumentar su nerviosismo.

—Sin duda, sobre todo tratándose solo de sospechas. Ella se está reponiendo físicamente, pero sigue inmersa en una gran tristeza. Tengo muchas ganas de conseguir una sonrisa suya por débil que sea.

—Yacir tampoco ha recuperado el tono vital, aunque la compañía del Chorlita está siendo importante. Me gusta ver cómo se ocupa de las cabras como hacía yo en el desierto.

—Imagino que debe de ser difícil convivir con esa extraña capacidad que tenéis. ¿La has detectado en alguno de tus hijos?

—No. Sí he notado, en cambio, algunas señales en Yamila, mi primera nieta. Es una niña preciosa, y alegre como lo fue su abuela. Pero hablemos ahora de ti. Creo que yo ya he vertido todo mi caudal.

—Bueno, no sé cuánto conoces de mi vida.

—Además de tu dedicación a la medicina, me han informado de

que estuviste casada y te divorciaste al poco tiempo. Y también he sabido de tu actividad clandestina aquí.

—¿Qué informadores tienes, Yamal?

—Amigos que persiguen los mismos fines que tú y que yo. No te preocupes, estamos del mismo lado. Sé que actúas con mucha discreción, no ha sido fácil seguir tu rastro por ese camino. Pero ten mucho cuidado, ya sabes que los que buscan hundir a los desesperados persiguen a los que pretenden ayudarlos.

—Siempre he conocido los riesgos a los que me exponía.

—Además de tu trabajo en el hospital, he sabido de tus experiencias con Fátima, la partera.

—¿También eso?

—Empecé por descubrir cuál había sido tu última residencia en Tánger. La casa de tus padres hacía años que pertenecía a otros dueños. Tú bajaste del monte para vivir cerca de la medina. Después me fue fácil tirar del hilo. Te aseguro que dejas un rastro luminoso por donde pasas.

—Con Fátima aprendí mucho.

—Me pregunto qué pudiste aprender con Fátima cuando llevabas años de estudios y de trabajo hospitalario.

—Con ella pude permitirme una observación pasiva que me brindó la información complementaria que yo buscaba. Los métodos de parto empleados en el mundo occidental han salvado muchas vidas al introducir la higiene y otras técnicas adelantadas en momentos de dificultad, pero pueden mejorarse. En los hospitales se abusa de las cesáreas y de la medicación, a menudo innecesaria. En los partos naturales, me refiero a no medicados, las resistencias se resuelven eliminando las prisas y dejando al cuerpo actuar. Por ejemplo, una dilatación lenta, que en el hospital se acelera con oxitocina, puede resolverse con una espera relajada; y unos bailes o unas contorsiones de la madre ayudan a que el bebé se coloque en la buena postura. ¿Sabías que los gritos guturales o algunos cánticos ayudan a ensanchar el diafragma y a calmar el dolor? Y, finalmente, tenemos la postura en cuclillas, que favorece el descenso del bebé.

—Claro, en el desierto es así, pero a menudo echamos de menos la ayuda que nos podría brindar un hospital; muchas mujeres mueren en el parto.

—Una cosa es recuperar la sabiduría del cuerpo a la hora de

parir, y otra renunciar a los servicios sanitarios, que proporcionan higiene e instrumentación para salvar los casos difíciles, y también anestesia para aliviar los casos de dolor intenso. Yo no renuncio a nada. Cuando trabajé con Fátima, me parecía importante estar preparada para poder trasladar a la parturienta a un hospital en caso necesario, o para actuar yo, si eso no era posible, con mi instrumental.

—También supe de la enfermedad que padeciste. Sentí no haberlo sabido a tiempo para haber estado a tu lado.

—Estuviste a mi lado. Solo a ti podía dirigir mis pensamientos. Me di cuenta de que eras la persona en quien más había confiado y te inventé en la edad adulta y te hablé y te escribí cada día durante el primer tiempo de desconcierto. Es curioso que, a pesar de mi profesión, me sorprendiera tanto la aparición en mi cuerpo de un tumor, sobre todo conociendo que esa había sido la causa de la muerte de mi madre. No podía admitir que, con la vida que hacía, alimentándome bien y sintiendo tanta energía, pudiera caer enferma. Eso me reconcilió con el recuerdo de mi madre. En un nivel inconsciente yo la acusaba de haberme abandonado tan pronto, de no haberme dado tan siquiera la oportunidad de conocerla. Cuando enfermé, comprendí que la había juzgado con arbitrariedad y que había olvidado su gran amor por la vida. Te escribí sin proponerme hacerte llegar nunca mis palabras, sin saber siquiera si aún vivías, pero me ayudaba imaginarte, me servía pensar que había una persona en el mundo a quien podría confiar mi debilidad. Creo que, en cierto modo, también existía una conexión contigo. Frente a los demás, yo presentaba una máscara de fortaleza. Pero me dejé ayudar por mis amigos médicos. No había tiempo que perder y no lo perdimos. La operación, las radiaciones y la quimioterapia me dejaron aturdida… Afortunadamente ya pasó todo. El tumor no era tan agresivo como el de mi madre, y me repuse pronto y bien, pero sentí la necesidad imperiosa de un cambio de vida. Abandoné mi trabajo en el hospital y me dediqué a organizar toda la información que había recibido en mis prácticas hospitalarias y privadas. De todo ello saqué conclusiones que me parecieron interesantes. Documenté ese conocimiento, y di charlas y conferencias sobre ello en Francia. Tuvieron tan buena acogida que pronto reclamaron mi colaboración en otros países. Ya nada me

ataba al hospital, y decidí fijar temporalmente mi residencia en España, en este rincón que había elegido cuando tenía doce años. Se trataba de una retirada, mi particular retirada al desierto, porque en aquel tiempo esta zona estaba muy deshabitada. En vez de las dunas, yo tenía las olas y las mareas del mar para meditar frente a ellas. No sabía cuánto tiempo permanecería aquí. Dejé que la vida decidiera por mí, pero cerré la casa de Tánger para dar por terminada esa etapa. Siempre es atractivo empezar una nueva vida cuando se ha estado cerca de abandonarla.

Permanecen un momento en silencio.

—Y aquí empezaste a desarrollar la actividad que en parte conozco, y en la que he contribuido a implicarte aún más.

—La vida no merece la pena si no participas de ella con lo que la conciencia te manda. Y mi conciencia está junto a los que sufren. Mi lealtad al pueblo magrebí es inquebrantable, aunque hoy resida en la otra orilla. No en vano nací en Tánger y me amamantó Zulema. Bebí en su leche el amor por esa tierra.

—¿Has podido ejercer aquí tu profesión de partera?

—Desde mi llegada no he visto más partos que los de las yeguas y las cabras del Chorlita. Pero he tenido que aplicar mis conocimientos médicos a otros asuntos menos bucólicos.

Retoman de nuevo el silencio. Yamal recuerda la puñalada que recibió Ornar, y Dorotea, las curas que aplicó a los marroquíes que huían de las persecuciones y se escondían en el bosque. Recuerda concretamente el día que conoció a Sally, una inglesa que paseaba como ella por la Breña de Barbate. Era un hermoso día de primavera, el mar brillaba y el suelo estaba cubierto de plantas tiernas y flores. De pronto apareció aquella mujer gordita y pecosa, de ojos azul transparente, con la cara demudada. *Please, please, a doctor, a doctor*. Le preguntó qué ocurría y la pudo tranquilizar informándole en inglés de que ella misma era doctora. Sally la condujo detrás de unos arbustos, donde jadeaba de dolor un hombre cubierto de sangre. Era un marroquí llegado sin duda en una patera. Dorotea se colocó a su lado y le habló en árabe. El hombre abrió los ojos y la miró, después perdió el conocimiento. Sally le explicó en inglés que vivía cerca de allí, en San Ambrosio, el único problema que veía era cómo trasladar al hombre hasta su casa. La operación resultó difícil porque, además de tener que

arrastrarlo, debían hacerlo ocultándose a los ojos de un posible caminante. Consiguieron llegar hasta la furgoneta de Dorotea e introducir en ella el cuerpo del hombre con gran esfuerzo. Poco después llegaban a casa de Sally. Era una casa alegre y luminosa, rodeada de un jardín muy cuidado. Sally acercó una carretilla al coche, y entre las dos cargaron en ella el cuerpo inerte del hombre. No habían pronunciado muchas palabras entre ellas, pero Dorotea había percibido en el rostro de Sally la firmeza de quien no teme comprometerse por seguir el dictado de su conciencia. Colocó una amplia toalla encima de una cama y sobre ella instalaron al herido. Lo despojaron de la ropa con cuidado y le lavaron sus múltiples raspones y heridas. Dorotea descubrió que una de ellas era de bala. Por suerte, ella nunca se separaba de su maletín médico. Extrajo la bala y vendó al enfermo, que había vuelto a la vida y gemía sin abrir los ojos.

Cuando dejaron al hombre adormilado y tranquilo después de haberle administrado un calmante, se derrumbaron las dos en el sofá de la sala de Sally, se miraron y rompieron a reír. Así comenzó una gran amistad. Hablaron mucho, y barajaron distintas hipótesis sobre lo que debía de haber sucedido. A Sally le admiraba la casualidad de que en ese momento de gran apuro apareciera una persona que hablaba tan bien su idioma y que además era médico. Aquella noche, Dorotea se quedó a dormir en aquella casa por si surgía alguna complicación.

Al día siguiente, el hombre pudo hablar y entenderse con Dorotea en árabe. Era bastante taciturno y no quiso aportar ninguna explicación acerca de la bala en el cuerpo. No se la exigieron. Permaneció unos días en la casa atendido por Sally y asistido médicamente por Dorotea, que acudía cada día a visitarlo. Mientras él se reponía, las dos mujeres reunieron una pequeña cantidad de sus ahorros para ayudarlo a subsistir durante los primeros días. No pudieron llegar ni a ofrecérsela, porque una mañana Sally descubrió que el hombre había desaparecido llevándose su reloj y las pocas joyas que tenía.

—Después de tu divorcio, hubo otros hombres, ¿verdad?

—Algunos —sonríe Dorotea.

Los dos permanecen en silencio y se miran.

Dorotea ya no es una hermana para Yamal, es una mujer,

querida y admirada. Las preguntas sobre el pasado han terminado.

Yamal no se corresponde con el personaje que Dorotea había inventado en su ausencia, ha tomado vida propia, y por lo tanto es vulnerable y mortal. Si desapareciera de su vida, se quedaría sola.

—Sé que ahora debes marchar —le dice—, pero no tardes en volver.

Contempla su figura alta y fuerte, reconfortante a pesar de la edad que va asomando por algunos resquicios de su piel curtida y en alguno de sus gestos que, en momentos de descuido, indican fatiga.

—Me gusta estar contigo.

Dorotea se dirige a su amigo, el cabrero.

—Quería pedirte un favor, Diego.

—Si está en mis manos, Dorotea, ya sabes que lo tienes concedido antes de pedirlo.

—Se trata de Yacir. No logro que se interese por nada.

—Sí, se me había ocurrido que no es natural ver a un buen mozo como él, *amorraíto*, que no levanta cabeza. Tendría que estar en el instituto, con otros chicos de su edad.

—Todavía es pronto. Solo hace dos meses que aterrizó aquí y tenemos mucho que resolver. Mientras tanto yo le enseño algunas cosas, pero, ya te digo, no logro captar su interés.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Contigo es distinto. Tú vives con una pasión que contagia. El otro día contabas algo que lo hizo sonreír. Fue la primera vez que lo vi reaccionar y me dije que tenía que hablar contigo para ver si inventábamos algo que lo mantuviera cerca de ti.

—Pues yo ahora me voy unos días al campo. Dile que se venga conmigo. Tengo la perdiz encelada, y ya sabes que a mí me gusta todo el trajín de la caza por reclamo. Ya sé que a ti no te gusta, Dorotea, pero yo no tengo la culpa, yo no la he inventado.

—Me pone los pelos de punta pensar que se aprovecha un embeleso de amor para dar caza a los enamorados.

—El amor y la muerte…, ya sabes, Dorotea.

—¿Qué contabas el otro día que le hizo tanta gracia? Era algo de tu abuelo y de cómo conquistó a tu abuela…

—Sería lo de que a mi abuelo le llamaban el Caracol, y a mi abuela la Caracola. Le conté que mi abuelo tenía un potro con el que se moceaba y se paseaba delante de la ventana de la abuela. —El Chorlita se mueve como si estuviera subido a lomos de un potro, haciéndolo caracolear delante de su amada.

—Sí, eso fue. Pero no es solo por las historias que cuentas, es por como tú vives la vida, que da gusto escucharte hablar porque trasmites esa emoción y esa alegría.

—¿Quieres que me lo lleve al campo?

—Si te parece bien y él quiere… creo que sería un buen principio, así lo separamos un poco de esas rocas que lo tienen como hechizado.

—A lo mejor es que el chaval es así, un tranquilo.

—No, ¡qué va!, dice Melika que era un chico alegre y animado. Es verdad que solo han pasado dos meses, pero ya tengo ganas de verlo reaccionar. Me preocupa que se acostumbre a esa desgana.

—Esa galbana no es natural. Un chico de esa edad no puede estar así, como muerto, hay que espabilarlo. Déjalo conmigo. Dile que salimos mañana al campo, y a Melika, que riegue las plantas estos días. Y cuando vuelva me ocupo de la pintura y de ese grifo que gotea. Te lo dejo ahora bien cerrado. Dile también a Yacir lo de la caza al reclamo, eso le va a gustar.

—A lo mejor eso no le gusta, es un chico sensible. Pídele más bien que ordeñe las cabras, que eche de comer a las gallinas… cosas de esas.

—Cosas de esas no seducen ni al más *pintao*. Tú déjalo en mis manos.

El Chorlita sale al patio y se encuentra con Yacir. Dorotea los observa desde la ventana mientras conversan. Chorlita gesticula y Yacir sonríe. Cuando se separan, el Chorlita asoma la cabeza por la puerta y le dice a Dorotea que prepare el petate para el muchacho, que salen al día siguiente muy temprano.

—¿Qué llevas ahí? —pregunta Yacir cuando salen por la mañana, señalando los bultos en el asiento trasero del coche desvencijado del Chorlita.

—Todo lo que necesitamos para estos días. Paqui me ha preparado comida.

—¿Y eso?

—Yacir señala un bulto más alto que los demás.

—¿Eso? Es la jaula con la perdiz. Te dije que íbamos a cazar la perdiz.

—¿Ya la has cazado?

—No, tú espera y verás.

Cuando llegan, Yacir permanece serio y callado mientras el

Chorlita va sacando los enseres del coche.

—No te quedes *ahí parao*. Échame una mano. Vete poniendo todo eso ahí, dentro del chamizo.

—¿Y la jaula?

—Déjala ahí. ¿Cómo es que sabéis español tu madre y tú?

—Ella siempre nos ha hablado en español para que lo entendiéramos. Mi madre viene de un sitio donde se hablan los dos idiomas.

—Pues ahí tienes mucho adelantado, *quillo*.

Yacir enmudece como si no quisiera hablar del pasado.

—Suelta a la perra.

—No me gustan los perros.

—Esta sí te va a gustar. Ya lo verás, suéltala.

Yacir suelta a la perra, que está atada a un árbol girando como loca desde la llegada de su amo.

—Se llama Chispa. Ven acá Chispa, saluda a mi amigo.

La perrita se alza sobre las patas traseras mirando a Yacir. El chico se ríe.

—Pues sí que es lista.

—Lo que te pasa a ti es que a vosotros los moros, por alguna razón, no os gustan los perros, pero ya verás, cuando te acostumbres, cómo te van a gustar.

Yacir acaricia la perrita que salta a su alrededor.

—Esta sí me gusta —dice.

—¿Lo ves? Ya te lo dije.

A Yacir también le gusta el Chorlita, su forma de hablar, sin medir las palabras y sin preocuparse por su efecto en el otro. Le gusta su espontaneidad.

—Ven *p' acá*. Sujétame la jaula del pájaro. Lo vamos a colocar ahí en el matón.

—¿Qué es el matón?

—¿Ves ese lentisco? Ese es el sitio que me gusta a mí. Ese que está ahí, a veintiún pasos del árbol. Mi mujer me tiene preparado un puesto de tela, con cremallera y todo, porque le explicaron que la cosa tenía que ser así, ¿lo ves?, con dos agujeros, uno es un mirador para visualizar, y el otro, una tronera para disparar: se introduce por ahí la escopeta, así, ¿ves? Pero a mí me gusta más hacerme mi propio puesto dentro del árbol. Cuelga ahí la jaula, de

esa rama del árbol.

—¿Del lentisco?

—Sí, o del matón como lo llamamos para esta ocasión. Ahora yo, entre las ramas, me hago mi tronera y mi agujero para visualizar.

—¿Por qué ponemos el pájaro en la jaula?

—Es el reclamo, a ver si lo entiendes. El pájaro tiene que estar encelado para que cante. Y él tiene que cantar para atraer a la hembra.

—¿Y dónde está la hembra?

—La hembra está con su pareja por ahí. Y si el pájaro mío se porta como se tiene que portar, tiene que cantar. Es decir, que a mi pájaro yo lo estoy metiendo en campo ajeno. ¿Lo entiendes?

—No.

—Lo estoy metiendo en medio de un matrimonio. Le tiene que indicar al otro que quiere robarle la mujer. ¿Eso lo entiendes?

—Sí. —Yacir sonríe—. ¿A cuál vas a matar?

—Eso viene al final. Antes de eso hay que hacer un cante. Y se mata luego, siempre que se lo merezca; de lo contrario, no. Yo hago durar el cante unos días para que disfruten ellos y disfrutar yo. Ya verás, eso es divino. Nos escondemos aquí, y tú te pones cómodo y observas de vez en cuando por el agujero este. Mi pájaro primero tiene que *reclamear*.

—¿Eso qué es?

—Es un cante especial para atraer a la hembra. Para eso el pájaro tiene que estar encelado, con necesidad de hembra.

Yacir nota una extraña sensación en la entrepierna, un endurecimiento. Últimamente le pasa de vez en cuando, sobre todo por la noche, y amanece con la sábana mojada.

—¿Entiendes lo que es estar encelado?

—Sí, eso lo entiendo.

El Chorlita ríe y le da un golpe en el hombro.

—Lo que les pasa a ellos es lo que nos pasa a nosotros, pero aquí hay un cortejo y un cante.

Yacir se siente bien, casi como cuando estaba con Said y hablaban de mujeres. El Chorlita siempre le ha gustado, pero ahora más.

—Bueno, pues cuando el pájaro sienta a la hembra, iniciará el

primer cante: el reclamo. La está llamando ¿entiendes? Le está diciendo: «¡Eh!, que yo estoy aquí y que soy más guapo que ese que tienes al lado». Y para eso se hincha todo y da unas vueltas en la jaula, pavoneándose. —El Chorlita hace el gesto de hincharse y pasear por la jaula. Yacir vuelve a sonreír.

—Como tu abuelo con el potro.

El Chorlita se retuerce de risa.

—Te gustó esa historia, ¿eh? Seguimos con lo nuestro. En segundo lugar, si se porta bien el pájaro, debería dar de pie, que es otro cante así: pone las dos manos en la boca en forma de bocina y emite un sonido entrecortado. Pero a veces pasa de reclamo a piñones que es el tercer cante. Mira, ¿lo ves? Está tendiendo la oreja a ver si siente algo. Quédate ahí quieto, que algo va a pasar.

Yacir empieza a contagiarse de la emoción del Chorlita, vuelve a sentirse vivo.

Algo se mueve entre las ramas. El pájaro de la jaula inicia el cante de reclamo. Chorlita señala el agujero a Yacir para que mire. Yacir le habla bajito:

—Vienen dos pájaros.

—Son el macho y la hembra. El rival y su pareja.

—¿Vas a disparar?

—No. Te he dicho que íbamos a disfrutar todos del cortejo. Nadie dispara. Nos quedaremos aquí dos o tres días y así podrás ir distinguiendo los cantes. A veces hace los tres cantes seguidos: reclamo, dar de pie, y piñones, pero a veces, como ahora, se tira de reclamo a dar de pie y otra vez al reclamo, eso según. Ahora lo está haciendo así. Al final, pasa a la muerte.

—¿Entonces los matas?

—Solo cuando se lo merece el pájaro.

Chorlita hace un gesto imperioso que indica silencio.

Alicia y Pablo acompañan a Ulises en coche a Atlanterra. Él habría preferido viajar solo, pero comprende que sus padres tenían el deber de saludar a Dorotea después de su comportamiento esquivo anterior, y por ese lado se alegra. Pero le molesta oír las discusiones entre ellos en el coche donde él se encuentra atrapado sin posibilidad de escape. Considera, además, su amistad con Dorotea como una conquista propia en la que no le gusta que ellos intervengan.

—¿Qué te pasa? —le pregunta Alicia al descubrirlo silencioso y de mal humor.

—Nada.

—Déjalo, es la adolescencia, ya lo sabes, todos la liemos pasado.

La adolescencia debe de ser ese momento en que uno descubre que los padres sobran, piensa Ulises, pero no dice nada.

—La dichosa adolescencia. Se me ponen los pelos de punta solo de pensar en la mía, y cuando veo Lis fotos de aquella época siento náuseas.

—Tampoco exageres, que no es para tanto. El pobre chico no ha hecho más que estar callado.

—Estoy hablando de mi adolescencia, no de la suya.

Y se enzarzan en una pelea sobre la adolescencia de uno y de otro, y a Ulises le gustaría poder decir «paren el coche, que yo me bajo y me voy andando».

Dorotea recibe a los padres de Ulises con cariño, como si hubieran mantenido una amistad sin fisuras. Ulises la mira y no da crédito, la había imaginado totalmente distinta. Para nada parece una persona enferma y vieja como a veces la imaginaba por lo que sus padres le habían dicho de ella. Comprende ahora su risa al ofrecerle él sus cuidados. Sus padres también parecen sorprendidos.

—Qué buen aspecto tienes, Dorotea —dice Alicia—. Me das envidia, tan morena y tan delgada. Si te tiñeras las canas, parecerías una jovencita. Como ves, yo tengo que quitarme varios kilos de encima.

Y no es que a Alicia le sobren kilos, piensa Ulises, es que siempre está con lo mismo, esté gorda o delgada. Lo que a ella le gusta es que le digan que exagera y que está muy bien como está.

Dorotea no devuelve el cumplido. Les hace pasar al interior de la casa y se dispone a enseñársela, dirigiéndose especialmente a Ulises, que se siente orgulloso de ser el invitado principal.

—Ulises y yo nos hemos hecho muy amigos —aclara Dorotea—. Hemos hablado mucho y tenemos muchas cosas que compartir.

—Sí —dice Pablo—. El pobre chaval pasa muchas horas solo en casa y por eso siempre es él quien contesta el teléfono. Ya nos ha contado que habéis hecho amistad. A nosotros tienes que perdonarnos, Dorotea, porque andamos de la ceca a la meca, siempre liados y con un caos encima que nos hace olvidar lo importante.

—Hola, Plaf —dice Dorotea por cambiar de conversación—. También me ha hablado Ulises de ti.

Plaf ha levantado la pata junto a un árbol en el jardín para soltar una meada y marcar el territorio, pero por suerte está bien educado y en la casa lo olisquea todo sin tocar nada.

—¿Por qué le pusiste el nombre de Plaf?

—Porque cuando me lo regalaron era un cachorro que ni se tenía sobre sus patas; y, cuando lo pusieron delante de mí, se cayó al suelo desparramado y yo dije: «¡Plaf!», y con ese nombre se quedó.

Ulises ha perdido esa molesta sensación de ser un estorbo que a veces vive con sus padres cuando no saben qué hacer con él para escapar ellos a sus obligaciones.

Todos lamentan que no aparezca Yacir, ni siquiera a la hora de la cena. Alicia se muestra inquieta. Aunque Dorotea y Melika tratan de quitar importancia a la ausencia del chico, que puede haberse quedado, según explican, a dormir en casa de un amigo. El plato que Melika le había colocado en la mesa denuncia que no tenían conocimiento de que iba a faltar. Esta ausencia de normas inquieta a Alicia, que da vueltas a cómo abordar el tema.

—¿Cuánto tiempo lleva Yacir viviendo aquí?

—Hace más o menos un año y medio.

—No sé qué costumbres tenéis establecidas para Yacir. —Alicia ríe evocando el pasado—. Recuerdo y me gusta tu forma de enfocar

la vida, Dorotea, pero Ulises solo tiene doce años…

—Voy a cumplir trece al mes que viene.

—Pero tienes doce —corta Alicia tajante—. Y además es un niño de ciudad, y me inquieta que en un entorno como este…

Ulises se siente avergonzado de los miedos de su madre, y se alegra de que Yacir no esté presente en su llegada. Dorotea le dirige un guiño y se ríe con esas carcajadas cristalinas que a él tanto le gustaban al teléfono. Ulises se admira de que en un instante, y simplemente con su risa, Dorotea se haya colocado en su bando. Plaf se une a la nueva alegría y Dorotea le da una golosina. Ulises admira la valentía de su madrina, que no hace ningún caso a los temores de su madre.

La que parece intimidada ahora es Alicia. Había olvidado la fuerza y la risa de Dorotea.

—Han pasado los años —dice avergonzada—, pero seguimos siendo las mismas. Cuando nos conocimos en Tánger, yo era una tonta llena de miedos y de inseguridades. Tu risa fue borrando uno a uno aquellos temores. Me alegro de que Ulises se quede contigo.

—Claro que sí —la anima Dorotea—. ¿Qué tonterías son esas de «un niño de ciudad»? Ulises ya ni siquiera es un niño. Es un adolescente en la plenitud de la vida. Y será de ciudad cuando esté en la ciudad, y de campo cuando esté en el campo, como todos nosotros. No te preocupes, Alicia. Conozco los límites a los que te refieres. Ulises va a sentirse a gusto con nosotros.

¿Cómo había podido olvidar el poder que esta mujer ejercía sobre ella? Alicia se siente inundada por una avalancha de recuerdos que humedecen sus ojos: aquellos meses de angustia y de miedo que nada ni nadie lograban disipar, hasta que le presentaron a Dorotea, que por entonces tendría cincuenta y tantos años, y apareció ante ella sólida y segura, tranquilizando el caos que el miedo había instalado en su mente. Aquella mujer consiguió hacerle vivir con serenidad la espera de un parto que la aterrorizaba a causa de una desgraciada experiencia anterior. Ese fue el motivo de que Ulises naciera en Tánger, donde les había llevado a vivir el trabajo de Pablo como delegado de una empresa de turismo. Ella tenía todo previsto para trasladarse a Madrid para el alumbramiento, pero la intervención de Dorotea hizo que variaran sus planes. La Alicia de entonces, lo reconoce, era una persona

insegura y desequilibrada; no como ahora, que ha encontrado su lugar en el mundo con un trabajo que le gusta y absorbe todo su interés. Cuando terminó el contrato de trabajo de Pablo, decidieron volver a vivir a Madrid. Pablo se adelantó para buscar un empleo en su sector, y Dorotea le sugirió que se trasladara a su casa con el niño hasta que tuvieran en Madrid algo seguro. Revive el tiempo que vivió en la alegre casa de Dorotea, una casa de puertas abiertas, cuya llave se había perdido hacía tiempo y nadie se molestaba en buscar. Todo le había asustado al principio (su madre al teléfono reforzaba esos temores). Le daban miedo los moros, temía que le robaran si no cerraban las puertas, que le quitaran el niño… Poco a poco, la tranquilidad de Dorotea y su buena relación con el vecindario la fueron relajando. Su niño estaba perfectamente seguro y protegido bajo su atenta vigilancia, y aprendió incluso a dejarlo alguna vez al cuidado de una vecina marroquí de confianza de Dorotea —y muy amante de los niños— para salir de compras por la medina cercana. Fue un tiempo de recuperación y hasta de felicidad. ¿Cómo ha podido olvidarlo? ¿Qué grado de insensibilidad ha alcanzado?

Melika ha preparado la habitación de dos camas para Alicia y Pablo, que piensan marcharse temprano al día siguiente. Para Ulises han subido una cama supletoria al cuarto de Yacir, que es una habitación añadida en la azotea de la casa. Y Dorotea ha consentido a Plaf tumbarse a los pies de la cama de su amo.

Ulises no puede dormir. Le obsesiona ese chico que ha desaparecido a su llegada. No cree que Yacir lo necesite. No sabe por qué ha dicho eso Dorotea, pero no puede ser verdad, a menos que sea un chico raro y él tenga que vigilarlo o algo así. Piensa tonterías, lo sabe. Le pasa cuando algo lo preocupa y se obsesiona, sobre todo de noche. Le ha gustado Dorotea y también la casa, y el campo, aunque nada es como él imaginaba, ni parecido. Aquí todo es escarpado, todo cuesta arriba. Se levanta; sale a la azotea, donde unas sábanas ondean al viento. Las rodea y se topa con un gran telescopio apuntando al firmamento. Está claro que Dorotea tiene aficiones y costumbres diferentes a las de su casa. No sabe qué vida va a llevar, ni lo que se va a perder del colegio. Sus padres no le han dejado traer el *skate* porque les parecía un abuso llegar con tantas cosas. Eso es lo que él no entiende de los adultos. Está seguro

de que a Dorotea no le habría importado que lo trajera. Tiene la impresión de que en esta casa va a poder hacer lo que se le antoje, a menos que tenga que vigilar a ese chico que no aparece. Suerte que tiene a Plaf y con él se siente menos solo, porque tampoco le han dejado traer la Wii, y por ahora no ha visto ningún aparato de televisión —aunque puede que la tengan en un dormitorio—. Ha abierto el armario y ha examinado la ropa de Yacir para descubrir al menos cuál es su tamaño. Es alto, bastante más alto que él, dos años no justifican tanta diferencia. Desde la azotea se ve el mar y algún barquito que parece hacer señales con las luces. Las luces en el mar se confunden con las de las estrellas, que también producen pequeños destellos. Le cuesta localizar el horizonte, la separación entre mar y cielo. Finalmente, siente los párpados pesados y se decide a acostarse, con acierto, porque poco después está profundamente dormido.

Alicia se revuelve inquieta en la cama. Piensa que algo tiene que cambiar en su vida, que ella no es como le gustaría ser. La naturalidad con que enfrenta a la vida Dorotea ha hecho que resalte aún más el contraste entre ambas. Últimamente se siente nerviosa y descarga el malhumor en casa, solo se siente plena en el trabajo, y también ahí tiene a veces tensiones y reacciones desmesuradas. Quizá le convendría visitar a un psicólogo. Regina le ha dicho que ella conoce a una psicóloga estupenda, pero no tiene tiempo para ir; y además, la psicóloga querrá que Pablo asista también a las sesiones, y eso sería prácticamente imposible porque él rehúye ese tema y no ve la necesidad, y sus tiempos libres no coinciden, porque procuran combinarse para que siempre esté uno de los dos con el chico —aunque sea en realidad un estar sin estar, porque la cabeza la tienen los dos en otra parte y a menudo no pueden cumplir los horarios que se proponen y Ulises pasa mucho tiempo solo en casa—. Admite que la llegada de Plaf solucionó en parte el problema, pero no en su raíz profunda. Pablo y ella no son capaces de construir una convivencia normal, apenas se soportan cuando están juntos y deberían separarse. Pero para eso hace falta tiempo y dinero. Ella podría irse una temporada a casa de sus padres para que se ocuparan del niño en sus ausencias. Pobre Ulises, otro traslado, y encima sus padres son insoportables. Lo peor de esta vida que han construido es que no han dejado espacio para pararse

a pensar una solución, ni para buscar ayuda profesional ni para ninguna actividad lúdica conjunta. Trata de calmarse con la idea de que durante unos días Ulises va a estar bien junto a una persona admirable. Aparta la inquietud que le producen las costumbres permisivas de Dorotea y, por fin, con ayuda de una pastilla, logra dormirse.

Dorotea y Melika se sientan en la cocina a tomar el té a la menta como todas las noches.

—Ese pillo de Yacir nos la ha vuelto a jugar —dice Melika en árabe.

—No te preocupes. Ya sabes que cuando tiene algún conflicto que resolver, desaparece. Él no ha querido conocer a los padres de Ulises, y tampoco le hace demasiada gracia la intromisión de otro niño en su vida. Ya sabes que le gusta mucho estar solo. Probablemente esté durmiendo en el chamizo del Chorlita.

—Él antes no era así. Creo que le vendrá bien tener un amigo en casa. ¡Se ha vuelto tan desconfiado! A veces, cuando me mira, me da miedo, como si me hiciera responsable de todas nuestras desdichas.

—Eso era sobre todo al principio. Yo creo que ahora ya se ha dado cuenta de que la vida te obligó a tomar decisiones que tampoco eran gratas para ti.

Las dos mujeres beben el té a pequeños sorbos, y se quedan un rato sentadas en silencio perdiéndose cada una en sus ensoñaciones. Melika da un suspiro hondo y lleno de añoranza por Yusuf, y Dorotea sonríe a un recuerdo de Yamal. Le gusta que Yamal y Yacir pertenezcan a la misma familia. Hay algo en Yacir que le parece tan atractivo como le pareció Yamal de niño. Tiene la sensación de regresar a la infancia. Le alegra que Ulises haya venido a compartir esta felicidad con ella.

Ulises despierta con la sensación de ser observado. Se gira hacia la cama que la noche anterior estaba vacía y se encuentra con unos ojos oscuros y brillantes fijos en él. No tenía idea de que Yacir fuera negro, eso suponiendo que el que está en la cama sea Yacir. Tampoco sabe cómo ha llegado al cuarto, ni cuándo, porque no ha sentido nada, aunque no le extraña, porque él duerme como un tronco. El chico que lo mira apoya un codo en la almohada y se sujeta con la mano la cabeza; es alto y fuerte, y no parece necesitar su ayuda para nada. Al menos, eso aparenta.

—Hola.

—Hola.

Ulises prefiere no ser el primero en hablar: quiere antes conocer el terreno que pisa. Como Yacir no añade nada a su saludo, él se da la vuelta como si quisiera seguir durmiendo.

Esta actitud desconcierta a Yacir, que está acostumbrado a que los demás le allanen el terreno.

—El desayuno lo tomamos en la cocina —dice por fin para romper el silencio—. Cuando te levantes puedes bajar a preparártelo, y también ha dejado mi madre comida para el perro.

Ulises sigue quieto en la cama durante un rato, no quiere parecer ansioso por entablar amistad. Él es amigo de Dorotea, y ha sido invitado por ella; lo demás no le importa, o eso cree. De todas formas, tiene que reconocer que Yacir lo intriga y que le ha gustado su aspecto, que le ha parecido inusual. Lo oye abrir y cerrar el armario y, por último, salir de la habitación. No le gustan sus modales. Él nunca habría recibido así a un invitado. Decide fingir indiferencia, piensa que es la mejor forma de no molestar al otro. Acaricia el lomo de Plaf, que no se hit movido de su lado. Deja pasar el tiempo y, cuando calcula que Yacir puede haberse terminado el desayuno, se viste y baja a la cocina.

—Te estaba esperando —le dice Yacir.

Ulises no contesta. En parte porque no sabe qué decir y en parte porque no percibe amistad en el tono de su anfitrión. Se acerca al

armario donde Melika le indicó que guardaban los cereales, y después abre la nevera para coger la leche. Se sienta en la otra punta de la mesa y empieza a comer en silencio. Plaf se ha dirigido, sin que nadie se lo indicara, hacia su plato, que está colocado en un rincón de la cocina con una apetitosa ración de carne.

Yacir contempla a los dos nuevos intrusos. Él también se siente incómodo y no sabe cómo actuar. Reconoce que no ha sido muy amable por su parte desaparecer el día de su llegada, pero quería estar seguro de que no contaran con él para entretener a ese chico. Ahora le parece que Ulises puede ser tan independiente como él, y eso le gusta y le disgusta a la vez. Habría preferido tantearlo un poco, desconcertándolo con respuestas irónicas —que se le dan muy bien—, pero Ulises no da pie a la conversación. El perro no está mal, se parece un poco a su amo, con el cabello alborotado y rizado. Desde que trabó amistad con Chispa, los perros le hacen gracia. Se acerca a acariciarlo. Plaf gruñe sin levantar la cabeza del plato, no le gusta que lo molesten cuando está comiendo.

—La playa está ahí abajo. Yo me voy a dar una vuelta —dice Yacir, molesto por la actitud de Plaf.

—Hasta luego —contesta Ulises.

Poco después aparece Dorotea en la cocina.

—Tus padres me han pedido que te despida de ellos, Ulises. Se levantaron esta mañana muy temprano y les dio pena despertarte. ¿No quieres ir a la playa con Yacir?

No se siente cómodo, o no quiere que Dorotea lo note. Él no ha venido a ser cuidado.

—Creo que a él no le gusta que lo acompañe. Ya iré más tarde.

—No le tengas en cuenta este recibimiento. Yacir es un chico solitario, y puede que al principio no se muestre muy amigable. Tiene miedo de perder su espacio. Ya verás como más adelante os vais a hacer amigos.

—Yo no quiero ser su amigo. He venido a conocerte a ti.

Dorotea está acostumbrada a que las relaciones humanas no sean fáciles. Percibe una tensión contenida en la actitud del muchacho.

—Hay muchas cosas que quiero enseñarte, y Melika ya está preparando el cuscús de bienvenida. Siempre lo hace cuando alguien le gusta.

—¿Puedo mudarme al cuarto donde han dormido mis padres?

Dorotea duda un instante, pero asiente.

—No me parece mala idea, quizá eso facilite las cosas al principio. De todas formas, no quitaremos la cama del cuarto de arriba. Es posible que pronto venga a visitarnos nuestro amigo Yamal, y, cuando lo hace, él suele ocupar esa habitación, que es la única libre que tenemos.

—Si es mucho lío…

—No, está bien. Pero hablemos de otra cosa. Me dijiste que te gustaba bucear, ¿has traído las gafas? Dentro de un rato podemos ir juntos al mar. Hay que vigilar por si acaba levantándose el viento que parece que se anuncia.

—¿Hay corrientes?

—Sí, sobre todo del lado de las rocas. A veces el mar se encrespa y es peligroso. Pero eso no impide que me bañe casi todos los días del año.

—¿Te bañas también con este tiempo?

—Y hasta con lluvia.

Ulises traslada sus cosas a la nueva habitación. De pronto se siente alegre, no sabe si es porque va a poder refugiarse en ese cuarto con Plaf, o por la luz que entra a raudales por la ventana, o por la cercanía de Dorotea, junto a la que todo parece fácil.

—¿Has estado ya en la playa? —le grita Dorotea desde la cocina.

—No, todavía no.

No ha estado en la playa, pero ha sentido el mar, su olor, su movimiento. En la nueva habitación está más presente que en el cuarto de la azotea, porque sin levantarse de la cama ve por la ventana esa raya azul en la que se adivina el movimiento.

Dorotea se asoma al cuarto.

—¿Vienes a bañarte?

—Hace bastante frío, ¿no? —A él se lo parece, al menos, a pesar del sol, porque corre el aire y la humedad le ha calado hasta dentro —. No creo que me apetezca meterme en el agua, pero si me esperas, me pondré el bañador por si acaso.

—En estas fechas no hace falta bañador. No hay nadie en la playa.

¿Se bañará Dorotea desnuda? Ulises empieza a comprender que en casa de Dorotea las reglas son otras y que tiene que olvidarse de

lo que le han enseñado. Es como si estuviera en una tribu salvaje. No tengo que asustarme de nada, piensa, pero yo, desde luego, no me baño en pelotas delante de Dorotea.

Como le ve dudoso, Dorotea se adelanta.

—Me encuentras en la playa si te decides a venir.

Ulises se viste con el bañador debajo del pantalón y espera un poco para darle tiempo a Dorotea a introducirse en el agua sin estar él delante y así no verla desnuda; después sale con Plaf.

La playa es espléndida. Debe de tratarse de la playa de los Alemanes, de la que le hablaba ella por teléfono. Tiene que bajar una escalera larga desde la que se divisa el mar, azul y algo inquieto. Distingue a Dorotea en el agua, braceando y gritando de alegría, o de frío. Él se acerca a la orilla y se moja un pie. Desde luego, hoy no es día de baño para él. ¿Se bañará habitualmente Yacir con Dorotea? No le pega nada imaginar a Yacir bañándose en pelotas, con lo estirado que parece. Dorotea sale sin previo aviso del agua y corre hacia la toalla. Él se gira por discreción y se entretiene jugando con Plaf. Pero algo ha visto que le ha llamado la atención y mira de reojo. Ahora Dorotea está estirando los brazos al aire. Solo tiene un pecho. Es la viva imagen de una amazona saliendo triunfante del océano. Las amazonas son guerreras que se cortaban el pecho derecho para manejar mejor el arco. Eso lo ha leído, e incluso se lo contaron en el colegio. ¿De dónde habrá sacado su madre que Dorotea es una mujer mayor y enferma? Nada más lejos de la realidad.

Dorotea se envuelve en un pareo y recoge sus cosas.

—Me parece que hoy no te vas a bañar —le dice—, ¿me acompañas a Zahara a hacer unas compras?

—Sí.

Corre a reunirse con ella y suben juntos las empinadas escaleras. Ulises está contento y va hablando de todo mientras Dorotea escucha con atención, como en las conversaciones que mantenían por teléfono. A mitad de camino, Ulises se da la vuelta y contempla el mar. El próximo día que baje a la playa, me bañaré desnudo, piensa, haga el tiempo que haga, y sin vergüenza de que me vean.

—Si quieres —le dice Dorotea— vamos en bicicleta y coges la de Yacir.

Ulises mira al cielo. La que se viene encima es buena. Nubes

preñadas como dice Natividad, la asistenta que va a trabajar a su casa.

—¿Tú crees? —pregunta señalando al cielo.

—Tienes razón. —Dorotea cambia de idea y coge las llaves de la furgoneta.

Ulises se alegra porque, además de la lluvia, también le preocupaba utilizar la bicicleta de Yacir sin permiso. Además, la decisión resulta acertada, porque poco después de arrancar empieza a llover. Dorotea se dirige hacia él, sonriendo:

—De buena nos hemos librado. No sé en qué estaría yo pensando.

Se siente orgulloso de ser el más sensato de los dos, como si la misión que se propuso en un principio de cuidar a Dorotea cobrara cierto sentido. No tiene ni idea de cómo va a ser la aventura en la que se ha metido. De momento, se mantiene alerta observando el entorno. Lo que más le choca son las relaciones entre unos y otros, y la despreocupación de Dorotea por la disciplina de la casa. Da la impresión de que no existan reglas y de que no sean necesarias porque todo funciona con aparente armonía, a pesar de que cada uno tira por su lado. Le gustaría saber cómo funcionarían esas personas bajo la dirección de su madre y sin Dorotea, porque Alicia cambió nada más estar frente a ella. Y no es que su madre sea fácil de manejar, que se lo digan a su padre, que nunca logra convencerla de nada. Sin embargo, Dorotea, solo con su risa, consiguió transformarla. Y es que la risa de Dorotea tiene algo especial. Su amigo Ceferino no lo entiende cuando hablan por el móvil y él le cuenta lo que ocurre a su alrededor. Pero eso es porque Cefe quiere poner lógica donde no la hay, y piensa que Dorotea consiente tanto porque tiene edad de abuela y que también por eso impresiona a su madre, que es más joven. Pero él sabe que eso no es verdad, porque su abuela materna, la única que conoce, en cuestión de rigidez es peor que su madre.

La furgoneta se sale un poco de la curva y Dorotea la reconduce con destreza.

—Perdona, Ulises, se me fue la cabeza a otra parte.

—Yo también estaba en otra parte.

Se sonríen, y cada uno vuelve a sus pensamientos. No piensa seguir hablando con Cefe porque no sabe cómo contarle las cosas

para que las entienda. Ceferino se imagina a Dorotea de otra manera y la quiere comparar con las personas que conoce y Dorotea no se parece a nadie.

Aparcan en el pueblo y se dirigen al mercado. Dorotea habla con las pescaderas, y le enseña a Ulises a distinguir el pescado fresco.

—Aquí todo el pescado es fresco —dice una de las vendedoras. Y es verdad, porque todos tienen las agallas bien rojas y la carne dura.

Cuando regresan, Ulises piensa en Yacir. Aunque no se deje ver, la presencia de este es palpable en la casa y en sus alrededores. Ulises tiene la sensación de ser espiado, de que Yacir lo vigila ocultándose de él. Es una sensación que le gusta porque le parece un juego, y tiene la impresión de que acabarán siendo amigos.

Plaf salta con alegría recibiendo a su amo. Ha sido una suerte poder traer a Plaf, le da seguridad tenerlo a su lado. Yacir sigue sin aparecer. Entra en su habitación, y Plaf se tumba resignado a los pies de la cama.

Ya no está tan seguro de haber acertado con el cambio de habitación porque eso lo aleja de la posible amistad con Yacir. Pero el emplazamiento de este cuarto tiene sus ventajas. Dejando la puerta abierta se oyen las voces de la cocina, que es el corazón de la casa. Lo del corazón lo dijo Dorotea y le gustó. En su piso de Madrid la cocina no es el corazón porque casi siempre está vacía o está Natividad, que es de pocas palabras. Pero en esta cocina late el pulso de la vida de la casa. Por su puerta entran todas las personas de confianza, que son todas las que vienen a visitarlos, y en ella se quedan un rato de charla, a menudo bebiendo un té o una copita que les ofrece Melika. A veces la madre de Yacir habla demasiado fuerte pero, cuando conversa con Dorotea, baja el tono de voz para adecuarse al de ella, y entonces al cuarto de Ulises solo llega un susurro que no entiende porque a menudo se expresan en árabe. Ha encontrado en la casa libros de viaje escritos en español, con ilustraciones, y le gusta cogerlos y mirarlos. En esta habitación se siente acompañado, aunque esté solo. Es una forma de estar que le gusta. Cree que si pudiera elegir, se quedaría a vivir en esta casa.

A la hora del almuerzo Yacir sigue sin dar señales. Ulises come con Dorotea y Melika el cuscús de bienvenida. Es distinto al cuscús que prepara Alicia —su plato favorito—; el de Melika es más fuerte de sabores y tiene carne de cordero, que a él le gusta menos que el

pollo, pero también está bueno y se lo dice para animarla porque la nota disgustada. Ella sonríe estirando un poco los labios, pero sin cambiar la expresión triste de los ojos. Ulises se siente contagiado de su tristeza. La escucha decirle que no se preocupe por Yacir, que es un buen chico y que será su amigo. Y en él crece la pena, porque detrás de esas palabras percibe la amargura de Melika pensando que eso nunca llegará a ocurrir y porque él se considera culpable, como si hubiera defraudado las expectativas que todos habían puesto en él. Pierde seguridad y se siente fuera de lugar. Respira hondo, como le ha enseñado su profesora que debe hacer cuando se pone nervioso en un examen, y bebe un poco de agua para ahuyentar las lágrimas. Por suerte, Dorotea y Melika han iniciado una conversación entre ellas y no se enteran del nudo en su garganta. Cuando termina de comer, ya está tranquilo. Pide permiso para levantarse y sale con Plaf al jardín.

Yacir oye desde la distancia el canto de Jerónimo y acude a la casa. Está descontento consigo mismo. No le gusta el papel que está representando. Desde su escondite ha observado cómo Ulises acompañaba a Dorotea a Zahara ocupando su lugar. Podría haber ido con ellos, pero no ha querido. Ha estado imaginando los movimientos del niño nuevo por el pueblo saludando a los conocidos, conversando con todos, más simpático que él, seguro. La llegada de Ulises lo ha sacudido obligándole a desbancarse del lugar cómodo en que se había colocado; le ha recordado que él antes no era así, que también sentía curiosidad por los otros y que el mundo le parecía más rico y atractivo cuanta más gente conocía. Melika le dice que está celoso. Bueno, y a él qué le importa si piensan que es eso. Sabe que no es cierto. Le gusta observar los cambios en los demás desde que ha llegado Ulises a la casa. La primera que ha cambiado es su madre, que ahora apenas le dirige la palabra. Está enfadada con él, lo sabe. A ella le hubiera gustado que se hiciera amigo del chico nuevo enseguida. Pero las cosas de la amistad no funcionan así. Necesita que lo dejen en paz para acercarse poco a poco. El otro día lo estuvo observando desde el jardín. Ulises, que creía que no había nadie más en la casa, estaba en la biblioteca con los auriculares en los oídos escuchando su MP3 y contorsionándose como un loco. Casi le da un ataque de risa. Le habría gustado oír la música, seguro que era Michael Jackson o algo similar. Said y él bailaban de forma muy parecida. Recuerda cuando su madre le exigía que dejara de salir con Said. Ni pudo entonces abandonar la amistad de Said, ni ahora puede hacerse amigo de Ulises sin saber todavía quién es. Ella tampoco se hace amiga de cualquiera porque se lo exijan otros. Y menos después de lo que les ocurrió, del accidente. Lo que les ocurrió es demasiado horrible para ser nombrado, y además está lleno de cosas de antes y de después, es un conjunto de piezas hirientes. Un día alguien dijo «cuando os ocurrió el accidente», y a partir de entonces él adoptó esa palabra dócil e insulsa para nombrar lo innombrable; esa palabra que

abarca solo la parte más impersonal del suceso. Accidente es algo que puede ocurrirle a cualquiera, algo imprevisto que recae sobre uno sin su intervención. Pero a él le gustó que la aplicaran a su caso porque a partir de entonces le sirve de escudo para no revivir, al pronunciarla, lo que realmente ocurrió. Y «pronunciarla» significa pensarla, porque él nunca habla con los demás de esa inflexión en su vida. El psicólogo de la seguridad social al que lo llevó su madre cuando se fue Yamal le hacía preguntas, y él decía que no recordaba nada. Del accidente solo ha podido hablar con Yamal porque también lo vivió; de lo anterior, con nadie. A pesar de los esfuerzos del psicólogo por ayudarlo a recordar, nunca ha podido atravesar el tupido velo que él mismo ha colocado entre su vida anterior y la actual. Algunas veces ha logrado atravesarlo a solas, involuntariamente, pero nunca lo ha compartido. El tiempo ayuda, decían algunos que habían sufrido. Cuando duela menos, recordará.

El tiempo ayuda. Él nota una mejoría en su madre, por lo menos en el enfado que ahora le está mostrando y que lo remonta a tiempos pasados. Desde el accidente nunca había vuelto a mirarlo así. Los enfados de la Melika de entonces eran diferentes. En vez del silencio de ahora, se manifestaban mediante gritos, e incluso con alguna bofetada seguida de arrepentimiento y de lágrimas y de abrazarlo muy fuerte rogándole que no se perdiera. Ha recuperado al completo los recuerdos de esa etapa, pero le cuesta más introducirse en el tiempo anterior, cuando no había nervios sino sonrisas, cuando vivían los cuatro en una casa agradable y cuando, a la salida del colegio, ella invitaba a veces a sus amigas con los hijos a tomar dulces que había preparado para la merienda; y ellas reían y bromeaban con los niños, tan golosos. Si hace un esfuerzo puede introducirse en ese tiempo, pero no lo hace porque le duele, le duele más recordar esa tranquilidad y ese amor que lo que vino después. Es muy doloroso retroceder hacia un episodio de luz irrepetible.

Baja la ladera saltando matojos hasta llegar a la casa. Desde donde está ya no ve a Ulises, no sabe si seguirá en el mismo lugar. Abre la valla del jardín. Acude Plaf a recibirlo moviendo el rabo. Jerónimo está en el tejado reparando una avería en la azotea. Jerónimo le cae bien, y canta con una voz tan potente y aguda que devuelve a Yacir al presente más presente.

—¡*Lerelelei, lelei, leleeeei! ¡ayayayay, yayay, yayay! Er* día que tú naciste, nacieron *toítas* las flores…

Jero no es joven, pero es alegre y fuerte, y está ágil para trepar a las alturas y mantenerse en equilibrio si hace falta.

Mañana se acaban los días de puente, y él tendrá que volver al instituto. De Ulises se va a ocupar Dorotea porque no está don Antonio, que podría sustituirla. Don Antonio venía a veces a ayudarlo a él para ponerlo al día y reforzar su español. Eso era sobre todo al principio, en los primeros meses después de su llegada. Ahora, cuando le entra esa flojera que la profesora llama galbana, Dorotea se pone de acuerdo con ella y lo dejan quedarse unos días en casa. Dorotea le dice a la profesora que ella le dará clases durante esos días, pero en vez de eso, lo anima a que haga deporte y le cuenta lo que a ella le gusta, no lo que corresponde a las clases. Durante bastante tiempo le estuvo hablando de física cuántica, que es lo que en ese momento la apasionaba, y buscaba una explicación a la particularidad que tenía él de asomarse a escenas del pasado. Pero no encontraron razones, aunque algunos experimentos que le contó le parecieron interesantes, sobre todo lo de la superposición y la historia del gato de Shrödinger.

No sabe lo que Dorotea le va a explicar a Ulises, pero si este piensa que lo va a poner al día de lo que dan sus compañeros en clase, va apañado.

Melika sale de la cocina y llama a Jero a gritos. No puede ser de otra manera si quiere atravesar su cante jondo y que lo alcancen sus palabras. Le pregunta si se queda a comer, y el albañil contesta que sí, pero que aún le falta un cacho por acabar.

—Pues anda, baja, que Dorotea y Ulises ya han llegado hace un rato. Y tú, Yacir —le dice descubriéndolo—, ve a lavarte las manos. —Sigue enfadada, porque ni siquiera lo mira.

Jerónimo baja de la terraza y conversa con Dorotea mientras Melika termina de preparar la mesa.

—Me gusta oírte cantar, Jero, pero estoy deseando que termines el arreglo; en cuanto llueve, la cocina se pone perdida de goteras. Eso sí, cuando acabes, vamos a echar de menos tu alegría.

Jero se lava las manos en la cocina y viene a sentarse a la mesa.

—Yo vengo a cantarle cuando quiera, Dorotea. ¡Lo que es la vida! ¿Se acuerda cuando el Volcán me echó de la obra por cantar?

—No, eso no me lo contaste, pero del Volcán se puede esperar cualquier cosa.

—¿Quién es el Volcán? —pregunta Ulises.

—Un alemán —se apresura a contestar Yacir, que conoce su historia.

Dorotea disimula la ilusión que le produce la intervención de Yacir, que parece interesarse por primera vez por una historia ajena.

—¿Volcán era su nombre o lo llamabais así?

—Era el señor Rote, aunque lo de «señor» le sobraba porque más parecía una bestia salvaje o un volcán.

—¿Y te echó por cantar?

—Ahora lo cuento riendo, pero entonces lloré lágrimas de sangre, como decimos aquí —se dirige a Ulises, que es el que ha preguntado—, porque en aquel tiempo, *quillo*, el trabajo estaba tan escaso como ahora, pero la miseria era mayor, y yo había *conseguío* el curro en ese hotel y ya tenía *calculao* lo que iba a ganar, y las cuentas me daban *pa' hipotecarme pa' una casa*. —Hace una pausa para alabar el pescado que ha cocinado Melika—. Esto está divino, ¡digo! —Melika sonríe satisfecha—. Pero a lo que íbamos, con ese despido fulminante se me hundía el mundo y estaba *desesperao* porque de haber sabido que al Rote no le gustaba que se cantara, yo no habría *cantao*; pero es que ese hombre no conocía la alegría, y a nosotros, los de aquí, la alegría nos brota sola.

—Yo tuve la suerte de no conocer al tal Rotter, pero por lo que Helmut me ha contado, era un ser insoportable —interviene Dorotea.

—Suerte que estaba el señor Helmut, que traducía los ladridos del otro de una manera más suave para que no nos enteráramos de los insultos, pero no servía de *ná* porque los gestos lo delataban, y la cara *colorá* como un tomate, y los ojos *inyectaos* de sangre…

—¿Te quedaste sin casa?

A Yacir le habría gustado saber preguntar como Ulises, interesándose por los problemas del otro y no pensando siempre en sí mismo, como le ocurre a él.

—Me salvé gracias al señor Helmut. Yo fui a llorarle a él, porque al otro no había quien se acercara, y él me calmó y me dijo que haría lo imposible. Al día siguiente me avisó para que volviera a la

obra. Te juro que se me quitaron las ganas de cantar por mucho tiempo.

—Pero por suerte las has recuperado a tope.

—¿Cuántos erais? —pregunta Yacir, que finalmente ha podido imaginar la escena que cuenta el albañil.

—¿Cuántos qué?

—Cuántos trabajadores.

—Los hoteles en construcción eran inmensos. Uno de ellos, el más alto, el de nueve plantas, que lo llamaban el Gran Hotel y acabaron derribándolo por una querella *der* Sevillano… pero eso es otra historia que viene más adelante, porque entonces trabajábamos en los dos lados… Hasta cuatrocientos peones llegaban a traer en autobuses de Medina Sidonia, Conil, Vejer y Barbate. Otros venían de Tarifa, Facinas, Tahivilla y de otras aldeas… Además de los capataces, los jefes de obra…

—¿Y todos estaban a disgusto con el Volcán?

—Todos, porque era un animal, y ya por la mañana le veíamos un gesto que se le escapaba; era como un tic que le daba, y contraía los brazos, y sabíamos que estaba de malas y que podíamos esperarnos lo peor.

—Pues si erais tantos en contra de él ¿por qué no os amotinabais?

—¡Ya estás tú imaginando una película! En la vida no es tan fácil, *quillo*. Más de una vez quisimos levantarnos contra él en huelga, pero nos convencía el señor Helmut de que no lo hiciéramos. Decía que estaba de acuerdo con nosotros en que el Rote era un animal y un avaricioso y que se portaba malamente y con malos modos y que era un indeseable, lo reconocía *tó*, pero nos advertía que fuéramos con *cuidao* porque gracias a él se estaban construyendo aquellos hoteles que eran pan para hoy y para mañana porque iban a traer mucho turismo y mucho trabajo. Y que el Rote se marcharía y que a nosotros nos quedarían los hoteles, porque, llevárselos, no se los podría llevar.

—Una zancadilla bien puesta, eso es lo que yo habría hecho. Por lo menos para mantenerlo con una pierna escayolada un tiempo y que dejara a la gente trabajar en paz. —Ulises habla indignado.

—No, porque en eso era bueno. Cuando él estaba, el trabajo marchaba a buen ritmo. A él le interesaba la construcción esa más

que a nadie. Creo que se llevó más de mil millones de pesetas de las de entonces. Pero… ya que hablas de zancadillas… te contaré la historia de un tropiezo que tuvo el Rote y que repercutió en el pobre Gambalá que no tenía ninguna culpa. El Gambalá era pintor, y tenía tantos apuros económicos que se tragaba el cante y lo que fuera con tal de seguir en el curro, y eso que él también era de mucho cantar. Un día estaba *subió* en la escalera pintando los canalones, *callaíto* sin decir ni mu, cuando oye un porrazo y un juramento. Se quedó de una pieza cuando vio que el Volcán se había tropezado con un cubo que alguien había dejado junto a la escalera. ¡Y la que se armó! Hasta tumbado en el suelo, *despanzurrao* como estaba, metía miedo. Cuando pudo levantarse, lo vio el Gambalá rojo de ira haciéndole un gesto para que se bajara de la escalera y, una vez abajo, lo despidió sin dejarle pronunciar palabra. El hombre se deshacía en lágrimas, pero por los gestos del Volcán, que parecía a punto de estallar, comprendió que era un despido fulminante sin posibilidad de apelación. Yo le aconsejé que se dirigiera al señor Helmut, y por suerte él supo arreglar la situación. Lo mandó a trabajar un tiempo a la lavandería que estaba en el sótano para que el Rote no le viera; y más adelante, cuando pensaron que ya se habría *olvidao* de él, lo sacaron de nuevo a pintar canalones porque era buen profesional y necesitaban pintores.

—¿Y el Rote lo reconoció?

—Sí lo reconoció —interviene Dorotea—. Me lo contó Helmut.

—Así es. —Jero vuelve a tomar la palabra que no quiere soltar —. Un día lo *subió* al andamio y dijo: «¿A ese no lo eché yo?». Helmut aprovechó que estaba en ese momento *calmao* para explicarle que la culpa no había sido del pintor, que ni sabía que el cubo estaba ahí abajo, y que, por tanto, no merecía el despido. Y va el otro, el Volcán, y ruge: «¿Y por qué no se defendió?». Y menos mal que no se dirigía al Gambalá, que se habría quedado *demudao* y sin palabra… pero el Helmut sabía tranquilizar a la fiera, y le explicó que eso no habría sido posible porque cuando él estaba furioso no se podía ni estornudar sin molestarlo. El Volcán agachó la cabeza porque en el fondo se conocía. El caso es que tanto el Gambalá como un menda conservamos el trabajo gracias al Helmut, y en eso le estamos agradecidos.

La conversación siguió animada. Más tarde, en la cocina, mientras tomaban el té de hierbabuena, Melika y Dorotea se felicitaron por el cambio en Yacir. Era la primera vez que intervenía en una conversación y se interesaba por una historia, o, por lo menos, la primera vez que daba señales de ello.

Dorotea anuncia la próxima llegada de Yamal.

—Creo que me toca traslado —dice Ulises.

—No hace falta que te muevas. Se lo he comentado a Yamal y me ha dicho que prefiere que sigas ahí. Quiere conocerte bien, y piensa que compartir habitación contigo es la mejor manera de conseguirlo.

Después de estas palabras se hace un silencio. Yacir habría preferido que Ulises volviera a su cuarto sin tener que pedírselo. Estaba esperando una buena ocasión —que bien podría haber sido esta llegada de Yamal—, pero Dorotea acaba de estropearlo. Ulises, por su parte, está dividido entre dos tendencias. Por un lado, le enorgullece que Yamal, a quien todos parecen admirar y querer, se interese por él y, por otro, teme que esto despierte los celos de Yacir y le perjudique de rebote.

Jero, que había vuelto a la azotea a trabajar, baja por la escalera a media tarde anunciando la lluvia que empieza a caer suavemente.

—Como si hubiera *estao* esperando el final de la faena —dice—, porque ha sido soltar la brocha, y abrirse los cielos.

Jero se despide apuntando al cielo que está rompiendo en relámpagos:

—Yo diría que es el Volcán que se ha *materializao* al oír nuestra conversación.

Cada uno emplea como se le ocurre la tarde de lluvia que ahora azota los cristales.

A veces Melika tararea entre dientes una canción marroquí aprendida de Dorotea o recordada de su juventud. Cuando se da cuenta, deja de cantar, como si no tuviera derecho a ello. Dorotea la observa a distancia esperando el día en que Melika se libere de la carga de culpa que aún arrastra. Dorotea sabe cómo va a pasar estas horas de lluvia. Va a encerrarse en su habitación, donde le espera algo interesante. Quiere repasar unas hojas de diario que escribió en horas difíciles de su vida y que dirigía a Yamal, un personaje imaginario que ella había inventado apoyándose en el recuerdo de su amigo de la infancia. Cuando apareció Yamal en su casa de Atlanterra, la sorpresa fue tan grande que al principio no supo reconocerlo. El hombre que estaba frente a ella no encajaba en la imagen que ella había creado. Le costó renunciar a ese amigo imaginado al que había otorgado todas las virtudes. Pero, a cambio, ha aparecido el Yamal real, que resulta mucho más enigmático, puesto que no es ella su creadora.

Ulises está leyendo en la biblioteca con los auriculares puestos. A pesar de ello, lo sobresalta un grito de Melika más agudo que la música. Se abren las puertas de las habitaciones y cada uno emerge de su rincón para acudir a la entrada. En sus caras, Ulises no descubre sobresalto sino alegría. Se ha quitado los auriculares y se asoma a la ventana. Un coche acaba de estacionarse delante de la puerta de la cocina y de él desciende un hombre grande y canoso, que viste con elegancia una chilaba marroquí.

—¡Ha llegado Yamal! —grita Melika—. ¡Ha llegado Yamal!

Todos se precipitan a recibirlo, incluso Ulises, que decide participar de esa emoción aun sin conocer al recién llegado. Se mantiene un poco apartado, pero Plaf, menos tímido que él, salta alborozado tratando de llamar la atención del viajero.

—Ven, Ulises —dice Yamal dirigiéndole la mirada después de haber saludado a los demás—. Porque, si no me equivoco, tú eres Ulises, y este debe de ser tu perro, Plaf, tan alborotador como me habían contado.

Mientras habla, Yamal sujeta a Yacir por el hombro, y Melika se pega a ellos.

—¿Y dónde está Dorotea?

Dorotea está riéndose apoyada en la pared. Le gusta el alboroto que ha despertado la llegada de Yamal. Se acerca a él y lo abraza. Se abrazan. Ulises y Yacir se buscan con la mirada y sonríen. Melika casi se atraganta de la emoción al ver sonreír a su hijo, pero decide disimular su alegría. Se retira a la cocina y la oyen cantar suavemente. Yamal toma la palabra:

—Bueno, chicos —dice dirigiéndose a los dos—. Necesito vuestra ayuda. ¿Podéis bajar mi equipaje y llevarlo a la habitación? Después os veo, ahora tengo que hablar con Dorotea. Hacedlo con cuidado —añade—, hay algunas cosas delicadas.

Los chicos se dirigen al coche y Ulises espera las instrucciones de Yacir.

—Toma —le indica este—, lleva tú este paquete. Yo me encargo de la maleta.

—¿Adónde lo llevo?

—Al cuarto de Yamal, a vuestro cuarto —y tras un titubeo añade —. ¿Por qué te cambiaste de habitación?

—Porque me pareció que no te gustaba tenerme en la tuya. Aquí me he sentido más a gusto.

—Yo no dije que no quisiera compartir el cuarto contigo.

—Ya, tío, pero se notaba.

Vuelven a sonreírse. Después se separan como si no supieran qué hacer con ese brote de amistad que está naciendo.

Yamal trae noticias que está deseando comunicar a Dorotea. Cree haber dado con el paradero de Yusuf, el padre de Yacir. Ha preferido mantener a Melika ajena a la conversación porque todavía no tiene la certeza.

—¿De dónde has sacado esa información?

—Yo siempre ando investigando temas que interesan a mi gente. Tengo informadores a ambos lados del Estrecho. Si los datos que me han dado son correctos, Yusuf está escondido en Tarifa. Se mantiene oculto porque no puede trabajar. Está muy enfermo. Hay una mujer a su lado que lo cuida.

—¿Sabe de la llegada de Melika y Yacir?

—No, no sabe nada. Dicen que no se ha puesto en contacto con

su familia por miedo a que descubran su condición miserable. Como nada puede hacer por ellos, prefiere que lo den por muerto.

—A Melika no va a gustarle nada lo de la mujer. Si pudiéramos ocultárselo…

—Cuando tengamos la seguridad de que el hombre del que me hablan es Yusuf, nada podremos ocultar a Melika.

—Tráelo aquí, Yamal. Melika necesita a su hombre, y si está en condiciones tan deplorables, lo cuidaremos.

—Conozco tu disponibilidad, pero no es fácil el arreglo. Yusuf se esconde, y mi contacto no ha querido decirme en qué lugar. Dice que Yusuf no le perdonaría haberlo traicionado, tiene que hablar con él primero. Además, quiero advertirte que el tema es complicado. Es un hombre sin papeles y enfermo. Hace poco arrestaron a una mujer en Tarifa por proteger a inmigrantes ilegales. Están pidiendo cárcel para ella.

—Yamal, cuanto peor me lo pongas, más ganas tengo de cobijarlo. ¿Cuándo me ha asustado a mí la ley que va en contra de mi propia ley? Y en cuanto a la enfermedad, ya sabes que tengo medios para aliviarle.

—Lo sé, Dorotea, pero quería oírtelo decir. Las circunstancias me obligaron a traerte a Yacir y a Melika sin previo aviso, y no quiero que eso se repita.

—¿Quieres que demos un paseo por la playa mientras trazamos un plan? Melika está entretenida en la cocina preparando una pastela de las que te gustan. Está cada día más recuperada. Creo que es un buen momento para recibir a su marido se encuentre como se encuentre.

—Que Alá te oiga.

—Ha sido estupendo que consiguieras papeles para ella. Además de en esta casa, trabaja unas horas a la semana para unos alemanes que pasan gran parte del año aquí en Atlanterra; eso la hace salir y despejarse un poco. Y tiene ya una amiga marroquí que trabaja en un bar de Zahara. La enseñé a montar en bicicleta y se maneja bien con ella. Y lo más importante es que va consiguiendo unos ahorros. Me gusta que Yacir y Melika vivan aquí, pero quiero que sea por su propio gusto, no porque no les quede más remedio, y menos ahora que van a reunirse con Yusuf. Imagino que necesitarán una intimidad familiar.

—Va a ser un encuentro difícil. Hay muchos temas que resolver, Dorotea. Él tendrá que explicar y justificar su silencio. Ella tendrá que comunicarle la muerte de su hija.

—Sí. Al principio tendremos que arroparlos lo mejor que podamos. Luego, ellos decidirán.

—¿Y tú, Dorotea?

—Yo también decidiré. La convivencia no me asusta mientras tenga sentido. Además, estoy muy encariñada con Yacir y con Melika. Pero no me gusta la dependencia. Es importante que, siendo independientes, nos juntemos por placer.

—Preferiría que no te quedaras sola.

—¡Vamos, Yamal! Nunca estoy sola. Estoy conmigo y llena de ilusiones por cumplir. —Lo mira desafiante—. ¡No me confundas con mi madre! Yo no soy una mujer frágil ni delicada.

Yamal está a punto de responder que su madre tampoco fue el ser frágil que ella presenta, pero se contiene.

—Conozco tu valentía —le dice con ternura—, pero yo soy más prudente y me preocupo por ti. ¿Puedo quedarme en tu casa hasta fin de mes, señora independiente? Tengo que trabajar bastante con Yacir antes de que llegue aquí su padre.

—¡Qué complicada es a veces la vida! Sin embargo, ¡cómo nos aferramos a ella! —exclama Dorotea.

—¿Lo dices por Yusuf?

—Lo digo por mí, y por todos. En cuanto a tu pregunta, ya sabes que tu presencia en esta casa es siempre motivo de alegría. ¿Cuándo vas a traer a la pequeña Yamila?

—Si todo va bien, creo que podré traerla el próximo verano. Ha sido providencial la llegada de Ulises. Yacir tiene que aprender a abrirse a los otros y no me extrañaría, por los síntomas que he visto, que acabaran siendo amigos.

Yamal recoge todos los días a Yacir del instituto y se van los dos de expedición.

Ulises sospecha que suben a la montaña, donde pasan la tarde y a veces la noche. Lo intrigan mucho estos encuentros, pero nadie le explica de qué se trata y él no se atreve a preguntar. Mientras Yacir está en clase, Yamal conversa algo con él y le dice lo que le dicen todos, que tenga paciencia con Yacir y que van a ser buenos amigos. Dorotea sigue insistiendo en que Yacir lo necesita, pero él no sabe si eso es cierto, lo que sí sabe es que él necesita un amigo y, como sigan disimulando los dos, quizá no se encuentren nunca. En cuanto a las clases que le da Dorotea, no tienen nada que ver con lo que él hace en el colegio, ni siquiera ha querido mirar los libros que él ha traído. Le ha dicho que, como es buen alumno, eso lo tiene que estudiar él solo. Lo que ella quiere enseñarle empieza porque conozca el origen de su nombre. ¿Has leído la *Odisea*? ¿Y la Ilíada? No las ha leído, pero sabe que el héroe de la *Odisea* es Ulises, y más o menos sabe de qué va. No se trata —dice ella— de saber más o menos. Hay que saberlo bien, así comprenderás muchas cosas que se mencionan en los libros y que ahora seguramente no te dicen nada. Además, es importante que sepas quién fue Ulises y por qué tus padres te pusieron su nombre.

—Yo creo que me lo pusieron solo porque les gustaba.

—Puede que ese sea el único motivo, pero tienes que averiguarlo. Vamos a empezar por ahí porque es importante.

Yamal le ha presentado a un amigo para que le dé clases de buceo. Le gusta que Dorotea y Yamal coincidan en querer enseñarle precisamente las cosas que lo atraen. Sabe que tiene que aprovechar esta oportunidad porque no volverá a presentársele. Antonio, el amigo de Yamal, es buzo de la almadraba y, según le ha explicado Yamal, se la juega todos los años en la pesca del atún, que es un trabajo duro, y en algunas circunstancias peligroso. Hay que ser muy buen buzo para trabajar en la almadraba. Cuando le preguntó a Yamal si iban a pescar atún, él le dijo que no, que Antonio les

daría unas lecciones básicas de buceo a él y a su hija Marina —que es más o menos de su misma edad—, y que también iría con ellos Amaro, el hermano pequeño de Marina. Ulises espera ese momento con impaciencia. Antonio le ha prometido que en cuanto se tranquilice la mar comenzará las lecciones. Y probablemente será el próximo fin de semana después del cambio de luna.

Ceferino se muere de envidia cuando le cuenta lo que él hace y, para vengarse, lo amenaza con los suspensos que le van a caer; pero Ulises sabe que estudiando solo puede aprobar y, además, le da igual. Es como si las cosas de antes ya no le importaran, como si hubiera entrado en un mundo nuevo, mucho más apasionante. En su casa y con su familia todo era más o menos previsible. Aquí, no. El mismo Yacir, tan esquivo y poco comunicativo, lo intriga y lo mantiene en ascuas. Ha optado por apagar el móvil para que su madre no lo controle porque, algunas de las cosas que hace, ella no las aprobaría. Puede que el tema de las clases de Dorotea no le importe mucho porque no implica peligro físico, pero lo del buceo lo desaprobaría con toda seguridad. Será cuestión de no mencionar ni la bombona ni el traje de neopreno que Yamal ya le ha traído. Por suerte, su madre está viajando y ocupada en asuntos importantes, y no cree que se acuerde mucho de él.

Llega el fin de semana y hace un día espléndido. La mar está en calma después del cambio de luna, tal como le habían anunciado. El domingo por la mañana Yamal lo conduce al puerto de Barbate, donde Antonio tiene el barco amarrado. Yacir no los acompaña. Yamal le contó, sin entrar en detalles, que Yacir todavía no puede navegar por un accidente que vivió en el mar.

Le gustaría conocer todos esos misterios de los que se habla tan poco para poder acercarse a Yacir. También porque, a veces, como anoche, cuando Yamal no está y él se queda solo en la habitación, se hace patente su gran confusión. Fue, además, una noche de gatos. Lo despertaron los maullidos en el tejado y se quedó un rato largo desvelado por la emoción que le causaba la perspectiva del buceo anunciado por Yamal. Muchas imágenes desfilaron por su mente, alterada por el sueño y la excitación. Las peleas de los gatos se confundían con escenas de ataques de piratas. Por la ventana se colaban ráfagas de luz proyectadas por el faro de Camarinal, que le producían la sensación de estar en plena travesía. Por un lado,

estaba eso, que parecía pertenecer al sueño, y por el otro su imaginación le hacía sospechar que Yamal estaba tramando una aventura para la cual estaba secretamente entrenándolos por separado, a Yacir por la montaña y a él por mar.

El desvelo y los sueños fueron también alimentados por las enseñanzas de Dorotea que, además de hacerle leer la *Odisea*, le instruye sobre las estrellas y las galaxias; suelen subir los dos por la noche a la azotea, que ella llama zigurat, para observar el cielo con su telescopio. Con ella está aprendiendo a descifrar el cielo y a conocer las fases de la Luna y su influencia sobre las mareas y el ánimo de las personas.

Ahora piensa que le gustaría compartir esas lecciones con Yacir, sería el doble de emocionante. ¿Qué habrá vivido Yacir? Ha oído decir a los pescadores del puerto que los náufragos nunca hablan de su experiencia. Ulises piensa que Yacir debió de vivir un naufragio en el que perdió a su padre, porque nunca ha oído mencionarlo. En ese caso, podría ser que Yamal los esté entrenando para que vayan en su búsqueda como Telémaco fue en busca de Ulises.

Llega la barca de Antonio con sus hijos y un amigo pescador. El mar está en calma y el cielo azul, casi como en verano. El pescador se llama José y lleva un rifle de pesca submarina. Marina tiene trece años, y es una niña delgadita y sabionda que no para de hablar. Tiene un pelo largo y rubio que le cae sobre los hombros en grandes rizos, y mira con ojos color de mar, entre azul y verde, según le dé la luz. Ulises se queda deslumbrado por su belleza. Amaro, su hermano, no se parece a ella, porque es gordito y moreno y tiene los ojos oscuros como su padre. A Antonio le parece pronto para iniciar a su hijo en el buceo y lo obliga a quedarse en la barca mientras ellos se lanzan al agua. Pronto Ulises descubre con asombro que Amaro es un excelente nadador que no necesita las explicaciones técnicas que Antonio les da a Marina y a él para manejarse bajo el agua. Poco después de iniciar la inmersión, lo ve aparecer buceando detrás de ellos. En vez del traje de neopreno, lleva un pantaloncillo corto con los bolsillos vueltos y flotantes, y le señala a Ulises la cabeza de una morena que asoma por el agujero de una roca. No sabe cómo se las apaña Amaro para que solo él lo

vea y para aguantar bajo el agua a pleno pulmón, sin subir más que de vez en cuando a coger aire. Con esas subidas y bajadas del chico, Ulises se distrae y pierde la referencia de sus compañeros. Sufre un momento de angustia y nerviosismo y toca el regulador buscando más oxígeno, pero consigue el efecto contrario. En ese momento aparece de nuevo Amaro con sus bolsillos flotantes indicándole con el dedo la dirección a seguir. Manejando el poco oxígeno que le llega y tratando de tranquilizarse, sigue sus instrucciones y se encuentra enseguida con Antonio, que ha dado media vuelta para buscarlo y que soluciona en un momento su problema con el regulador.

Cuando regresan a la barca, Amaro está sentado, envuelto en una toalla y tiritando de frío. Antonio solo dice «Demonio de *quillo*, te dije que no te tiraras». Ni lo regaña ni añade nada más, para asombro de Ulises, que en un caso similar se habría llevado una buena reprimenda.

Vuelve a casa con un gran trofeo para Melika: una morena grande que le ha regalado José. Melika llama por el móvil a su amiga Fatiya, que es cocinera en un bar y sabe todos los trucos para preparar bien el pescado.

Cuando le cuenta a Yamal su primera lección de buceo, Ulises se guarda tanto el impacto que le ha producido Marina como el momento de peligro con el regulador. Está acostumbrado a medir las palabras para que sus padres le permitan hacer las actividades que les parecen peligrosas. Aunque empieza a darse cuenta de que para Yamal los desafíos son importantes y que no le impediría hacer algo por temor a que surgieran dificultades. Lo que le gusta a Yamal es que aprendan a enfrentarlas.

Se anuncian días de levante en los que no podrán salir a bucear. Yamal y Dorotea van a viajar varios días por el desierto. Se pregunta Ulises si antes de que regresen se le presentará la ocasión de bucear de nuevo con sus amigos. Pasa la tarde solo con Plaf.

Los demás están cada uno a su historia y no ha quedado nadie en la casa. Baja a la playa y entra desnudo en el agua. Una vez superada la primera impresión, la sensación es maravillosa. Se está sintiendo un héroe cuando descubre que por la orilla se acerca una mujer mayor. Tiene la vaga sensación de conocerla, de que algún día la ha visto departiendo en la cocina con Melika. No sabe qué

hacer, no quiere que lo vea desnudo. Duda entre esperar a que pase por su lado y se dirija a la escalera, o salir corriendo enseguida hacia su ropa. Decide ir a por su ropa porque tiene frío y la mujer se ha parado removiendo la arena mojada con el pie, como si buscara almejas. ¡Ahora!, piensa Ulises, ahora que está con la cabeza agachada. Sale corriendo hacia su montón de ropa y busca los calzoncillos, que con la prisa se coloca del revés. La mujer está a su lado riéndose.

—No te apures por mí. Sigue bañándote en cueras.

—No, si yo no…

—Cuando yo era chiquilla, siempre me bañé en cueras y de noche, porque no teníamos dinero para bañador. Bajábamos mis hermanas y yo a la playa del Carmen de Barbate, porque nosotras somos de allí. Íbamos de noche, y nos bañábamos del lado que está cerca del puerto, que no hay lugar como ese en toda la playa. ¡Qué felicidad bañarse en cueras! Nos sentíamos las más ricas del mundo entero. Ahora ya no lo hago porque estoy gorda y mayor…

—Pero eso no importa. Debería seguir bañándose en cueras. —A Ulises le ha gustado la palabra, que ha oído en femenino por primera vez.

—¿Y tú, qué? Has salido *disparao* a vestirte en cuanto me has visto.

—Pero no era por eso. Era por el frío y por si a usted le molestaba.

—¡Anda ya!, ¡a mí qué me va a molestar! A mí me encanta. Cuando quiero ser feliz me pongo a pensar en cuando me bañaba con mis hermanas, como si lo estuviera viviendo otra vez. Anda, me voy, que no aciertas a ponerte la ropa del derecho.

La mujer coge un trozo de madera y lo lanza al aire para que Plaf vaya a buscarlo.

—También teníamos un perro, un chucho parecido a este, igual de simpático. No era nuestro, pero como si lo fuera, porque tenía tanta hambre que con darle dos curruscos de pan ya nos seguía a todas partes.

Ulises ha hecho un acto de valentía. Se ha quitado los calzoncillos mientras la mujer hablaba y se los ha colocado al derecho.

—¡Adiós, guapo! Y no dejes de bañarte en cueras. Ya te llegará

la edad de sentir vergüenza.

La casa sigue vacía cuando regresa. Es tarde, la luz está bajando. Tiene hambre y se prepara un bocadillo. Los miércoles, funciona así. Melika tiene trabajo en otra casa y cada uno se ocupa de su cena. Se pone a leer la *Odisea*. Dorotea le ha contado la guerra de Troya, el argumento de la *Ilíada*, para que lo enlace con el viaje de Ulises. Esa fue la primera lección. En la segunda, ha leído con él el primer canto de la *Odisea*, que es cuando la diosa Atenea anima a Telémaco, el hijo de Ulises, a que salga en busca de su padre. Dorotea lee muy bien y le explica las palabras que él no entiende. Después se lo ha hecho leer a él, y le ha enseñado a dar la entonación adecuada a su lectura. Al principio le costaba declamar en voz alta, pero cada vez le gusta más y Dorotea dice que está mejorando mucho. Con el libro en la mano, Ulises se pasea por la biblioteca, leyendo y gesticulando. Todavía no ha aparecido en su lectura el héroe Ulises. De momento, el protagonista de la aventura es Telémaco, su hijo, que se prepara para salir en su búsqueda, y Ulises piensa en Yacir buscando a su padre. En ese momento vuelve a sentir la sensación de ser espiado, y decide retirarse a su cuarto por temor al ridículo. Se acomoda en la cama y lee en voz baja. Y ya se olvida de todo y vive el encuentro de Telémaco con el rey Néstor, que pone a su disposición hermosos caballos. Y cabalga como Pisístrato en un brioso corcel mientras el sol se pone y las tinieblas ocupan todos los caminos. Ulises se queda dormido, vestido como está, sobre la cama. Y en su sueño aparecen Yacir buscando a su padre, Dorotea en cueras con los brazos levantados hacia el cielo —¿Atenea?—, los caballos del Chorlita convertidos en briosos corceles que vuelan gozosos. Yamal es Zeus, y los episodios de la *Odisea* se mezclan con los de la vida real y todo es un gran lío imposible de contar, pero que Ulises vive en secuencias lógicas mientras duerme.

Caminan en silencio. Están subiendo una cuesta empinada. Yacir no se plantea lo sorprendente de la elasticidad del paso de Yamal, que tiene cerca de setenta años. Sin embargo, Yamal envidia la ligereza del corazón de Yacir, que no parece sufrir con el esfuerzo. Yacir se detiene para esperar a su amigo en un saliente. Es su primer descanso convenido. Descubrieron esa roca hace tiempo y la bautizaron como la Rana, porque parecía un anfibio dispuesto a dar un salto. Toman asiento a ambos lados de la roca, dejando la piedra ovalada del centro para utilizarla de apoyo de las mochilas y la merienda. Antes de empezar a comer hacen una pausa y observan el mar en silencio, como si quisieran extraer de su profundidad la conversación que van a improvisar.

—Me gustaría hablar contigo de Ulises.

—¿De Ulises? No tengo nada que contar.

—Pero yo sí. Desde el primer momento he sentido que Ulises y tú estabais destinados a encontraros, que la amistad con él, si consigues que se desarrolle, es el siguiente paso en el camino por el que intento conducirte.

—Todavía no sé adónde me quieres conducir, Yamal. Yo sigo perdido.

—No tanto como tú crees. Has atravesado un túnel de horror, has rozado la maravilla, has encontrado, a la salida del túnel, a personas que te han acogido y que te quieren y ahora, cuando empiezas a sanar, aparece la amistad en la forma de Ulises.

—¿Cómo sabes que Ulises puede ser amigo mío? No tenemos nada en común.

—Tenéis más en común de lo que parece. El nexo que nos ha unido a todos es Dorotea, y ella os considera a los dos ahijados suyos. Habéis nacido en Tánger y ahí se han desarrollado los tres primeros años de vuestra vida, que es el tiempo en que se instala la base de las percepciones sensoriales: sentiréis ese tronco común en algún momento.

—Somos muy distintos. Él es blanco y yo soy negro, él es

español y yo marroquí, nos llevamos dos años. No siento que tengamos nada en común.

—Te he dicho muchas veces que para mí no existen fronteras ni de piel ni de edad ni políticas. Nadie nace con esos prejuicios, esas ideas han ido creándose a lo largo del tiempo para confundir a la humanidad. Me preguntabas que hacia dónde quiero conducirte. Te lo diré de forma sencilla: hacia esa libertad primigenia. Akorán me sitúo ahí, en el origen. Poco a poco fui desprendiéndome de todas esas capas de roña y me asomé a la vida con una mirada limpia y pura. A partir de ese momento perdí el miedo y me convertí en dueño de mi suerte.

—¿Por qué quieres que sea amigo de Ulises?

—Porque la amistad es importante. Necesitas a alguien para poder compartir tus sensaciones. No estamos en la vida como individuos solitarios, pertenecemos todos a la misma energía y, aunque no lo parezca, vamos hacia una meta común. Otro punto a favor de Ulises es que ha sabido respetar tu necesidad de aislamiento.

Yacir visiona la imagen de Ulises con los cascos puestos y contorsionándose con la música, sin buscarle, totalmente ajeno a lo que él pudiera estar haciendo mientras tanto. Le gusta Ulises, y ahora teme haber perdido la oportunidad de ser su amigo.

—Lo conseguiréis —le aclara Yamal como si hubiera podido introducirse en su pensamiento—; él también está deseando entrar en contacto contigo. En cualquier momento la chispa prenderá.

La sonrisa de Yacir firma el pacto. El chico está preparado y deseoso de participar de la fiesta de la vida. Ulises es sociable, y si forman equipo le conducirá a otros amigos y a otras situaciones. Yamal respira aliviado.

Por la tarde Yacir se acerca a Ulises y se dirige a él en tono amistoso.

—Yamal y Dorotea van a pasar unos días fuera de casa. ¿Te apetece trasladarte a mi cuarto mientras tanto?

—¿Por qué? —Ulises desconfía de la propuesta de Yacir.

—He estado observándote y creo que podemos ser amigos.

—Ya sé que me has espiado. Yo también te he observado a ti.

—¿Probamos?

—Por mí… —Ulises alza los hombros como indicando que le da igual.

—Te ayudo a trasladar tus cosas si quieres.

—Vale, gracias.

Es la última frase de cortesía que utilizan entre ellos. Acto seguido, se lanzan a la carrera escaleras arriba envueltos en la ropa de cama de Ulises, y tan ruidosamente que Melika les llama la atención. Tratan entonces de moderar su alegría, y les entra un ataque de risa y se enredan en las sábanas rodando dos o tres escalones abajo. Ha caído el muro de separación que se habían impuesto, y Melika se pregunta si no era preferible la situación anterior, pero solo es una idea fugaz y superficial. En el fondo está encantada de que Yacir haya podido finalmente reírse y alborotar con un amigo. Después de amontonar de cualquier forma las pertenencias de Ulises en el cuarto de arriba, les oye salir juntos a la calle y les sigue con la mirada mientras se dirigen hacia la playa. Es el primer día de la Semana Santa y Yacir está de vacaciones. Suspira aliviada. Mientras se divierta con Ulises, está tranquila. Habría preferido que le dijeran adónde van, pero, por ser su primer día de amistad, no pone reparos a su conducta. Incluso retiene a Plaf en la cocina con un buen plato de comida y le pide a Ulises que lo deje con ella porque se siente sola. No quiere que nada se interponga entre los amigos.

—¿Te está esperando Rafa?

Melika alcanza a oír la pregunta de Ulises mientras salen al jardín. Rafa es un compañero de instituto de Yacir. Es hijo de un jardinero que viene a trabajar a Atlanterra. Mientras el padre arregla jardines, Yacir y Rafa juegan un rato con el balón en la playa. Ella pensó en un principio que ese chico podía ser la solución al aislamiento de Yacir y lo invitó a merendar una tarde, pero se dio cuenta de que entre ellos no había conversación. Solo el balón les unía.

—No, es todavía temprano. Además, hoy no lo voy a ver. Quería proponerte subir a las rocas, si te apetece. Quería enseñarte una cueva.

Ulises contiene la emoción, sabe que Yacir le está invitando a compartir su misterio secreto.

—¡Claro que quiero! La verdad es que tenía muchas ganas de preguntarte qué hacías en las rocas.

—Sígueme y verás.

Atraviesan la playa corriendo. Hace un día ligeramente gris y un levante incipiente pone la arena en movimiento. Yacir se dirige a la orilla para correr por la arena mojada. No hablan. Al llegar a las rocas, Yacir empieza a trepar sin comprobar si su amigo es capaz de seguirlo. Ulises no tiene tanta agilidad para la escalada, pero se va defendiendo y agradece que su amigo confíe en su capacidad, no quiere ser un estorbo en las excursiones que hagan los dos. Rodean una roca muy grande que Ulises reconoce como el obstáculo que le impedía seguir desde la playa el recorrido de Yacir. Siente cierto vértigo al mirar hacia abajo porque han alcanzado bastante altura. Se alegra de que Melika haya retenido a Plaf. El recorrido es más arriesgado de lo que imaginaba. Al cabo de un rato, Yacir se vuelve para preguntar a Ulises, que ha quedado rezagado:

—¿Te cansas?

—Un poco.

—Ya casi estamos llegando a la primera cueva, pero ahora tienes que prestar mucha atención, el sitio por el que vamos a pasar es estrecho y no podemos perder pie. Es un paso peligroso para quien no está acostumbrado. Es mejor que pases delante de mí. ¿Ves esa cornisa? Tienes que recorrerla mirando hacia la roca y sujetándote en ella; y, sobre todo, no mires hacia abajo, te puede dar vértigo.

Ulises siente un ligero titubeo de temor. La cornisa que le señala Yacir es muy estrecha, y la altura sobre el mar le parece espeluznante, pero decide seguir los consejos de su amigo y tirar para adelante. Le gustaría que no soplara el viento. Tiene miedo de ser empujado al abismo. Después decide no pensar y avanzar confiando ciegamente en sí mismo. La cornisa bordea una roca. Cuando termina el recorrido, siente el sudor resbalando por su cara. Se encuentra frente a un gran agujero negro. Esa debe de ser la cueva. Y, dando un salto, penetra en el agujero. Al poco rato Yacir está a su lado.

—Hoy nos quedaremos aquí. Esta es la primera cueva. No es la más bonita, pero te gustará la vista. —Señala el horizonte con orgullo—. No vengas aquí solo —añade poco después—. Antes de arriesgarse hay que conocer muy bien las mareas, de lo contrario,

podrías pasarlo muy mal.

Ulises no ha podido aún contemplar el paisaje. Tampoco se ha fijado en el estado de la marea. Pero, por ahora, no tiene intención de llegar hasta ahí él solo. Se sienta en el suelo de la cueva y mira hacia el exterior. Detrás de unos helechos y unos chaparrales sacudidos por el viento, ve el mar, y detrás del mar…

—Mira, eso es Marruecos, mi país.

Ulises se queda absorto ante la belleza del panorama.

—También es el mío. Yo nací en Tánger.

—Es verdad, nuestro país.

Se miran a los ojos, orgullosos de ser amigos.

—¿Por qué se han ido Yamal y Dorotea?

—Yamal quería presentar su familia a Dorotea.

—¿No los conoce?

—No. Ellos fueron amigos de pequeños, luego se separaron durante muchos años y se han reencontrado hace poco. Dorotea no conoce a los hijos de Yamal.

—¿Has estado tú en el desierto?

—No, pero parte de mi familia paterna procede de allí, me lo ha dicho Yamal. La familia de mi madre es de la montaña, de una cabila rifeña. Ella vivió allí de pequeña.

—¿Y le gustaba?

—Mucho. Siempre hablaba de ello… de la gente, que era distinta a las de otros lugares; y de las mujeres, que estaban mucho más consideradas.

—¿En qué sentido las consideran más?

—Allí se tiene más en cuenta su opinión. En Tánger mandan los hombres y las mujeres van tapadas y tienen que quedarse en la casa.

—¿Siempre?

—Depende, algunas salen a trabajar, pero muchos maridos no dejan ir a las mujeres ni al mercado. A mi madre le gusta reunirse con las amigas y hacer otras cosas. En su pueblo había un zoco al que acudían solo las mujeres tres días por semana para comerciar y practicar el *chau chau*.

—¿Qué es el *chau chau*?

—Conversaciones, charlas entre ellas; decidían con quién debían casarse los hijos… A los hombres les estaba prohibido entrar en ese

zoco.

—¿Cómo se llama ese pueblo?

—Beni Uriaguel. Allí vivían muchos españoles y ella aprendió su idioma. Mis abuelos siguen viviendo allí, y también una hermana de mi madre. Sus hermanos están en Tánger.

—¿Tu abuela arregló el matrimonio de tus padres?

—No. Ellos se conocieron por su cuenta y se enamoraron. Son más modernos. Ella siempre me dijo que mi padre era distinto a otros hombres y que ella tenía libertad para reunirse con las amigas. Él traía dinero a casa y ella no tenía que salir a trabajar. Decía que era un hombre muy bueno, aunque ella siempre le gritaba y se quejaba de que pasase tanto tiempo con los amigos. Pero él no le hacía caso, y se iba a tomar té y a conversar con los amigos. Yo a veces me quedaba un rato con él al salir del colegio. Después, todo cambió, mi padre tuvo que ir a buscar trabajo a otra parte, y nos quedamos solos. Bueno, solos no. Samia estaba con nosotros.

Yacir se calla tras pronunciar el nombre de Samia. Le ha costado avanzar por esa segunda parte de su vida. Ulises percibe en él un gesto de dolor. No le hace preguntas.

—Yo odio el mar —continúa Yacir al poco rato—. Desde aquí parece un amigo, pero no lo es. Lo odio porque mató a Samia y a mi hermana Aisha.

—Yo también tuve una hermana —dice Ulises—, pero murió al nacer.

—Ya tenemos cuatro puntos en común.

—¿Cuatro qué?

—Nada. Algún día encontraremos a nuestras hermanas.

—¿Dónde?

—En otro tiempo.

—Yo a la mía no la conocí. Murió antes de que yo naciera.

—De todas formas, si la encuentras, la reconocerás. Las cosas en el otro mundo funcionan de forma diferente.

—No creo que pueda reconocerla, ni siquiera he visto una fotografía suya. Murió al nacer.

—Eso no importa. La reconocerás de todas formas.

—¿Cómo?

—No te lo sé explicar, pero lo sé.

Ulises contempla el horizonte. A él le encanta el mar, lo

considera su amigo, su aliado. Todas las molestias y las penas le desaparecen cuando se sumerge en el agua. Sus padres le dicen que fue así desde que era muy pequeño. Le gustaría compartir esa pasión con Yacir, lo pasarían fenomenal nadando y buceando. También le gustaría hablarle de la *Odisea* y de Telémaco que sale en busca de su padre.

—¿Dónde está tu padre? —pregunta con la esperanza de animar a Yacir a revelarle algo. Pero la respuesta que recibe no es muy aclaratoria.

—No lo sé.

Yacir desenvuelve su bocadillo y propone a Ulises iniciar la merienda. Después, tendrán que regresar a casa antes de que oscurezca. Es peligroso recorrer el camino de la cornisa con poca luz.

—Otro día —le dice— iremos a la cueva grande, y allí podremos pasar la noche. Llevaremos sacos y linternas.

—¿Es por este mismo camino?

—No, aquel recorrido no tiene peligro. Es un camino de tierra, pero está más lejos, hay que adentrarse en la montaña. Esa cueva solo la conozco yo, no se la he enseñado ni siquiera a Yamal. La descubrí por casualidad, la entrada está tapada.

Ulises devora el bocadillo de queso. Después se come una manzana. Piensa que Yacir le ha traído a esta cueva para probar su pericia como escalador, para saber si no iba a ser un estorbo en sus excursiones. Por suerte, ha superado la prueba.

—Cuando quieras yo estoy listo para volver.

—Vamos. No te olvides de mantener la mirada fija en la roca y no mirar hacia abajo. Es importante para mantener el equilibrio.

El regreso le parece más fácil porque ya conoce los obstáculos que tiene que afrontar.

Avanzan en silencio, quizá porque se han dicho cosas importantes que llevaban guardadas dentro. Ulises no vivió la muerte de su hermana, pero esa ausencia siempre ha estado presente en su vida a través del rastro que dejó en sus padres. Su muerte fue debida a una desatención en el parto, pero no sabe si su hermana llegó a vivir o murió antes de nacer. Nunca ha hablado de ese tema con su madre.

A la hermana de Yacir se la ha llevado el mar. Le gustaría saber

cómo podrán encontrarlas en otro mundo, pero imagina que ese secreto le será desvelado más adelante, cuando sean mucho más amigos. Tiene la sensación de que las palabras de Yacir no son como las de los adultos cuando le dicen que su hermanita está en el cielo. Detrás de las palabras de Yacir hay algo más, de eso está convencido.

Ulises se queda solo en la casa con Plaf. No tiene ganas de leer. Es de esos días en que echa de menos la tele. Observa a Plaf, que se mueve de un lado a otro olisqueando los rincones de la casa. Se le despiertan las ganas de curiosear como él. Le atrae, por ejemplo, la habitación de Dorotea, en la que nunca ha entrado. Le intriga saber en qué pasa ella el tiempo cuando se encierra ahí. Se le ocurre pensar que podría encontrar alguna clave o indicio que lo introduzca en el misterio de las vidas que lo rodean. Como si hubiera descubierto su intención oculta, Plaf se sienta frente a la puerta de la habitación de Dorotea.

—Ya lo sé, Plaf, tú también quieres entrar, pero te vas a quedar esperando a la puerta.

Es una estancia grande y luminosa. Está dividida en dos espacios separados por un visillo que ondea con la brisa. En la primera parte hay una cama doble cubierta por una colcha blanca, con una mesilla a cada lado, llenas de libros las dos. Detrás del visillo hay un espacio acristalado. La ventana está abierta al mar. Frente a ella, una mesa con útiles de pintura. Dorotea pinta y él no lo sabía; se alegra de haber entrado, aunque sea solo por eso. Revuelve un poco en los papeles amontonados junto a la mesa, en una silla, en el suelo… Se sorprende. Dorotea ha pintado el dragón verde-azul-naranja irisado, ¿cómo lo ha conseguido? En las mezclas que él hace nunca ha podido dar con ese tono y esa transparencia, él se lo contó por teléfono hace un siglo. ¿Estará pintando para él? ¿Por qué no le habrá dicho que pinta? ¿Y cómo es que está pintando el dragón de agua? Puede que le esté preparando una sorpresa, quizá un regalo de despedida, porque, de lo contrario, se lo habría dicho. ¿Se enfadará Dorotea si descubre que ha andado en sus cosas? En cualquier caso, él forma parte de esas cosas, puesto que el dragón de agua se lo descubrió él. Y en ese rincón también está el libro de donde él sacó la imagen que estaba intentando reproducir cuando habló con ella. Eso quiere decir que cuando Dorotea se encierra en su habitación piensa en él. Un repentino golpe de viento lo

sobresalta y suena un portazo. Algo le roza la pierna y da un respingo. Respira aliviado al ver a Plaf, que ha acudido a protegerse junto a él o a protegerlo. El primer instinto de Ulises es retirarse, pero lo retiene una curiosidad creciente. Abre el cajón de un mueble que hay junto a la mesa. Dentro encuentra unos frasquitos con polvos de colores y con etiquetas escritas, algunas de ellas muy borradas: *Le vert de la menthe sauvage; le jaune safran poudre; le bleu indigo; le bleu minéral cobalt*… ¡Claro!, por eso… Y hay otros en que la etiqueta está borrada o desprendida. Además de esos frasquitos, encuentra una carpeta cerrada con una cinta. No puede resistir la tentación de deshacer el lazo que cierra la carpeta; contiene unos papeles pintados con ese extraño colorido. Son dibujos abstractos, representados por figuras geométricas de colores luminosos. Tanto las figuras como el color parecen querer atraparle en un hechizo. Vuelve a guardarlos y a cerrar la carpeta. Coge un frasco de la mesa y un papel y entra en el cuarto de baño. Le asombra la blancura de esta pieza; y también le asusta un poco, porque pretende probar los polvos de colores ahí. Espera no manchar nada. Plaf lo mira expectante. Ulises deposita el papel en la encimera del lavabo. Está nervioso, siente unos latidos, no sabe si de su corazón o de las paredes de la casa. Al contacto con el agua, los polvos granates se vuelven azules: *bleu minéral cobalt*. Intenta medir una gota de agua pero se le escapan varias que escurren y manchan el lavabo. Frota con vigor la mancha con un papel, pero esta no desaparece. A pesar de ello, no puede dejar de investigar y humedece los granulitos verdes, que se transforman en un color violeta intenso. Uno de los granulitos verdes salta al lavabo y al contacto con la humedad forma otra mancha. Ulises está nervioso, recoge como puede, frota las dos manchas sin lograr hacerlas desaparecer del todo. Se lava bien las manos con jabón, pero quedan rastros de color.

Antes de salir de la habitación abre el segundo cajón del mueble. Se trata de un archivador de carpetas colgantes. Los títulos de las carpetas corresponden a temas del trabajo de Dorotea: conferencias sobre maternidad y asuntos médicos; informes de Amnistía Internacional con datos de diferentes países. Todo eso no le interesa y sigue buscando sin saber bien qué. Aparece un papel que dice:

Habibi, contemplo tu rostro, al que has añadido las dunas

> del desierto, los surcos de la tierra seca, la risa de Adasa, el consuelo a los desesperados… y algunos secretos que no compartes conmigo. Ya no puedo seguir creándote, has superado mis límites.

¿Quién será *Habibi*? Él nunca ha oído ese nombre. Le recorre un escalofrío por haber violado un tema íntimo. La fecha del escrito es reciente, lo que significa que Dorotea tiene una vida oculta que no comparte con ellos.

Plaf debe de sentir también los latidos porque lo mira anhelante.

Una sombra y un movimiento alertan a Ulises hasta que se percata de que no es más que la cortina movida por el viento. ¡Joder, qué susto!

—Anda, vámonos, Plaf. Yo también me muero por un paseo.

Antes de realizar siquiera un gesto hacia la puerta de salida, Plaf ya salta de alegría demostrando que ha entendido perfectamente las palabras de Ulises, quien vuelve a frotarse las manos sin lograr desprenderse de los rastros delatores. Se resigna a seguir con los dedos manchados, que tratará de limpiar con agua de mar y arena. En la playa siente ganas de correr, de jugar con Plaf y olvidarse de todo, y lo consigue. Plaf es genial, corre como un loco detrás de los palos que él le lanza. De pronto oye unos cascos de caballo y aparece un jinete a galope. Plaf se lanza a las patas del caballo ladrando y Ulises lo llama. El jinete alza la mano con un látigo para pegar al perro, y Ulises llega a tiempo para rescatarlo. El hombre, que ha frenado el caballo, lo mira con unos ojos que parecen querer taladrarlo. A Ulises se le congela la sonrisa de disculpa que estaba iniciando, y un escalofrío recorre todo su cuerpo: nunca antes se había topado con la maldad, no la conocía. Ahora ya sabe lo que es porque ha podido reconocerla en esa mirada de odio profundo, sin resquicio de piedad. El jinete espolea su caballo y se aleja. Ulises tiene la impresión de que ha dudado unos instantes entre matar al perro —y quizá también a él— o marcharse, y que por propia conveniencia ha optado por lo segundo.

Cuando regresan Melika y Yacir del instituto, donde los había citado el director, encuentran a un Ulises huidizo y distante. No puede apartar de su recuerdo la mirada cruel de aquel hombre. Melika les prepara a cada uno un bocadillo de chocolate y los

manda a pasear. El cielo se ha cubierto de nubes, pero de vez en cuando aparece el sol repartiendo una luz luminosa que dura tan solo unos instantes. Los dos chicos emprenden el camino de la playa. Yacir indaga en la actitud de Ulises, y este le cuenta su encuentro con el jinete y su caballo, y se esfuerza por describir el odio que ha reconocido en el rostro de aquel hombre. El jinete ha desaparecido. Se suben a una roca y escrutan el horizonte. Ni rastro de él. Sin embargo, encuentran las huellas de los cascos del caballo, en parte difuminadas y medio borradas por el agua y el viento.

—Yamal dice que el mal es independiente del hombre que lo practica.

—¿Qué quiere decir eso?

—Dice que el mal y el bien son fuerzas independientes que se enganchan a las personas para hacerlas actuar.

—¿Tú lo entiendes?

—Más o menos.

—Yo no, pero en los ojos de ese hombre había maldad. Cada vez que lo recuerdo me dan escalofríos.

Ulises intenta describir a Yacir la fisonomía del jinete, aunque le es difícil precisar, porque el odio parece dominar todo su recuerdo. Yacir le comenta que algunos días ha visto jinetes cabalgando por la playa, pero que son grupos que montan saliendo de un club hípico cercano a Zahara y que parecían personas inofensivas.

—Yo he sentido el miedo de algunos hombres al ser perseguidos por los atajadores —añade—, pero no notaba esa crueldad que tú me cuentas.

—¿Quiénes son los atajadores?

—Son personas que en el pasado cabalgaban vigilando la costa para prevenir los ataques de los berberiscos.

—¿Quiénes son los berberiscos?

—Los que vienen de África.

—¿Y tú…?

—Bueno, eso era en otro tiempo. Yo solo soy testigo de lo que pasa.

—No te entiendo.

—¿Recuerdas cuando te dije que a veces me introduzco en otro tiempo?

—¿Te estás quedando conmigo?

—No. Es así; quería contártelo, pero es difícil. Ven, vamos a casa, está empezando a llover de nuevo. Vamos a subir a mi cuarto… a nuestro cuarto, y te lo cuento.

Dan una voz a Melika, que está en el lavadero, para informarla de que han regresado, y suben las escaleras seguidos de Plaf, que se hace una rosquilla a los pies de la cama de Ulises. Yacir saca una galleta del bolsillo y se la da al perro, Ulises mira a su amigo con agradecimiento, y Plaf se come la galleta de un bocado.

—Yamal me advirtió que no hablara de esto salvo con un verdadero amigo. Yo creo que tú ya lo eres. Es difícil tener algo dentro que no puedes compartir. Me alegro de que hayas venido.

Ulises se siente orgulloso de ser el elegido.

—¿Tampoco lo puedes compartir con Dorotea, con Yamal y con Melika?

—Sí, con ellos sí. Bueno, con Melika ya no, porque se asusta. Sobre todo lo hablo con Yamal. Él me está enseñando a manejar lo que vivo. Antes, a veces, me producía terror. Oía voces extrañas dentro de mí, y veía cosas que no veían los demás. Empecé a comentarlo con mi madre, pero ella se asustaba y no quería que le hablara de eso. Así que lo guardé para mí hasta que conocí a Yamal, que me está ayudando a afrontarlo. Él también tiene esa capacidad, y dice que si no la manejas bien te domina y puedes enloquecer. Él aprendió con Alcorán en el desierto, y ahora me está guiando a mí.

Ulises no pregunta, pero Yacir lee en su cara el desconcierto que le producen sus palabras.

—Te lo iré explicando poco a poco, a medida que vaya apareciendo, y me sienta capaz.

Ulises tiene también algo que contar. Está deseando descargar su conciencia con su amigo. Necesita confesarle que no ha podido resistir la tentación de entrar en el cuarto de Dorotea cuando estaba solo en casa.

—No sé por qué lo hice —le explica—. Me parecía que iba a encontrar ahí algo importante que me explicaría qué es lo que persiguen ella y Yamal.

—No buscan nada, pero no creo que a Dorotea le importe que entres en su cuarto. Yo he entrado muchas veces. No hay nada especial ahí.

—Sí lo hay. Hay unos dibujos alucinantes de colores extraños.

—Yo de eso no entiendo, pero Yamal descubrió que le gustaba pintar y le trajo unos polvos a la vuelta de un viaje. Ella se puso muy contenta. Son colores especiales que usan para decorar la cerámica.

Ulises se queda pensando en silencio.

—¿En qué estás pensando?

—En eso que dice Yamal del bien y del mal, y la verdad es que no lo entiendo.

—Él dice que entendemos lo que está dentro de nuestra realidad y que nuestra realidad nos la inventamos nosotros. Lo que pertenece a esa realidad inventada, lo entendemos. Lo demás, no.

—¿Y tú entiendes eso?

—Sí, eso sí.

—Pues yo no.

—No debe de estar dentro de tu realidad inventada.

Se ríen.

—¿Tú puedes viajar en el tiempo hasta la era prehistórica?

—No lo sé, no depende de mí. Yo no puedo viajar al tiempo que deseo, las cosas aparecen y desaparecen sin que yo pueda hacer nada para que sucedan. Yamal me ha enseñado que puedo sentarme en un lugar y convocar el poder para percibir lo que ocurrió allí en un tiempo pasado, pero no puedo convocar una época concreta. He estado practicando desde que me enseñó. Así conocí a los atajadores de los que te hablé.

—¿Lo haces en la cueva?

—A veces también en otras partes, pero siempre cuando estoy solo.

Yacir se calla. Durante un momento le da vueltas a cómo explicar sus sensaciones, y finalmente acepta su incapacidad.

—No puedo contar cuando quiero, sino cuando la cosa quiere ser contada.

—Lo entiendo.

Se relajan. Plaf lanza un suspiro de satisfacción. No hay nada que le guste tanto después de una buena carrera como tumbarse a los pies de su amo y dormitar.

—No te preocupes por haberte colado en el cuarto de Dorotea. Estoy seguro de que a ella no le importa, pero límpiate esas manos, se nota que has estado trajinando con los colores de Dorotea, y eso

quizá no le guste.

Ulises esconde las manos en los bolsillos.

—Oye, quería preguntarte algo, ¿conoces tú a *Habibi*?

—¿A quién?

—A *Habibi*.

—*Habibi* no es un nombre. Quiere decir «amado» o algo por el estilo.

Ulises se siente más avergonzado aún por haber penetrado en la intimidad de Dorotea y no comenta más.

Al cabo de un rato, Ulises, todavía intranquilo, baja al cuarto de baño de Dorotea con la intención de frotar las manchas, pero comprueba con alivio que ya no están, la limpieza de Melika ha sido más eficaz que la suya.

Ulises duerme mal por la noche. La maldad del jinete lo persigue en mil situaciones pavorosas. Por la mañana temprano, le llama su madre por teléfono.

Alicia percibe un rastro de angustia en la voz de su hijo.

—¿Qué te pasa? —pregunta alarmada.

—No me pasa nada, solo que he tenido pesadillas esta noche y me acabo de despertar.

—¿Seguro?

—¡Jo, mamá! Ya te he dicho que acabo de despertarme…

—Tienes razón, he llamado muy temprano, además es fiesta… pero ya sabes que para mí no hay fiesta que valga, me esperan para una reunión de desayuno que a saber cuándo va a acabar.

Ulises no le dice que Dorotea salió de viaje, teme que su madre se inquiete y venga a buscarlo. La tranquiliza dándole una información que no le haga preguntar por ella.

—No, no la has despertado. Estoy yo aquí, desayunando con Yacir.

—¿Yacir es ese niño que no apareció cuando llegamos?

—Sí.

—¿Y qué le pasaba? ¿Dónde estaba?

—Mamá, por favor…

—Es verdad, que está él ahí contigo. Pero dime una cosa, ¿te llevas bien con él?

—Sí, muy bien.

—A mí me da la impresión de que lo estás pasando mal en algún sentido. Ulises, no me mientas, por favor.

Ulises se levanta de la mesa y sale de la cocina con el inalámbrico.

—Lo estoy pasando genial, mamá. Yacir y yo somos amigos. Y además tengo otros amigos que se llaman Marina y Amaro con los que buceo. —No le dice que bajan a varios metros de profundidad con bombona, ya se lo contará cuando regrese—. Son muy simpáticos. Te lo prometo, mamá, lo estoy pasando bomba.

—¡Cómo me alegra oírlo, hijo! Yo he vuelto del viaje pero tengo un trabajo tremendo. Tu padre todavía no ha regresado. Me gustaría hablar con Dorotea de ciertas cosas, a lo mejor voy a haceros una visita; y, si tienes algún problema, te vuelves conmigo.

—No. Prefiero quedarme aquí. Lo estoy pasando superbién.

—A tu padre lo han mandado ahora a Perú. Hemos hablado y me pide que cuando termine el trabajo vaya a reunirme con él porque va a tener unos días libres y hay lugares preciosos que podemos recorrer juntos. Lo estoy pensando, porque papá y yo tenemos que hablar de muchas cosas y nunca tenemos tiempo de hacerlo. ¿A ti qué te parece?

—Me parece bien.

—Al principio había pensado que podía llevarte conmigo, pero creo que tiene programada una ruta que implica cierto peligro. Ahí, por lo menos, estás a salvo, en un lugar tranquilo.

¿Cómo reaccionaría su madre si supiera que ha caminado por la cornisa en las rocas? Queda claro que no puede ni mencionar su hazaña.

—Suena muy bien. Yo creo que debes ir. Hace tiempo que no vives una aventura de esas, y a ti te gusta.

—¿Estás triste?

—¡Te he dicho que no!

—Es verdad, pero te gusta preocuparme, ¿a que sí?

—Eres tú la que te preocupas. Yo te he dicho que estoy bien.

—De todas formas, tengo que hablar con Dorotea. Vamos a estar lejos y eso va a suponer mucha responsabilidad para ella. La llamaré más tarde.

—Dorotea está muy contenta de que yo esté aquí. Ya le diré yo

que te llame, porque hoy vamos a salir de excursión y seguramente no volveremos hasta la noche. Pero puedes organizar vuestro viaje, mamá. Estoy seguro de que a Dorotea no le importa lo de la responsabilidad. Me ha dicho que le gusta mucho tenerme aquí y que si yo quisiera podría quedarme a vivir.

—¡Eso ni hablar!

Ahora ha metido la pata, por pasarse. Tiene que arreglarlo de alguna forma. Le agota hablar con su madre teniendo que medir tanto las palabras.

—¡Jo, mamá! Si lo digo solo para que veas que no le importa que me quede más días.

—Bueno, de todas formas, tengo que hablar con ella por lo del viaje. También me preocupa lo del colegio, porque tendrás que faltar más días, ¿cómo van tus clases con Dorotea?

—Me gustan mucho.

Alicia se mosquea, conoce a Dorotea.

—¿Está siguiendo el programa?

—No te preocupes, mamá, estoy aprendiendo mucho.

Alicia prefiere no seguir indagando, para ella es muy importante que su hijo siga ahí unos días más. Se despiden los dos con un sentimiento confuso. Ulises, por un lado, está encantado de poder prolongar su estancia y por el otro se da cuenta de que para su madre él sigue siendo un estorbo. Alicia está contenta de que Ulises quiera quedarse, pero se queda intranquila por la nota de angustia que le ha parecido notar en la voz de su hijo. Y en cuanto a las clases de Dorotea, no tiene nada claro que sean las adecuadas. Pero ambos retoman enseguida sus actividades dejando la sombra de lado.

Yacir lo espera a la puerta.

—Si quieres —le propone—, hoy podemos ir a la cueva grande.

—No puedo. He quedado con Marina y Amaro para bucear. ¿Te apetece a ti venir?

—No. No me gusta bañarme. Pero no importa, ya te veré por la tarde. Y podemos ir a la cueva mañana.

Hace un tiempo delicioso. Es lo bueno que tiene el viento de levante, que después de su paso, el aire queda limpio y despejado. Ulises se encuentra con sus amigos en la playa. Ellos llegan en barca desde Barbate.

—Esta mañana —le dice Amaro— hemos salido a pescar con mi padre. Un día tienes que venir. Es chulísimo.

A él lo de la pesca no le atrae tanto. Le gusta más observar a los peces que matarlos. Marina parece distraída y soñolienta. Los dos hermanos se levantaron cuando aún era de noche para participar en la pesca al amanecer.

—Oye tío, estás exagerado con esas gafas, y con las aletas y todo.

—¿Tú no has traído tubo para las gafas?

—A mí no me hace falta.

Marina se despeja e interviene en la conversación.

—No hagas caso a este, que es un bobo —le dice señalando a su hermano con cierto desprecio.

No le pega a Marina, con esa cara de sirena, tratar así a su hermano.

—Vamos a la cueva que me dijisteis, ¿no?

—Pues claro.

—Entonces tiene que estar cerca de las rocas. No iremos muy lejos, ¿no?

—Pero está alejado de la playa. Está más allá de la punta Camarinal, pasada la playa del Canuto.

Marina emplea un tono autoritario que a Ulises no le gusta, pero sigue encandilado por su belleza.

—Venga, sube de una vez, y el perro también, que andamos *apuraos* de tiempo.

Ulises se queda en bañador y coge a Plaf en brazos para llegar hasta la barca.

—¿No sabe nadar el perro?

—Sí sabe nadar, pero si se moja nos salpicaría.

—Ya verás qué bonito. —Amaro rebosa entusiasmo—. Está lleno de peces, y luego están las cuevas subterráneas.

—¿Hay más de una?

—Son muchas pequeñas, pero la que nos interesa es la más grande. ¡Ya verás qué pasada!

—¿Está bajo el agua?

—¡*Quillo*, mira que eres preguntón! Está debajo de la roca.

—Y tiene una entrada por las rocas que casi no se ve —interviene Amaro—, parece que no haya nada, pero se abre bajo la roca y puedes respirar; aunque dice Marina que es mucho más bonito lo que está oculto bajo el agua. Ella la ha visto casi vacía, con la marea muy baja, ¿verdad, Marina?

La niña permanece callada desenredando un nudo del cabo.

—Anclaremos cerca de la cueva, nosotros sabemos dónde es, y desde allí localizaremos la entrada.

—¿Sabe vuestro padre que vamos allí?

—¿Qué pasa? ¿Te da susto perderte?

—No, era solo por saber.

Amaro se ríe sin malicia.

—Estás *cagaíto* de miedo.

—Mentira.

Ulises toma conciencia de que él es el único prudente, y que debería serlo por los tres: su padre le ha hablado de los peligros del mar. No es que tenga miedo, pero a él siempre le han recomendado que, cuando salga de excursión, deje siempre dicho adónde va, por si ocurre algo saber dónde buscarle. Y además le parece lógico, como lo de llevar el móvil, que también se lo dicen, y ni él se lo ha traído ni le parece que sus amigos lo lleven.

Marina está de mal humor, y bien podría ser por no haber dormido suficiente. A Natividad, la asistenta que viene a su casa, también le pasa. Recuerda que a menudo le repite: «Estate quieto que hoy no estoy para bromas, que no he dormido en toda la noche». Pues Marina, igual. Se parece a Nausícaa, la que encuentra a Ulises junto al río. Cuando leyó ese capítulo, él ya le había puesto a Nausícaa la cara de Marina, porque Homero la describe como una belleza y Marina, la verdad, es que también lo es. Pero Nausícaa, además de bella, era generosa y dulce, y Marina, hoy por lo menos, no se está comportando así. Y es que Nausícaa dormía un montón y

a lo mejor de ahí le venía la dulzura, aunque la diosa Atenea le reproche que duerma tanto, y le diga: «¡Nausícaa! ¿Por qué tu madre te parió tan floja?». Se lo sabe de memoria porque es el capítulo que más le ha gustado y ha tenido que repasarlo dos o tres veces porque no le salía la entonación por dentro, y quiere sorprender a Dorotea.

—Si os ponéis los dos tontos, yo doy media vuelta y me voy. —Marina se expresa con tono ofendido.

Ulises se enfada. Le dice a Marina que él prefiere bajarse de la barca y no seguir. Marina reacciona. Siente que ha perdido la admiración de Ulises y quiere reconquistarlo.

—No te enfades conmigo. Cuando tengo sueño me pongo insoportable, pero ya se me está pasando.

Ulises aprovecha la tregua para preguntar:

—¿Le habéis dicho a alguien por dónde andamos? Resulta que no, y que además la barca la han cogido cuando su padre se había retirado a dormir. O sea, que les queda poco tiempo para actuar porque hay que devolverla cuanto antes, eso a lo mejor los salva de alejarse demasiado.

A Ulises no le hace gracia que nadie conozca su paradero, pero el peligro hace que se crezca y decida tomar el mando. Lo primero que pregunta es cómo está la marea, y lo hace con voz firme, como si fuera él el capitán de la expedición. Funciona. La pregunta ha sido acertada. Se le ha ocurrido porque Yacir lo había mencionado en la anterior excursión. Marina contesta con respeto, como si él fuera el capitán.

—Está bajando.

—Está bien, eso nos favorece.

—Oye —le dice Marina—, ¿por qué no le dices a tu amigo que venga con nosotros otro día?

—¿Lo conoces?

—Sí. Lo veo en el instituto; aunque él es de otro curso. Me parece un chico muy guapo.

Ulises pierde un poco de seguridad con ese comentario sobre su amigo que le hubiera gustado para él, pero se repone enseguida.

—Tú sí que eres guapa, Marina. Eres guapísima.

—Es la más guapa del pueblo —dice Amaro con orgullo—. Todos mis amigos están por ella.

—¡No digas bobadas! Sois una *barsa* de mocosos. Lo que tenéis que hacer es fijaros en las niñas de vuestra edad.

Ulises piensa que esa observación también puede dirigirse a él.

—¿Qué edad tiene Yacir? —pregunta Marina como si le leyera el pensamiento.

—Quince.

—Tú dile que venga la próxima vez.

—Ya se lo he dicho, pero no quiere meterse en el agua. Tuvo una vez un susto en el mar, y desde entonces no le gusta.

—Si viene con nosotros se le pasará. Tú lo animas a que venga; pero sin decirle que te lo he dicho yo, ¿eh?

No es una sugerencia, es una orden. Han ido remando con la barca mientras Marina observa la costa.

—Por aquí es —dice finalmente—. Echa el ancla, Amaro.

Los tres niños se colocan las gafas y las aletas, los dos hermanos saltan al unísono. Ulises tienta la temperatura del agua con la mano y no se decide. Amaro lo observa desde el agua.

—¿Qué pasa, tío? ¿No te animas?

—Sí, ya voy.

Se lanza sin pensar. El agua está helada y transparente, de color azul esmeralda. Piensa en las recomendaciones de su madre diciéndole que si se tira así de golpe puede darle un paro cardiaco. Esta vez casi le da. Después de unos minutos, se le pasa el frío y disfruta localizando los peces. Le gustaría poder compartir esta belleza con Yacir. Melika le ha dicho que era un buen nadador cuando vivían en Tánger.

Bandadas de peces cruzan frente a sus gafas sin asustarse. Se distrae persiguiéndolos y disfrutando de los destellos de luz que atraviesan el agua. Cuando sale a la superficie oye los ladridos de Plaf, que está inquietísimo por su amo. Marina bucea pegada a las rocas. De vez en cuando suelta el tubo y se sumerge a mayor profundidad. Ulises vuelve a zambullirse. De vez en cuando cruza una corriente fría que le hace subir de nuevo a la superficie. Amaro le hace una señal para preguntarle si está bien, y él cruza los dedos en señal de OK, pero está tiritando. Marina, sin embargo, nada como un pez y no ha dado señales de que le moleste la corriente de agua fría, y Amaro tampoco. De pronto Marina hace un gesto para que la sigan. Ha encontrado la entrada a la cueva. Tardan un poco

en llegar hasta ella porque tienen que nadar a contracorriente.

La marea está baja y la entrada destaca perfectamente detrás de una roca. Los tres niños se introducen por la brecha en la roca. Una vez dentro, la galería se amplía: la cueva tiene una superficie considerable. Las voces resuenan dentro de ella. Las paredes están formadas de rocas de arenisca, y las piedras desgastadas presentan formas extrañas. Parece un lugar encantado.

—Dice mi padre que algún día fue una cueva seca, y que con el tiempo la mar va ganando terreno.

—¿Tu padre conoce la cueva?

—Claro, nos la descubrió él, pero nos hizo prometer que no se la enseñaríamos a nadie.

—Yo creo que fue una cueva de piratas.

—Tú siempre estás con lo de los piratas, Amaro.

—No es verdad. No siempre estoy con lo de los piratas, pero esta cueva me lo parece.

—Este *quillo* parece tonto.

Ya está el lío armado otra vez. Lo de los hermanos, la verdad, no le resulta tan atractivo como cuando te los imaginas sin tenerlos, porque entonces los inventas como quieres, sin peleas, y siempre ayudándose. A él le gusta más una amistad como la que está iniciando con Yacir —en la que han estado observándose antes de decidir ser amigos—, porque luego ya vas sobre seguro.

—Mira —le indica Amaro—, aquí hay un gancho donde colgamos las redes de pesca. Estoy seguro de que los piratas lo utilizaban para atar las embarcaciones.

—Y dale con los piratas.

—¿Exploramos un poco? —propone Ulises.

—No hay mucho que explorar, pero métete debajo del agua, y ya verás qué pasada.

Efectivamente, el agua refleja las rocas iluminadas por la entrada y los diferentes haces de luz que penetran por las rendijas. Es impresionante el ruido del mar chocando contra la roca sin llegar a penetrar en la cueva.

Ulises sale a respirar, con los ojos redondos de admiración.

—Nunca había visto nada tan chulo —le confiesa a Marina.

—Pues esto no es nada. Cuando el sol se va poniendo y se vuelve rojo, rojo, la cueva parece un lugar encantado. Hoy no podemos

quedarnos más tiempo, tenemos que dejar la barca en Barbate antes de que mi padre se despierte. Además, tú estás *encogiíto* de frío. Volveremos otro día. No le hables a nadie de este sitio.

—¿Se lo puedo contar a Yacir?

Marina titubea un poco, pero finalmente acepta.

—A Yacir sí se lo puedes contar, pero ponle la condición de que tiene que venir un día con nosotros.

—¿Y si no acepta?

—Entonces no le digas dónde está ni cómo es.

—Yo creo que si se lo digo le atraerá más la idea de venir.

—Bueno, cuéntaselo, pero le haces prometer que no hablará de la cueva con nadie.

A Ulises le dan ganas de hablar de la otra cueva que Yacir conoce en la montaña, pero se comprometió a no hacerlo. De pronto, se asusta al mirarse las manos, las tiene moradas.

—¡*Joé*, mira!

Marina se ríe de él.

—Lo que te pasa a ti, *quillo*, es que te escuchas *demasiao*.

—¿Y eso qué es?

—Que siempre estás pendiente de si te pasa alguna cosa.

Es verdad, en eso tiene razón Marina, ya se lo han dicho más veces, aunque de otra manera, y es que su madre le ha metido el miedo en el cuerpo diciéndole siempre las cosas malas que le pueden pasar. Seguro que Marina y Amaro no se asustan con lo de los síntomas. Además, descubre de pronto que el morado viene resaltado por la mancha de azul cobalto, pero no lo dice.

—Anda, saca el ancla —ordena Marina a su hermano— y ponte a remar.

—Deja de mandarme, a ver si te crees que soy el chiquillo del barco.

Se acercan a la playa por la zona del faro. Ulises y Plaf saltan al agua. Se despiden y Ulises los contempla mientras se alejan. Así, a distancia, le dan cierta envidia porque parecen unidos; y lo están a su manera. Plaf lo invita a una carrera por la playa que le viene fenomenal para entrar en calor.

Melika y Ulises comen solos. Yacir no ha regresado de su excursión

solitaria. Melika parece disgustada por algo y está seria; Ulises piensa que a lo mejor es porque él ha dejado hoy a Yacir para irse con sus amigos buceadores, pero al cabo de un rato de silencio Melika parece más animada.

—Estoy muy contenta por tu amistad con Yacir —le dice—. No tienes que dejarlo solo.

—No lo dejo solo, pero él no ha querido venir. Mis amigos también quieren que él venga con nosotros.

—Yacir y yo no queremos tratos con el mar. Nos ha hecho demasiado daño.

—¿Qué os pasó?

Melika no contesta y se emociona.

Ulises piensa que no debería haber preguntado, pero sigue esperando la respuesta.

Comen en silencio. Al cabo de un rato, Melika ya parece más serena.

—Antes de subir en aquella horrible patera de la muerte —le cuenta secándose los ojos con la servilleta—, Yacir era un buen nadador. En Tánger se pasaba el día jugando a la pelota en la playa con los amigos y bañándose después. Éramos pobres y vivíamos mal, pero él lograba escabullirse del dolor y ser feliz.

Melika se calla como si estuviera recordando y Ulises espera la continuación tratando de no romper la magia de la confidencia.

—Mi Yacir era otro, tenía otra expresión. No estaba siempre serio como ahora. Por eso me gustó tanto el otro día oíros reír. Hacía mucho tiempo que no oía esa risa suya tan libre. Cuando os regañe, no me lo tomes en cuenta. En el fondo estoy feliz de que Yacir se divierta contigo, aunque sea haciendo travesuras.

Melika da por terminada la conversación. Ulises se queda sin conocer la dramática historia que vivieron en la patera. Debe de ser un secreto terrible relacionado con la desaparición del padre de Yacir. No debe, por lo tanto, intentar convencerlo de que lo acompañe en sus salidas al mar. Hará lo contrario, convencerá a sus amigos buceadores para que los acompañen a ellos a la montaña; si Yacir está de acuerdo, claro.

Melika le da unos huesos de pollo a Plaf, cosa que sabe que no debe hacer. Ulises lo tiene muy acostumbrado a no pedir de la mesa y tampoco quiere que coma huesos de pollo porque pueden sentarle

mal, pero no se atreve a recordárselo una vez más a Melika. Plaf percibe lo que ocurre y se coloca al lado de la mujer para aprovechar la ocasión. Después, para evitar la mirada de Ulises, atrapa el hueso y se va a un rincón, y lanza de vez en cuando miradas cargadas de culpabilidad a su amo.

—Si llama mi madre —se acuerda de pronto Ulises—, no le digas que Dorotea está de viaje porque podría preocuparse. Yo no se lo he dicho, pero volverá a llamar para hablar con ella. Tienes que inventarte lo que sea para que no se dé cuenta de que Dorotea está fuera.

De pronto le sorprende el enojo que su petición despierta en Melika.

—A las madres no se les miente nunca. ¡Nunca!, ¿entiendes? Si a tu madre no le gusta que estés aquí conmigo, pues que venga a buscarte, pero yo no pienso decirle una mentira.

Ulises sonríe ante el enfado de Melika, le agrada que no se haga cómplice de su mentira. Le parece que es una muestra de solidaridad entre las madres, le da seguridad que así sea. Si Alicia llama antes de que regrese Dorotea, él tendrá que afrontar las consecuencias. Melika se levanta a fregar los platos. Ulises recoge la mesa y acerca los cacharros al fregadero. Melika sigue seria.

—No le enseñes a mentir a Yacir. Él no es mentiroso.

Esta vez, se enoja él.

—Yo tampoco. Antes me he equivocado, pero yo no le dije una mentira a mi madre, lo único que hice fue no decirle que Dorotea estaba fuera.

—Pero querías que yo mintiera.

—Ya te he dicho que me he equivocado. ¿Te puedo ayudar?

—No. Ahora quiero estar sola.

Ya había notado Ulises que Melika no estaba en su mejor momento, por eso no le preocupa su estallido de malhumor. No se siente culpable, le parece que el hecho de ocultar la ausencia de Dorotea no es tan grave.

Echa de menos a Yacir. Ahora le cuesta más quedarse solo en la casa. Pasa la tarde estudiando y haciendo los problemas que, según le ha indicado Ceferino, han hecho en clase.

Cuando termina, coge el balón de Yacir y se va a la playa con la ilusión de encontrarse con Rafa. Si por lo menos tuviera el

monopatín que su madre no le permitió traer, daría unas cuantas vueltas a la manzana. El balón a él no le gusta tanto, el monopatín es su herramienta principal para hacer amigos, además de Plaf, claro.

No se ve a nadie en la playa. Se queda jugando él solo un rato regateando a Plaf, que corre detrás de la pelota. De pronto recuerda al jinete malvado y decide retirarse. Cuando llega a casa, Melika le comenta que ha llamado su madre y que han hablado mucho rato.

—No te preocupes —lo tranquiliza Melika, que ya está de mejor humor—, le he dicho que Dorotea ha salido de viaje y le ha parecido normal. Está tranquila de que estés conmigo.

Parece orgullosa de la confianza de Alicia.

—¿Y de qué habéis hablado tanto rato?

—De nuestros hijos. Estamos de acuerdo en casi todo. Me gusta tu madre.

Yacir regresa bastante tarde. Sube directamente a su cuarto sin preguntar por Ulises, que está concentrado en sus estudios y no lo oye, pero Plaf levanta la oreja y alerta a su amo. Al oír los pasos de Yacir en la escalera, Ulises corre al encuentro de su amigo.

—Estoy agotado. Voy a echarme un rato.

—¿Quieres estar solo?

—Necesito descansar un rato. Hoy he ido muy lejos. Después te contaré.

—¿Has estado en la cueva de la montaña?

—Sí, pero desde ahí me he alejado con la mente… —Yacir parece realmente extenuado—. Ya te contaré.

—Bueno, voy a seguir estudiando un rato. Después vuelvo a ver si estás despierto.

Al pie de la escalera se encuentra con Melika, que le aborda con ansiedad.

—No lo dejes solo —le ruega.

—Me ha dicho que quiere descansar un rato. Después subiré a estar con él.

Ya no se siente a gusto ni puede concentrarse en los estudios. Decide subir a la habitación y tumbarse en la otra cama mientras Yacir se recupera. Lo encuentra dormido, con una respiración

agitada. Plaf parece comprender que debe mantenerse en silencio y se tumba a los pies de la cama de Ulises. Hace calor, es el cuarto más caluroso de la casa. Ulises abre la ventana que da a la azotea y se echa sobre la cama. Los visillos danzan suavemente, movidos por una brisa ligera. Mientras contempla el movimiento, le entra un sopor enorme. Él también ha pasado un día agitado buceando con sus amigos, y ha sido emocionante el encuentro de la cueva submarina. Las escenas vividas se le presentan en sueños, mezclándose de forma caprichosa. De pronto, sin previo aviso, aparece el jinete maldito. Se queda paralizado de terror y Plaf también. Grita. El jinete lo coge por los hombros y lo sacude, él vuelve a gritar con fuerza llamando a Yacir. De pronto, abre los ojos y Yacir está a su lado, sacudiéndole los hombros para despertarle.

—¡Eh!, ¿qué pasa?

—Te he despertado porque estabas gritando. Soñabas con el jinete oscuro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo también lo he visto. He entrado en tu sueño cuando me has llamado.

—¿Cómo puedes hacer eso?

—No lo sé. —Se queda pensativo, y añade—: Me ha gustado que me llamaras, eso quiere decir que confías en mí.

—Claro. Eres mi mejor amigo.

—¿De verdad?

—De verdad. Si algún día tienes una pesadilla me gustaría que me llamaras, a ver si yo puedo entrar en tu sueño.

Yacir cambia de conversación.

—¿Qué tal lo has pasado con Marina y Amaro?

—Bien. Ellos quieren que vengas con nosotros, sobre todo Marina. Dice que le gustas mucho.

—Ya lo sé. Me parece muy guapa, pero me recuerda un poco a Kandisha.

Ulises no pregunta, imagina que Kandisha es una amiga de Yacir que vive en Marruecos.

—Yo he pensado que, si no quieres venir al mar, podrían venir ellos con nosotros a la cueva de la montaña.

—¿Se lo has dicho?

—No. Primero quería consultarte.

Yacir parece satisfecho.

—Está bien. Lo pensaré. Pero antes tenemos que ir nosotros solos. Podemos pedirle a Melika que nos prepare unos bocadillos y pasamos la noche allí.

—De acuerdo.

Melika no está conforme con el plan. Ulises piensa que la conversación con su madre le ha dado fuerza para ejercer su autoridad. Les dice que los ve cansados y que lo dejen para el día siguiente. La idea contraría a los chicos al principio, pero después aceptan las ventajas.

—Mañana no he quedado con Marina y Amaro, podemos salir por la mañana y comer en la cueva. Tengo una buena mochila para llevar las cosas.

—Yo también tengo una. Nos repartiremos el peso. Tenemos que llevar sacos de dormir por si acaso, a veces hace mucho frío ahí dentro. Podemos acercarnos ahora a la roca de la Rana, ahí hablaremos bien.

—Sí, vamos. Te contaré yo también lo que hicimos.

En la cocina cogen un montón de galletas. La roca de la Rana no está lejos y es cómoda para sentarse a conversar. A Ulises le gusta pasear la mirada desde la lejanía hasta las pequeñas olas que rompen contra las rocas y recibir en el rostro el vapor de agua que se desprende de cada colisión. Para Yacir, la visión del mar desde las rocas lo ayuda a mantener de alguna forma el enlace con el que fue su gran amigo, el que le mostró su maravilloso misterio por un instante y acabó golpeando su vida sin clemencia.

Pasan un rato en silencio contemplando el panorama y sintiendo el rumor de las olas y el grito de las gaviotas. Colocan la merienda entre ellos y van mordisqueando las galletas mientras piensan. Ulises es el primero en hablar.

—Marina y Amaro me han enseñado una cueva chulísima. Ellos la llaman submarina, pero solo una parte de la cueva lo es.

Yacir permanece pensativo. Finalmente, habla:

—Pues yo, en la cueva grande hice un descubrimiento.

—¿Encontraste algo valioso?

—No. Está vacía y no logré encontrar nada, pero algo hay. Estuve mucho tiempo ahí solo, y pude convocar el pasado. Me introduje en una especie de sueño y vi lo que ocurría en esa cueva

hace años.

—¿Con gente y todo?

—Sí.

—¿Y esas personas podían verte?

—No, ya tengo comprobado que no pueden y estoy más tranquilo. Yamal me explicó que no pueden verme porque yo estoy en otro tiempo que todavía no ha ocurrido para ellos.

—¿Puedes actuar en lo que sucedió en el pasado?

—No, y aunque pudiera no querría hacerlo. Ya lo he pensado, y podría armar un lío tremendo.

Yacir se calla; un poco después, añade:

—Yamal dice que eso no puede ser.

—Si tú lo consiguieras, serías como un superhéroe.

—No, no alucines, sería otra cosa.

—¿Qué es lo que viste en la cueva?

—Vi mucha gente moviéndose de un lado a otro. Eran como sombras que arrastraban bultos. Yo estaba en un rincón de la cueva y observaba cómo introducían paquetes que arrastraban hacia el fondo, o eso me parecía, porque no puedo ver con claridad: se me presentan las imágenes como en un sueño borroso y, además, no puedo moverme para cambiar el ángulo de visión, por lo menos no he podido hasta ahora. Dice Yamal que eso sí lograré hacerlo, pero aún no puedo. Todavía no estoy del todo en forma. Él dice que el miedo me paraliza. Yo no lo sé. Algunas situaciones me asustan mucho, pero creo que lo venceré.

—¿Lo intentas? ¿Intentas moverte?

—No estoy seguro. Me quedo paralizado. Me habría gustado poder seguirlos hasta el fondo de la cueva. Tiene que haber una salida, porque luego no regresaban.

—Tenemos que descubrirla.

—Por eso quiero ir contigo, entre los dos podremos avanzar. Tardé mucho en volver a un estado normal y me dolía la cabeza. Cuando ya estaba bien, me acerqué a la pared del fondo y la estuve recorriendo con la mano, pero no vi nada. Estaba muy cansado. Según Yamal, todavía tenemos que trabajar mucho hasta que yo consiga ajustar las cosas para no agotarme. Él pasó muchos años en el desierto desarrollando esa capacidad. Dice que ahí es más fácil porque no hay tantas cosas que puedan distraerte. Podían Akorán y

él pasarse días enteros concentrados en el aprendizaje. ¡Aquí hay tanto que hacer! Al principio, yo le pedí que me llevara al desierto, nada de aquí me interesaba. Yo quería quedarme allí y estar solo con él, pero él insiste en que no puede ser, dice que estoy herido y tengo que curarme entre la gente. Antes yo era alguien, me enfrentaba a la vida, me divertía, era capaz de hacer bien y mal, aceptaba riesgos. Desde que ocurrió aquel accidente me siento muerto por dentro. Creo que tú me estás ayudando a volver a sentir.

Yamal y Dorotea regresan del desierto. Se reúnen con los demás en la sala de la biblioteca para celebrarlo.

Ulises, como siempre, inicia las preguntas.

—¿Dónde habéis estado?

—En las dunas de Bani Abas, en Argelia. Hemos visitado a Abdul, uno de los hijos de Yamal, que se dedica al pastoreo.

—¿Tú habías estado antes allí?

—No. Había estado en otras partes del Sahel, pero nunca con Yamal. Estar en el desierto con él ha sido una experiencia maravillosa, pero no he hecho más que rozarla, solo me he asomado a ella. En un futuro me gustaría trasladarme a vivir allí con él.

—¿Y qué sería de nosotros? —pregunta Melika asustada.

—¡A saber dónde estaréis vosotros entonces! La vida se reinventa constantemente.

—¿Cómo es el desierto? —pregunta Yacir con ansiedad.

—El desierto es cambiante. Todo se transforma de hora en hora: el color, la forma, la temperatura entre noche y día, el cielo estrellado, que también cambia con las estaciones. Orientarte en el desierto como lo hace Yamal es toda una ciencia.

—Pero ¿el color no es siempre el mismo? ¿No son todas las dunas de color arena?

—No, Ulises. Al atardecer las dunas van cambiando de color, la arena toma tonalidades doradas, anaranjadas, de color violeta o púrpura. Y además están los oasis, llenos de plantas luminosas…

—¿Te gusta más esa parte del desierto que la que tú conocías?

—El desierto siempre es bellísimo, pero nunca lo había vivido con tanta plenitud. Siempre me había parecido que faltaba algo en mi encuentro con él. Creo que necesitaba a Yamal. Mi sensación de pérdida al separarnos de niños fue muy dolorosa. Durante mucho tiempo lo imaginé en el desierto solo, incomunicado. Ese era un dolor que llevaba dentro y que ahora se ha cerrado.

¿Será Yamal *Habibi*, el «amado»?

Yacir y Ulises están sentados en el suelo con las piernas

cruzadas, y Plaf, a su lado, presta atención a las palabras de Dorotea, como si las entendiera.

—Dorotea y yo fuimos como hermanos, hermanos de leche y de aprendizaje de la vida —les cuenta Yamal—. Todo lo hacíamos juntos, aunque las costumbres nos iban separando a medida que crecíamos. Recuerdo mi decepción cuando me anunciaron que, por edad, ya no me estaba permitido asistir al hamán de mujeres con ella y con mi madre.

—¿Qué es el hamán de mujeres? —pregunta Ulises.

—El hamán es un baño público, y están separados los de las mujeres de los de los hombres. A los niños se les permite asistir a los de mujeres hasta cierta edad.

—¿Y nunca os peleabais?

—Alguna vez.

—Yo recuerdo una vez que llegamos a luchar cuerpo a cuerpo, solo una vez, y recuerdo bien el motivo.

—Pues yo no —dice Yamal—. Sí recuerdo la pelea, pero no el motivo.

—Fue por lo del hundimiento del *Titanic*, ¿no lo recuerdas? Yo había estado leyendo con mi padre un libro que explicaba lo ocurrido, el fallo técnico por el que el barco se había hundido, y te lo conté a ti, Yamal, y te dije que era impresionante pensar que, si no hubiera habido ese fallo técnico, el barco no se habría hundido y todas las víctimas estarían vivas y contentas. Y tú me dijiste que no, que aunque no hubiera habido ningún fallo técnico, si Alá hubiera querido, el barco se habría hundido. Yo discutí hasta la desesperación. Por lo visto, ya creía en la ciencia y en la mecánica.

—Lo recuerdo bien, te tiraste sobre mí como una leona. Yo era más metafísico y creía más en las fuerzas celestiales.

—Si ahora discutiéramos quizá llegaríamos al mismo resultado.

—Me temo que sí, es mejor no probarlo.

—¿Por qué viniste a España con tus padres? —pregunta Yacir.

—No vinimos a España, fuimos a Francia —corrige Dorotea—. Y en ese momento no lo vivimos como una separación definitiva. Teníamos la seguridad de que volveríamos a encontrarnos.

—Los padres de Dorotea me prometieron que pasaría las vacaciones con ellos. Me pagaban también el Liceo Francés y yo me sentía erróneamente más cerca de ellos que de los míos.

—¿Cómo es la vida en el desierto? —pregunta Ulises a Yamal—. Yo no me imagino viviendo allí.

—Al principio tampoco fue fácil para mí. Lo viví como un destierro. Me habían alejado de todo lo que yo amaba por un tiempo impreciso. Hasta entonces, yo había confiado en que Dorotea y yo seguiríamos unidos, que nos escribiríamos siempre y que viajaríamos uno a la tierra del otro. Sin embargo, allí no encontré ni papel para escribir. Me parecía que carecía de todo y que nunca podría salir de esa soledad. Al principio lloré, me desesperé, pero más tarde me rendí y empecé a escuchar el lugar, a relacionarme con el entorno. Con el paso del tiempo, y con ayuda de mi tío, comprendí que era un ser privilegiado. «Un pasajero de primera» —añade dirigiéndose a Yacir—. A veces, esos cambios rotundos en la vida se convierten en un aprendizaje profundo.

—Lo que le ocurrió a Yacir con el mar es distinto, aunque tú dices que también aprendió —dice Melika—. El mar es un asesino —añade con tono feroz y lágrimas en los ojos—. El desierto te dio a ti una nueva vida, pero el mar nos quitó a nosotros todo sin darnos nada más que dolor.

Se hace un silencio. Dorotea está a punto de intervenir, pero desiste. Después habla, pero Ulises capta que lo que dice no es lo que calló.

—El desierto también infunde temor. Es bello y peligroso. ¡Cuánta gente ha perecido en el desierto por falta de orientación, por sed, o por agotamiento!

—Pero eso les pasa a los que se aventuran sin estar preparados.

—En el mar mueren también muchos incautos —añade Yamal—. El hombre que nos conducía en aquella patera era uno de ellos. Pero no siempre se trata de imprudencias. A menudo, las personas que mueren en estos elementos parecen estar muy preparadas para resistir, pero ocurren accidentes, como el del *Titanic*. Podemos controlar lo que nos ocurre hasta ciertos límites, pero la naturaleza es siempre más poderosa.

—Y la técnica a veces falla.

—¿Quién se atreve a sostener lo contrario? —propone Yamal riendo.

—¿Por qué la naturaleza quiere matarnos?

—No creo que la naturaleza quiera tal cosa, Melika. Ella actúa

impulsada por los elementos, como el viento o las trombas de agua. Ella se ve empujada y no mide las consecuencias. No hay en la naturaleza una crueldad deliberada que nos conduzca a la muerte. Estamos en un planeta en cambio constante, y ello resulta en sí peligroso. En nuestra vida debemos desarrollar todas las posibilidades que nos ayuden a subsistir, pero, de una forma u otra, algún día acabaremos. Y no será por causa de un castigo ni de una crueldad arbitraria ni un error. Se trata de la ley de vida. Hemos nacido para resistir hasta donde nos sea posible, y por ahora no se ha inventado una fórmula de inmortalidad.

Ulises observa a sus amigos. Cada uno está examinando interiormente las palabras de Yamal.

—Cuando llegué de niño al desierto, me costó mucho dejar de compadecerme de mi destino. Me gustará que estos dos chicos también lo consigan. Es nuestra obligación enseñarles a vivir en la verdad, esa verdad que todos conocemos y que nos pasamos la vida tratando de ocultarnos unos a otros. Por culpa de ello, Yacir ha vivido la muerte de su hermana y de su amiga Samia como una crueldad del mar, y no tiene nada que ver con eso.

—Pues Melika también lo dice.

—A Melika le pasa lo mismo que a ti, Yacir. Quiere buscar un culpable a su dolor, pero no existe un culpable. Todos sabemos lo que es la vida, y también que pende de un hilo. Tenemos que intentar no arriesgarla, a menos que sea absolutamente necesario para seguir viviendo. En vuestro caso lo era, y Melika y tú habéis sobrevivido y estáis trazando para vuestras vidas un futuro que estabais lejos de poder alcanzar si no hubieseis tomado el riesgo. La pequeña Aisha, y también Samia, vieron interrumpida su vida en ese lance y ahora están en otro plano. No te preocupes, que nada se pierde, su energía seguirá circulando por algún lugar.

—Sin embargo, yo pienso… —empieza a intervenir Dorotea.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —La voz de Yacir tiene un deje de angustia.

—Por supuesto.

Ulises ha permanecido callado escuchando. Poco a poco va haciéndose una idea de la tragedia vivida por Melika y Yacir.

—¿Visitasteis a tu familia? —Yacir de pronto parece alegre, pero Ulises nota que trata de disimular la pena, quizá para no romper en

llanto.

—Solo conocí a un hijo de Yamal, en el próximo viaje conoceré a otros. Esta vez ha sido una escapada excesivamente breve.

—Es difícil encontrarse con todos. Andan muy dispersos por el mundo, cada uno ha buscado su lugar allá donde necesitan los conocimientos que ha adquirido.

—Conocí también a Yamila, una nieta de Yamal, que estaba visitando a su tío durante sus vacaciones. Le gustan los animales y lo ayudaba en el pastoreo. Trataremos de que venga a pasar aquí las próximas vacaciones. Estoy segura de que vais a congeniar. Espero que tú también puedas estar con nosotros, Ulises.

—Mi padre también murió en el mar —dice de pronto Yacir, volviendo al tema como si quisiera cerrar una obsesión.

—Si hubiera muerto, también habría sido por imprudencia o porque lo esperaba el destino, no por la crueldad del mar. El mar es como es, y todos lo sabemos. Tenemos que hablar, Yacir, tengo cosas que contarte.

Ulises imagina que Yamal y Yacir saldrán a pasear solos y que él estará excluido de esa conversación.

Poco después, sus sospechas se confirman. Dorotea le propone que vaya a hacer la compra al pueblo. Le da una lista para el mercado y le presta para ello su bicicleta. Ulises se guarda la lista y el dinero en la mochila y arranca con un impulso cuesta abajo. Le sabe mal no estar con Yacir y Yamal, pero también le gusta que le confíen responsabilidades. Ha aprendido a elegir el pescado fresco y, cuando él va a comprar, puede decidir la fruta y la verdura a su antojo.

Dorotea tiene que hablar a solas con Melika mientras Yamal se ocupa de Yacir. Se han repartido la tarea de informar a la madre y al hijo de su encuentro con Yusuf. No es tarea fácil, pero han meditado mucho en cómo hacerlo. Entran las dos mujeres en la habitación de Dorotea, que descorre los visillos y ofrece asiento a Melika en la zona acristalada.

La cocina siempre ha sido un lugar de cháchara para ellas, pero en esta galería, donde nadie las interrumpe, se han desarrollado sus conversaciones más difíciles y profundas. Aquí Dorotea ha consolado y sostenido el ánimo de su amiga durante el primer año de convivencia. Ahora Melika está asustada, y Dorotea es consciente

de su nerviosismo.

—¿Qué pasa? —pregunta Melika con voz temblorosa.

—Es bueno, lo que te quiero comunicar, aunque también es triste.

La mirada de Melika sigue ansiosa.

—¿Yusuf?

—Sí. Lo hemos visto, Melika. Está vivo.

El cuerpo de Melika tiembla, sus ojos se endurecen.

—Entonces todo es culpa suya porque nos abandonó. ¿Vive con otra mujer?

—Está enfermo, Melika. No se puso en contacto con vosotros porque no ha logrado salir adelante. Está enfermo y piensa que no tiene nada que ofreceros.

—¿Vive con otra mujer?

—Una mujer lo cuida, pero él solo piensa en ti y en sus hijos.

—¡En sus hijos! ¿Sabe lo de Aisha?

—Se lo dijo Yamal. Estuvo hablando mucho con él. Lo hizo con cuidado porque está muy delicado. Lloró mucho por la pérdida de Aisha, y por tu sufrimiento y el de Yacir. No se perdona no haber triunfado, no quería que lo vierais en el estado en que está. Prefería que lo dierais por muerto. Permanecimos un par de días con él. Creo que si lo traemos aquí lo podríamos ayudar.

—¿Y la otra mujer?

—Es una buena mujer. Ella sabe de su amor por ti y por su familia. Lo ha estado cuidando solamente, sabiendo que si él mejorara, te buscaría.

—Tengo miedo por Yacir y tengo miedo por mí. Ahora estamos bien, pero ¿qué nos va a pasar?

—No lo vamos a hacer de cualquier forma, Melika. Creemos que primero deberías ir tú a verle para que juntos podáis tomar alguna decisión. El tema es vuestro, aunque por supuesto os queremos ayudar. Yamal está informando a Yacir de que su padre vive y de las condiciones en que se encuentra.

—Yo quiero ver a Yusuf, mi vida está incompleta sin él, pero tengo miedo, Dorotea. Él quería tanto a la pequeña Aisha… Me va a culpar por su muerte…

Melika llora y tiembla.

—No temas. No te culpa de nada. Se siente culpable él mismo.

Yo creo que su enfermedad se ha acelerado por esa terrible sensación de impotencia y de fracaso. Es un hombre vencido. Está destrozado.

El viento del sur sopla y agita las ramas de la buganvilla. Melika se seca las lágrimas que resbalan por sus mejillas.

—¿Qué te parece si nos preparamos un té y lo tomamos en la cocina? —propone Dorotea—. Tenemos que estar en forma para cuando llegue Yacir.

—La otra mujer tiene que dejarlo…

—Espérate a conocerla, a conocer a todos los que conviven con él y la situación en que están. Eso te ayudará a comprender muchas cosas.

—Todo se acaba… ¡Qué va a ser de nosotros!

—No se acaba nada. La vida sigue con los nuevos elementos que van apareciendo en ella. El tema de Yusuf lo tenías pendiente de solución. Creo que este es un buen momento para afrontarlo porque estás ya muy recuperada.

—¿Dónde vamos a vivir?

—Eso ya lo iréis viendo. Mientras construís vuestra vida, tenéis esta casa y nuestro apoyo. Primero, Yusuf tiene que recuperarse; después, Yamal lo ayudará a buscar trabajo.

—Me gustaría irme antes de que regrese Yacir.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que él venga conmigo.

—Hazlo como quieras, Melika, pero yo creo que sería mejor esperarlo y explicarle que deseas ir tú sola.

—No lo entendería. Ayúdame, Dorotea, tengo que irme ya.

—Los autobuses para Algeciras no salen hasta mañana por la mañana.

—Me quedaré a dormir en casa de Fatiya, no se lo digas a Yacir.

—Ya sabes que no me gusta mentir. A ti no te gusta que Yacir lo haga. No caigamos en lo mismo.

—Es que no sé qué hacer, Dorotea.

—Espera a tu hijo y habla con él. Seguro que entre los dos encontraréis la solución que más convenga. Yacir es un chico maduro, y Yamal le habrá explicado la situación. Deja que participe de forma activa, aunque no vaya contigo. Pienso que es bueno que estéis unidos en la decisión a seguir.

—Déjame pensarlo.

Melika se pone en pie intranquila. Dorotea la oye dirigirse a su habitación y allí preparar una bolsa con lo imprescindible para el viaje. Comprende su nerviosismo y admite que no puede hacer nada por retenerla.

—Me voy, Dorotea. Dame la dirección. Esto es algo que tengo que solucionar yo sola. No me gusta que esté con otra mujer.

Dorotea le tiende un papel con la dirección y le da alguna explicación de cómo encontrar el lugar.

—¿Quieres que te acompañe a algún sitio?

—No, quiero ir sola. Dile a Yacir lo que te parezca.

Melika sale precipitadamente de la casa y baja andando la cuesta. Hace dedo para ir a Zahara. Los vecinos siempre paran porque se conocen. No quiere hablar más antes de encontrarse con Fatiya, que ha vivido y sufrido tanto como ella, que es paisana suya y cuyas raíces pertenecen a un sistema de vida común. Los consejos de Dorotea pueden ser acertados, pero ella necesita contrastarlos con su amiga. En cuanto ha sabido que Yusuf aún vive, se han trastocado los cimientos que había ido construyendo con la ayuda de Dorotea. Ahora ella vuelve a ser una mujer casada y cambian sus responsabilidades. Su vida le pertenece, nadie puede intervenir en ella. Piensa en Alicia, la madre de Ulises, con la que tan bien se entendió por teléfono, y cree que ella podría ayudarla mejor que Dorotea. En la voz de Alicia, que es más joven, ella reconoció sentimientos con los que se puede identificar y que tenía muy olvidados, como las ganas de luchar por algo dirigida desde las entrañas, desde los celos, el deseo y la frustración. Ella vuelve a estar viva, con todos esos sentimientos a flor de piel. No le sirven los consejos de Dorotea. Seguro que Fatiya va a entender lo que bulle en su interior.

Melika no envía noticias, y Yacir siente renacer en él el rencor hacia su madre.

—Hace ya tres días que se fue Melika y ni ha llamado ni se puede contactar con ella porque tiene el móvil desconectado —refunfuña.

—Quizá no tenga cobertura… —Trata de tranquilizarlo Dorotea.

—Podría haber llamado ella, siempre se puede desde algún sitio.

—Ya sé que estás deseando tener noticias de tu padre, pero debemos tener paciencia.

—¡Siempre me toca a mí tener paciencia! No me parece justo que Melika no me haya esperado. Quiero ver a mi padre, ¡tengo derecho a verlo!

Ulises entiende a Yacir en eso de tener derecho. Eso lo ha pensado él muchas veces. A los adultos parece que no les importen sus sentimientos.

—Me parece que te equivocas, Yacir, en lo de la paciencia. Creo que tu madre y yo hemos tenido también mucha paciencia contigo. A veces no es fácil tomar decisiones que se ajusten al gusto de todos. —Dorotea está seria—. Han ocurrido muchas cosas desde que se marchó tu padre. Para volver a formar una familia tienen que encontrarse primero ellos dos en la nueva situación.

Yacir no para quieto. Da patadas a los muebles y golpea la pared con los puños.

Dorotea lo deja hacer. Piensa que es bueno que desahogue la rabia que ha ido acumulando.

—¡Vaya mierda de familia! Entonces, yo no soy nadie, como si no existiera.

—Al contrario, Yacir. Tú eres todo lo que tienen, la razón de sus vidas. Por ti sobre todo tienen que procurar hacerlo bien.

Yacir emite un ligero gruñido y empieza a retirarse, pero Dorotea lo retiene.

—Me encontré a tu profesora, Yacir. Se queja de tu comportamiento en clase.

—No me interesa lo que me enseñan.

—Pues tienes que hacer un esfuerzo para que te interese. De lo contrario, tendrás que repetir el curso que viene.

—No pienso volver al instituto el año que viene. Yo quiero irme al desierto con Yamal.

—Yamal es exigente, solo te llevará si te encuentra en condiciones. Si él te ve vagueando, no te va a llevar.

—Preferiría trabajar.

—Lo entiendo, pero antes tienes que cubrir una etapa de tus estudios. Luego, tus padres decidirán.

—A mis padres les importa un pimiento lo que me pase.

A Ulises le molesta el tono que emplea Yacir con Dorotea, pero ella no parece darle importancia.

—Podría dar clases de árabe —interviene Ulises—. A mí, por ejemplo, me encantaría aprender, y seguro que mis padres se las pagarían.

—Para ser profesor tiene que acabar los estudios. Si no se esfuerza en terminar esta etapa, se va a encontrar perdido —dice Dorotea levantándose para zanjar el tema.

—¿Cómo aprendiste tú el árabe, Dorotea?

Dorotea vuelve a sentarse para contestar a Ulises.

—Yo nací en Marruecos. Zulema, la madre de Yamal, fue mi nodriza y siempre me hablaba en árabe. Cuando jugaba con Yamal también nos entendíamos en ese idioma; después, cuando fuimos al colegio, incorporamos el francés, y mucho más tarde, y ya lejos de mí, Yamal aprendió español e italiano, y yo también aprendí inglés. Los idiomas nos han ayudado a ambos, pero para aprenderlos hay que hacer un esfuerzo. Conozco a marroquíes que llevan años viviendo en España y no hablan ni una palabra del idioma, y lo mismo ocurre con algunos españoles que viven en Marruecos.

Yacir se levanta y empieza a dar vueltas por la habitación como para demostrar que no le interesa el tema. Dorotea no hace caso y sigue conversando con Ulises.

—El árabe fue casi mi primera lengua, porque pasaba con Yamal y su madre más tiempo que con mis padres. Cuando nos fuimos a Francia, mi padre se ocupó de que tuviera siempre a alguien cerca que me hablara en árabe para que no lo perdiera, aunque el motivo principal por el que la lengua sigue viva en mí, es mi amor por ella.

—¿No te molestaba que tus padres estuvieran tanto tiempo fuera?

—A veces, sí. Y cuando quería justificar alguna tristeza me decía que no me querían lo suficiente. Con la perspectiva del tiempo, uno se da cuenta de que todo tiene sus ventajas. Mi relación tan intensa con Zulema y Yamal no habría sido posible si mi madre no me hubiera soltado en ese tiempo.

El coche de Yamal acaba de aparcar frente a la puerta de entrada. De él se bajan Marina y Amaro. Cada uno trae una bolsa con aletas y gafas de buceo.

—He traído a tus amigos, Ulises, para que vayas con ellos a la playa. Yacir y yo tenemos pendiente un pequeño viaje.

Yacir lo mira con inquietud.

Contempla con cierta envidia los preparativos de Ulises y de sus amigos para ir al mar. Le gustaría regresar a ese tiempo en que él disfrutaba con sus amigos, sin el peso de la angustia. Con la relación que está creciendo con Ulises, tiene la impresión de estar recuperando un poco esa ligereza que proporciona una amistad sin preocupaciones. Pero, justo ahora, aparece su padre, y siente otra vez el peso del temor a lo desconocido. Si por lo menos su padre estuviera bien y pudiera apoyarlo como antes…

Yamal le pone la mano en el hombro.

—Ahora te toca vivir esto, Yacir. Tienes que seguir afrontando los temas de tu vida a medida que se van presentando. Prepara tu mochila, dentro de un rato saldremos para Tarifa. Vengo de estar con tus padres y han decidido que ya es tiempo de que te reúnas con ellos.

A Yacir le tiemblan las piernas mientras sube la escalera. Encuentra a Ulises en la habitación. Marina y Amaro se han quedado esperándolo en el jardín.

—Me gustaría quedarme contigo, Yacir.

—Voy a ir a ver a mi padre.

—Espero que tengas suerte y lo encuentres bien.

—Dile a Marina que un día iremos a la cueva de la montaña.

Ulises se alegra de la decisión de su amigo, y Plaf da un ligero ladrido de contento como si quisiera expresar los sentimientos de su amo.

Amaro llama desde abajo.

Ulises y Yacir se despiden con un abrazo.

—Regresa pronto —dice Ulises—. Yo ahora me retiro para que no suba Amaro, porque supongo que prefieres estar solo.

Los tres amigos pasan un día despreocupado y alegre. Al no disponer de la barca, se olvidan de la cueva y nadan y bucean cerca de la orilla. Cuando a Ulises le entra frío, sale a jugar a la pelota con Amaro. Marina está contenta y no pelea con su hermano, pero procura captar la atención de Ulises y le hace confidencias mientras Amaro juega con el perro. Aunque Marina solo tiene dos años más que él, al chico le parece mucho mayor por los entretenimientos que le cuenta que comparte con sus amigos y los amoríos entre unos y otros. A él no le atrae esa vida que tanto divierte a Marina, y que conoce por haberla observado también en su barrio en Madrid: chicos y chicas que se reúnen en las calles o en las plazas a beber calimocho, que es un brebaje asqueroso que le dieron una vez a probar y por poco le da algo. Aparte de tomar esos mejunjes, no hacen nada divertido más que estarse ahí y poner música a tope en los coches. No le importa que le digan que es pequeño y que ya se acostumbrará cuando sea mayor. Él no piensa acostumbrarse, quiere seguir divirtiéndose con lo que a él le gusta, que es patinar, correr, hacer escalada, lo que sea menos quedarse ahí parado bebiendo calimocho y haciéndose los chulos delante de las chicas.

—Eso te pasa porque nunca te has enamorado. Cuando te enamores, verás que ya no te importa nada más.

Se lo dice muy seria, con aire protector; pero no lo convence porque él ya está enamorado de Marina, y le apetece hacer con ella cosas divertidas como lo de explorar cuevas, bañarse, bucear, salvarla si un peligro se presenta… pero para nada reunirse en la plaza a pimplar calimocho.

—Esa es una forma de pasarlo bien, pero no solo hacemos eso. En verano, vamos con la familia a la playa y montamos las tiendas y trasnochamos cantando y bailando sevillanas; y las madres asan las sardinas en las brasas y los padres pescan y, si pica algún pez, lo asamos también; y se juega a las cartas, y nos reímos cantidad.

Eso le suena mejor a Ulises, aunque él tampoco se ve en una de esas.

—¿Tú sabes bailar sevillanas?

—Claro, voy a la academia, y Amaro también. Él tiene mucho arte con las palmas.

De vuelta a casa, Ulises prepara espaguetis a la boloñesa, que es su comida favorita y la única que sabe hacer. Comen los tres con apetito, y por la tarde juegan al Rummi hasta que viene Antonio a buscar a los dos hermanos. Dorotea está en la biblioteca consultando un planisferio celeste. Ulises se acerca y Dorotea le da explicaciones sobre los dos discos del planisferio y sobre cómo se ajustan.

—Estoy buscando —le explica—, la posición de las estrellas en esta noche de luna nueva. Puede ser la noche más adecuada para iniciarte en la astronomía porque, al no estar el cielo iluminado por la luna, las estrellas lucen más.

Y como Ulises se muestra interesado, Dorotea le comenta la curiosidad que siempre ha supuesto para el hombre descubrir su origen y su posición en el universo, y cómo la ciencia ha ido avanzando para encontrar pistas sobre ello.

—Pero no han llegado a nada definitivo, ¿verdad? —pregunta Ulises.

—No. No tenemos ni idea, pero se sigue investigando. La ciencia no se rinde, pero algunas veces da un paso adelante y dos hacia atrás.

—¿Por qué?

—Porque, por un lado, el hombre quiere saber pero, por otro, prefiere ignorar porque teme adentrarse en lo desconocido. Durante siglos, la humanidad se ha apoyado en creencias falsas como aceptar que la tierra era plana y no se movía, y en ese error el hombre basó su seguridad y sus doctrinas religiosas. Cuando ya se convenció de que la tierra se movía, prefirió interpretar que la sujetaban y movían los ángeles, y a los que no lo admitían, los llamaban herejes. Más de un científico acabó en la hoguera por sostener la verdad que había descubierto.

—Pero Galileo se retractó.

—No le quedó más remedio para evitar el destino de Giordano Bruno, por ejemplo, que vivió un siglo antes que él y murió quemado por persistir en sus descubrimientos.

—¿Qué fue lo que descubrió?

—Sostuvo que es la tierra, y no el cielo ni el sol, la que gira, tal como ya había descubierto Copérnico, a quien Bruno había leído con interés a pesar de que las teorías copernicanas no estaban admitidas por la Iglesia. Y Bruno, además de validarlas, dio un paso más y anunció que el sol no era el centro del universo, sino que era una estrella más.

—¿Y eso era verdad?

—No solo era verdad, sino que ahora sabemos que hay miles de millones de astros semejantes. Pero, además, Bruno imaginó que alrededor de cada una de esas estrellas podía existir un sistema planetario semejante al de nuestro sol, y que esos planetas podrían estar habitados por seres tan inteligentes o más que nosotros. La Iglesia rechazó sus hipótesis calificándolas de herejías.

—Yo me habría retractado, porque a él no le beneficiaba nada que lo quemaran.

—Él no pudo hacerlo. Le pareció más importante morir por sus ideas que abjurar de ellas. —Dorotea coge un libro de encima de la mesa y se lo tiende a Ulises—. He comprado este libro para que lo hojeéis tanto Yacir como tú. A él también le interesa lo que se refiere al espacio y al universo, aunque tiende más a la observación del cielo que a la lectura; pero creo que a ti te va a interesar la historia de estos grandes científicos, de sus vidas y sus hallazgos.

—¿Me lo puedo quedar unos días?

—Sí, claro, por eso lo he traído. Es un buen libro para combinarlo con la *Odisea*, que te muestra una forma primitiva de cómo el hombre imaginó y ordenó las fuerzas que nos gobiernan. Siglos más tarde, cuando se empezaron a descubrir los planetas, los bautizaron con los nombres de los dioses de la mitología.

Ulises recoge el libro que le tiende Dorotea, *Con el cielo en el bolsillo*. Está deseando enfrascarse en él. Es cierto que él disfruta leyendo y que a Yacir no lo ha visto una sola vez con un libro en las manos. Pero Yacir percibe la información de otra manera, seguro que las estrellas le hablarán en el desierto. La admiración de Ulises por su amigo sigue en aumento. Se retira a su cuarto contento, deseando adentrarse en esas historias y saber qué es lo que descubrieron los científicos a lo largo de los siglos, cómo acertaron y cómo se equivocaron. El título del libro le parece atractivo.

Dorotea camina por Zahara con semblante preocupado. No sabe a quién pedir cuentas por tanto sufrimiento. El día anterior estuvo en Barbate y vio a los hombres paseando por las calles del pueblo, en el Paseo Marítimo, *aburríos*, como dicen ellos, desesperados, impotentes tras buscar inútilmente trabajo, sin dinero que llevar a sus casas: caras con ojos apagados, con mejillas chupadas. Sabe que a la menor oportunidad surgirá la alegría, porque la llevan dentro y brota hasta en el dolor, pero hoy es un día triste. Se anuncian nuevas restricciones de pesca en Marruecos. La barca que con tanto sacrificio compraron irá al desguace, porque sin trabajo es imposible mantenerla. Y las mujeres en las tiendas piden de fiado, compran lo justo, lo esencial, porque no entra dinero y todos tienen necesidad; y se apañan haciendo una chapuza, o la limpieza de una casa de vez en cuando, pero nada fijo y seguro. Y así, ¿cómo pueden seguir? En Zahara ocurre algo parecido. Se acabaron la pesca y la construcción. En el mercado de Barbate las conversaciones giran todas en torno al mismo tema: «¡Ya ver cómo afronto yo la hipoteca!»; «¡Tú al menos tienes a tu madre, que yo la perdí!»; «¿Y qué puede hacer mi madre con una sola habitación y nosotros con cuatro hijos?»; «Y mi marido desesperadito está, mano sobre mano, que ni al bar puede ya ir».

¿Cuánto tiempo podrán aguantar? ¿Cuánto tiempo, escuchando en las noticias los robos impunes de los poderosos, de los banqueros, con desfalcos de millones? Esa indecencia todos los días en los diarios y, a la vez, tanta gente perdida, sin trabajo y sin esperanza.

Las voces se le van metiendo dentro, y oye a las mujeres incluso cuando están en silencio. Conoce sus historias, sus vidas: «¡Yo estoy que me pierdo, pero mi marido ya ni tiene la cabeza en caja!».

Se encuentra con Leocadia. Se saludan.

—¿Está Jero en el bar?

—Y ¿para qué va a ir al bar? ¡Digo!, si no tiene un céntimo que gastar. Anda todo el día tendido como un atún.

—Lo buscaba para encargarle una chapuza.

—Puede que lo encuentre en la playa. Se coloca al lado de algún pescador para mirar al mar y darle palique. Ahora hasta los furtivos están más perseguidos que nunca, como si nos quisieran matar de hambre.

Dorotea recoge los lamentos. ¿Qué va a pasar? La guasa ya es otra, más amarga, enfrentada a un océano de carencia, de dolor, de insatisfacción, de angustia. La ola puede desbordar en cualquier momento. Puede surgir el tsunami agazapado y devorar todo lo que se ponga por delante. La gente quiere vivir. No están dispuestos a dejarse morir a fuego lento. El mercado manda, y los políticos están sometidos a él, por eso todas las palabras que pronuncian, lo que ofrecen, es papel mojado, no vale nada.

—Hola, Ulises, ¿qué haces tú por aquí?

El chico ha aparecido a la vuelta de una esquina.

—Te estaba buscando. Quería estar contigo.

A Dorotea le encanta la sonrisa de Ulises.

—¿Echas de menos a Yacir?

—Me apetecía verte.

—Voy de visita, ¿quieres acompañarme?

Ulises no parece muy entusiasmado, pero estaba buscando compañía y acepta la propuesta con tal de no quedarse solo.

Dorotea se detiene delante de una niña pequeña que está saltando a la comba en la calle. Escucha la canción que la niña canta para mantener la secuencia de los saltos.

> Úrsula ¿qué estás haciendo
> tanto tiempo en la cocina?
> Señora, le estoy quitando
> las plumas a la gallina.

La niña para de saltar y saluda a Dorotea.

—Hola, Alejandra. ¿Está tu madre?

—¡Mamá!

—¡Ya voy!

María se asoma a la puerta secándose las manos en un delantal sucio de pescado.

—Aquí ando, apañando el pescado.

Dorotea se acerca a besarla y le presenta a su ahijado Ulises.

—Di me, ¿cómo van las cosas?

—Van como van. Ese, sin encontrar trabajo, y yo, con las tripas revueltas.

—Te dije…

—Ya lo sé, Dorotea, pero ¿cómo? ¿Cómo hago yo para no preocuparme si la situación está como está?

—Te ofrecí mi ayuda para ir pagando los plazos hasta que podáis afrontar la hipoteca.

—¿Y si no podemos?

—Con ello cuento. Ya nos preocuparemos de la siguiente solución entonces.

—¡Ay, Dorotea! ¡Yo no sé lo que me entra…!

—La condición para echarte una mano es que dejes de darle vueltas al tema, ya sabes que la criatura está sufriendo toda la angustia que le mandas.

—¡Si es que no sé ni cómo arreglarme! Y esto —señalándose el vientre— me viene por demás.

—¡María!

—Perdona, Dorotea, tienes razón. —Enderezándose—. Saldremos adelante, Juan va a encontrar trabajo y todo irá bien. Mi madre me ha ofrecido ayuda, además. Ella tiene sus ahorros y dice que para qué los quiere.

—¿Ves?

—Si es que cuando me pongo así, lo veo todo negro. Anda, pasa, que está mi madre dentro y le gusta verte.

—Y a mí a ella.

Si las plumas son de oro,
no las vayas a tirar,
para hacerle una corona
a la Virgen del Pilar.

Alejandra sigue saltando mientras mira a Ulises de reojo. Ulises entra en la casa con Dorotea.

Antonia está sentada en una silla baja y sonríe a la visitante.

—¡Vaya un acompañante que traes! —dice, besando a Ulises, que se ha acercado a ella—. Estaba escuchando la canción de mi nieta. Se la enseñé yo. Así saltábamos las chiquillas en mi época. Y ¡anda que no habré quitado yo plumas a las gallinas! ¡Y a los pavos! Todas las Navidades, nos reuníamos la familia y matábamos tres o cuatro pavos A mí me encantaba matarlos. Yo, ahora mismo, si tuviera un pavo, lo mataba.

—Pero son otros tiempos, madre. Ahora ya no tenemos ni pavos ni nada.

—Son otros tiempos, sí. Mucho más fáciles que los que nos tocaron vivir a nosotras, ¡dónde va a parar! Vosotras le llamáis a esto miseria porque no la habéis conocido. Ahora vais al supermercado y lo traéis todo limpio y troceado. No conocéis lo que es el trabajo y andáis siempre con quejas.

—Tiene razón mi madre. La verdad es que la gente de su generación tuvo una vida durísima.

Antonia vuelve a sonreír.

—Me acuerdo de la tía Mercedes, que era más mala que un dolor. Ahora, que a fuerte no la igualaban. Iba todos los días andando hasta Barbate, unos dieciocho kilómetros, con carne y pan en una canasta en la cabeza, para vender en el pueblo. Entonces no había puente para atravesar el río y se tiraba agua hasta el pecho…

—¿Eso qué quiere decir? —pregunta Ulises.

—Pues que cruzaba el río andando, llegándole el agua hasta al pecho. Iba con otras mujeres: la morena, la negrita, la dolorosa, la chata Elvira…

—¡*Joé*! Y ¿en invierno también?

—Pues claro. Tenían que ganar para comer. Por eso te digo yo que estos tiempos no tienen comparación con aquellos.

—¿Y por qué era tan mala?

—Era malísima. Se trataba de mujeres bravas, hay que entenderlo. Pero ella era especial. Siempre andaba metida en líos y barañas. Le dio un día una paliza a una mujer, y le metió la cabeza entre las piernas y le arrancó todos los pelos.

—¡Qué bestia! —Ulises se estremece—. ¿Y por qué hizo eso?

—Porque el hijo de esa mujer pretendía a su hija y a ella no le gustaba.

¿Y qué culpa tendría la madre? Ulises querría seguir indagando,

pero se contiene para no cortar el hilo de la historia. Su madre siempre le ha dicho que es un pesado y que haciendo tantas preguntas no deja acabar los relatos.

—Ahora es diferente, las cosas se lidian de otra forma. Pero la maldad sigue existiendo. Hay gente que se comporta muy malamente, pero no lo hacen tan a las claras como entonces.

Alejandra sigue cantando y saltando.

Antonia sonríe.

—Está cantando el repertorio para ti —le dice a Ulises, que se sonroja—. Es muy lista la Alejandra. Todo lo aprende. Y no me equivoco, *quillo*, que ese canto te va dedicado.

Llaman con los nudillos a la puerta, que está abierta.

—¿Se puede pasar?

—Pasa, Victoria, aquí estamos con la Zaharahui, hablando de tiempos pasados.

Se ríen. Victoria es una mujer guapa.

—No llames a Dorotea Zaharaui, que es de las nuestras.

—Anda, y eso qué tiene que ver. Es una venida de fuera que se ha hecho del lugar. Eso es lo que quiere decir Zaharahui, ¿no?

—Lo que quiero decir es que más que Zaharahui parece zahareña. Aunque en el pasado esas distinciones no se hacían, eso es cosa de ahora. ¿Y quién es este chaval tan guapo?

—Es Ulises, mi ahijado.

—Pues sí que estás tú bien rodeada… entre Yacir, que también se las trae, y este…

Ulises vuelve a sonrojarse.

—¿Y de qué tiempos habláis?

—Del tiempo de la tía Mercedes, cuando cruzaba el río andando.

—Eso es muy remoto. ¡Anda, y que no hay temas para hablar de las cosas de hoy en día! Yo lo recuerdo bien, más adelante ya tuvimos la barca pasaje que se utilizaba para cruzar el río. Antonia y yo siempre fuimos muy amigas, y había otras. Me viene ahora el recuerdo de Catalina *la Gamba*, que vivía en el barrio marinero, rubia, con ojos azules. Íbamos a por agua a la Fuente Santa, a varios kilómetros. Íbamos todos los días, andando.

—Hasta que te fuiste a Madrid con María Luisa, la Señorita de Zahara.

De nuevo risas.

—¿Por qué la llamaban así?

A Dorotea le gusta el interés siempre despierto de Ulises.

—Pues yo qué sé, porque ella no era de aquí, pero se hizo ama del lugar. ¡Lo que es el dinero! Ella llegó a una residencia de Retín con cuatro amigas. Venían de vacaciones. Y ahí conoció a William Thompson, un inglés afincado aquí, y se enamoraron. Se casaron ya mayores los dos. Él murió el diez de noviembre del cuarenta. Unos meses antes se quedó *atarao* con el caballo en el Cachón.

—¿Qué quiere decir «*atarao*»?

—Pues que cruzaba con el caballo el río Cachón y el caballo se quedó hundido en el barro y no podían salir. Los tuvieron que sacar, y el Thompson lo pasó mal. No sé si a consecuencia de eso, pero el caso es que él murió pocos meses después.

—¿Y ella se quedó viviendo en Zahara?

—Ella vivía en Madrid y venía con frecuencia. Está todo Zahara plagado de referencias a ellos. La calle Thompson, la calle María Luisa… aunque ella no se llamaba así. Se llamaba María Adelantado Ballester, pero al romper con el Thompson dejaron de llamarla así.

—¿Dejaron de llamarla así porque se separó del Thompson?

—No se separó del Thompson, ¡qué dices tú, chiquillo!

—Como dices que rompió con el Thompson.

—Aquí «romper» significa casarse. Y desde entonces hizo que la llamaran María Luisa Thompson.

—¿Por qué María Luisa? —pregunta esta vez Dorotea.

—Porque le gustaba a ella. No debía gustarle lo de María Adelantado.

—Aquí se dedicaba a traer camiones de comestibles y a repartirlos entre los más pobres.

—Eso está bien, ¿no?

—Sí, pero era muy tirana.

—Yo trabajé varios años para ella aquí y en Madrid. En Madrid, yo cenaba todas las noches huevo pasado por agua y una patata cocida. Y en esa casa entraba de todo, pero a mí me obligaba a cenar eso todas las noches.

—La María Luisa apadrinó a varios niños de Zahara y adoptó a una niña.

—A la niña la vestía como a una rica, pero la niña no la quería.

—Y todos los años le compraba a Vardel equipos para los

marineros: botas, impermeables, cosas de esas. Hasta que descubrió que los marineros lo volvían a vender a Vardel para conseguir dinero. Entonces montó en cólera y ya no los repartió nunca más.

—Cuéntale a Dorotea lo de la Feria del Libro de Madrid —apremia Antonia a Victoria.

—Yo creo que ya se lo conté, pero lo contaré para el niño, que parece que le gustan nuestras historias. Todos los años yo iba con María Luisa a la Feria del Libro. Ella miraba muchos libros, echábamos el día entero. Yo, la verdad, es que me cansaba bastante porque nos pasábamos todo el día andando por la feria entre casetas, y ella iba diciendo: «Estos libros (y elegía unos cuantos de cada caseta) me los mandan a casa» y daba su dirección. Y luego, cuando llegaba la entrega de libros a la casa, me mandaba decir que se los llevaran, que no los quería.

—¿Y por qué hacía eso?

—Pues porque era así, hijo, tú eres inocente y no sabes que a veces son así las cosas. Yo, cada año, ya sabía lo que iba a pasar porque siempre hacía lo mismo, pero ¡qué le íbamos a hacer!

—Pero entonces, ¿era buena o mala?

—Según como lo mires. A la gente de aquí no le gusta la caridad cuando es dinero que te dan para que lo gastes en lo que ellos quieran, no en tus necesidades.

Alejandra ha dejado de saltar, y no la ven a la salida. Dorotea y Ulises caminan por las calles de Zahara cada uno inmerso en sus pensamientos: Dorotea sigue preocupada por la situación actual, de nada le sirve que hayan existido situaciones peores en el pasado, Mientras que Ulises va dándole vueltas a lo del bien y el mal como fuerzas independientes. Le ha impresionado la historia de María Luisa, en la que esas fuerzas debieron de moverse como los vientos racheados de Zahara. Nunca había oído hablar de alguien que fuera tan contradictorio.

—¿Cómo has venido?

—En la furgoneta. ¿Y tú?

—Me acercó el padre de Rafa. Le pregunté por ti y me dijo que habías ido al pueblo.

—¿Te vienes para casa?

Ulises asiente, y por el camino indaga sobre lo que hasta ahora no se ha atrevido a preguntar:

—¿Por qué no tienes televisión en casa?

—Porque no me gusta y no me conviene.

—¿Por qué no te conviene?

—¿Recuerdas la historia que te conté sobre Yamal con Akorán en el desierto? Pues es algo parecido. Si yo hubiera tenido televisión en casa, tú, por ejemplo, cuando no hablabas con Yacir, te habrías enganchado a la tele. No habrías abierto ni uno de esos libros interesantes sobre la fauna marina que has estado leyendo. Y Yacir tampoco se habría ido a las rocas donde está resolviendo asuntos de su interior, ni Melika se habría sentado a conversar conmigo en la cocina tomándonos nuestro té a la menta. Y hoy no habrías venido a encontrarme. Todo eso son situaciones que la televisión se traga. La casa de Zahara ya no sería la misma. A eso se añade que a mí no me gusta la televisión. Prefiero recibir la realidad en vivo.

—Pero la tele tiene también cosas muy chulas. Sobre la fauna marina hay unos documentales estupendos.

—Seguramente tienes razón, pero renuncio a esos programas en aras de esa relación que se crea en la casa sin ese personaje poderoso dominándolo todo.

Ulises no parece demasiado convencido, pero acepta la explicación.

—¿Y tampoco tienes ordenador?

—No, tampoco.

—Eso sí que no lo entiendo. Con Internet tienes toda la información que quieras. Además, puedes comunicarte con amigos de todo el mundo…

—Tú y yo nos hemos encontrado sin necesidad de Internet, ¿no es cierto?

—Pero ha sido por casualidad. Si yo hubiera querido buscarte y tú no te hubieras puesto en contacto…

—Me gustan más las casualidades. Aunque tienes razón, hoy en día es muy difícil manejarse sin Internet porque todo el mundo lo utiliza y yo también lo hago. Tengo el ordenador en casa de Sally. Lo que yo no quiero es que devore mi tiempo libre, y por eso no lo tengo en casa. La casa de Sally es como mi despacho. Allí ordeno con ella todas las cosas de trabajo. Ella me hace de secretaria, y utilizamos los ordenadores para comunicar los nuevos proyectos, recibir las propuestas de conferencias, los programas de los

seminarios… Los temas de mi trabajo los redacto allí. En casa escribo a mano temas personales o cartas, también pinto… Ya verás, te estoy preparando una sorpresa.

Ulises enrojece y cambia rápidamente de conversación.

—¿Dónde vive Sally?

—En San Ambrosio, pero ahora está fuera. Se ha ido un mes a Londres a visitar a su familia. Nos hemos tomado las dos unas vacaciones. En esos periodos, que elegimos con antelación, Sally pone una nota en Internet informando de que estamos fuera. La verdad es que el ordenador tiene sus ventajas si no te dejas atrapar por él, como todo.

Plaf celebra la llegada de Ulises. El paseo cotidiano —mucho más largo seguramente por la ausencia de televisión— se ha convertido en un ritual imprescindible para ambos. Ni Plaf ni él están dispuestos a prescindir de las largas caminatas por la orilla del mar.

La playa está desierta, solo hay un pescador al fondo, del lado del faro. Plaf corre hacia él, ladrando, y Ulises se inquieta y lo llama. Corre él también. El pescador lo tranquiliza. A él le gustan los perros. El cubo que tiene a su lado está vacío, pero está empezando a recoger para marcharse.

—¿No has pescado nada?

—Nada.

—¿Y llevas mucho tiempo?

—Alguna que otra hora. Mira, *quillo*, yo soy de Jerez, y de allí aquí hay una tiradita, hora y pico tardo, por eso me estoy aquí el día entero.

—¿Aunque no pesques nada?

—Yo casi nunca atrapo un pez. Pero no es eso de lo que se trata, uno se pasa aquí el día tranquilo mirando el mar. Eso no se paga con dinero.

—Pero, pasas el rato esperando que pique alguno, ¿no?

—*Mira, picha*, aquí se cogen pocos bichos, pero si un día yo me llevo una dorada grande, me voy más contento que unas pascuas. A eso es a lo que aspiro. Pero con desearlo basta. Me conformo con un ballenato grande si aparece.

—¿Un ballenato?, ¿no decías que una dorada?

—Pues eso.

Ulises desiste de entender. Coge un palo del suelo y lo tira a lo lejos. Plaf se lanza detrás del palo.

—Adiós, tío. Muchas gracias.

—No hay de qué, chaval.

Hace una tarde apacible. La marea está baja y el cielo violeta se refleja en el agua de la orilla. Plaf y Ulises corren hasta hartarse. Cuando llegan a la otra esquina de la playa, dan la vuelta y Ulises vislumbra una figura que se acerca andando a lo lejos. El pescador ya se ha retirado. No puede distinguir quién es, pero el corazón se le dispara. Yacir percibirá energías del pasado, pero él las capta en el presente. Huye de la playa subiendo hacia el monte. Se acerca corriendo a la casa, donde espera encontrar el coche de Yamal aparcado a la puerta.

No está el coche, pero él ya se ha tranquilizado. En la casa hay luz. Dorotea está en la cocina. Se acerca para ofrecerle su ayuda. Sentado en el taburete está Diego, el vecino, con un vaso de vino en la mano.

Ulises saluda y pregunta por los viajeros.

—Todavía no sabemos nada.

Está impaciente por tener noticias. Tiene el presentimiento de que a partir de ahora las cosas van a cambiar su rumbo. ¿Regresarán Melika y Yacir acompañados de Yusuf? ¿Cómo será el padre de Yacir? ¿Querrá este seguir siendo amigo suyo?

—Toma —dice Dorotea tendiéndole un cuchillo—. Ve pelando esas patatas.

Ulises se remanga y empieza a pelar.

—En la playa me he encontrado con un hombre muy raro. Creo que es el que vi un día montado a caballo. Tiene una pinta extraña, muy agresiva.

—Pues ándate con ojo —le dice el Chorlita—. Dicen que ronda por aquí un narco de los malos. Parece que esperan algo gordo, la Guardia Civil está sobre aviso. La cosa está que arde.

—¿Y qué puede pasar?

—De lo que pueda pasar, nada se sabe. Lo importante es no andar por medio. Esa gente pude hacer lo que sea por la agonía que les entra.

—¿Qué es «por la agonía»?

—Quiere decir por avaricia —puntualiza Dorotea.

—¿Pueden matar?

—Sus armas llevan: navajas, cuchillos de monte… ¡Hombre!, si se ven *acorralaos*, actúan.

—Yo creía que eso solo ocurría en las películas.

—¡Anda, este! ¿Y de dónde sacan los argumentos? De la vida misma. Me recuerdas a un muchacho de Sevilla que conocí hace tiempo. —Chorlita se prepara para contar algo y Ulises sonríe. Le encantan las historias—. Andaba yo entonces en la construcción porque era tiempo de eso. Ahora ya se acabó, pero entonces todos teníamos trabajo, y bien pagado. Aquel día estábamos en Los Caños, levantando habitaciones para un hombre, como si fuera un hotel, habitaciones que él pensaba alquilar, y estábamos echando la solería de la azotea; con nosotros trabajaba de peón de albañil un muchacho de Sevilla. Y en eso vemos un helicóptero que daba vueltas por encima de nosotros, y daba vueltas y más vueltas. Y el chaval ese de Sevilla, empezó a asustarse. «¿Qué pasa?». Y yo le digo: «Que ¿qué pasa? Esos andan buscando una liebre, y pronto la liebre va a saltar». «¿Qué quieres decir?». «Que tarde o temprano van a dar con la presa, ya lo verás». El muchacho estaba con la boca abierta del susto mirando las vueltas del helicóptero. Y se veían unos botecitos en la mar, que eran como botes de pesca, y la lancha que buscaban se había parado ahí, entre los botes, escondida. Y yo se lo digo al muchacho. «Mira, ahí está la lancha». Y de pronto la descubre el helicóptero y empieza una persecución. Y era una lancha rápida de esas que tienen hasta tres motores, y la lancha enfila a toda velocidad, y el helicóptero detrás, y la lancha hace un quiebro para un lado, y lo mismo el helicóptero, y luego otro. El muchacho de Sevilla me escuchaba encogido del susto. «Es que yo esto no lo he visto nunca —me decía—, solo en las películas». Lo decía igualito que tú, por eso me lo has recordado. Y en una de esas, el helicóptero, al dar una vuelta, queda en vertical, con la cola metida en el agua y las aspas dando vueltas y lanzando el agua al aire como un surtidor. Y el piloto trata de remontarlo, pero no puede y se hunde con las aspas girando y levantando montones de agua. Y el muchacho sevillano ya no podía respirar del susto. Y salen dos hombres braceando del helicóptero con la angustia de que no los pillen las aspas y el disgusto del compañero que ha quedado atrapado dentro. Era el mecánico, tenía veintipocos años.

—¿Y se murió?

—Sí, claro que se murió. El sevillano dejó el trabajo y se volvió para su tierra. Dijo que él no estaba hecho para esas cosas.

—¿Qué pasó con la lancha?

—Salió pitando. Era rapidísima.

—Entonces, ¿no los cogieron?

—Se me hace que los cogieron unos días más tarde, pero de eso ya no estoy seguro. Lo que a mí se me ha quedado grabado es el susto del sevillano. Él se creía, como tú, que esas cosas solo se daban en las películas.

Cuando Diego se va, Ulises y Dorotea se sientan a cenar en la cocina. Ulises tiene hambre y aprecia el lobito con patatas que ha preparado Dorotea. Ella está también satisfecha y los dos comen con gusto. Ulises empieza a disfrutar la intimidad que está compartiendo con su amiga.

—¿Comprendes ahora por qué no me hace falta la televisión?

—¡Ya! Porque el Chorlita era como una televisión en vivo.

Dorotea se ríe con esa risa franca que tanto impresiona a Alicia. Ulises comprende que ha llegado el momento de hacerle todas las preguntas que trajo consigo desde Madrid.

—¿Tú crees que mis padres se van a separar?

—¿Por qué lo dices? Yo de eso no sé nada.

—Siempre están discutiendo.

—En ese caso, quizá les vendría bien separarse.

—Me han dicho que van a hacer un viaje con unos amigos y que a lo mejor se arregla la cosa.

—Un viaje con amigos no suele ser buena fórmula para arreglar los problemas de pareja. ¿A ti te disgustaría que se separaran?

Ulises alza los hombros.

—¿Y cuál sería una buena fórmula? —pregunta.

—Yo pienso en un cambio de actitud, por ejemplo. Aunque yo no soy experta en eso, más bien en lo contrario. Estuve casada una vez. —Se ríe—. Al cabo de dos años yo me subía por las paredes tratando de liberarme de esas cadenas que yo misma me había impuesto. Otras dos veces conviví sin casarme con hombres estupendos y tampoco funcionó. A veces las cosas vienen así. Si no funcionan, no hay que buscar culpables. La culpa aparece cuando las decisiones se aplazan demasiado. Quizá tus padres deberían

haberse separado hace tiempo, y podrían ser hoy buenos amigos.

—¿Tú eres amiga de tu ex?

—Ya casi ni me acuerdo de él. Como no tuvimos hijos, cada uno tiró por su lado.

Ulises no quiere dar la conversación por concluida.

—Podría no estar mal que se separaran, lo que pasa es que a mí me afectaría. No sé con quién me tocaría vivir ni dónde, o si me compartirían y tendría dos casas…

—Acuérdate de Yamal y de su adaptación al desierto. De todo se puede aprender. Tenemos la impresión de que la vida que estamos viviendo es la que nos corresponde, y que cualquier cambio puede descolocarnos. La vida es mucho más. Hay que estar abierto a los cambios.

Suena el teléfono. Dorotea suele tener el móvil apagado, pero en esta ocasión lo ha mantenido encendido por si llegaban noticias de Tarifa. Se retira para hablar. Cuando regresa parece compungida.

—Tenemos que apoyar a Yacir cuando vuelva, y también a Melika. Yusuf ha fallecido. Esperó la llegada de su hijo para marcharse. Estaba muy enfermo. No pudo recibir en su momento el tratamiento que necesitaba. El médico marroquí que lo exploró dijo que el cáncer ya lo traía cuando llegó en la patera. De hecho, Melika siempre me contó que parecía enfermo cuando se marchó; pero ella creía que era debido a que no estaba físicamente preparado para los trabajos tan duros que hacía.

Permanecen un momento en silencio.

—Era más que eso. Yo no pude verlo. Yusuf prefirió entrevistarse solo con Yamal. Yo me quedé con Fátima, la mujer que se mantuvo a su lado hasta el final. Me pareció una persona muy generosa. Ella tiene papeles y se ha arriesgado mucho escondiendo a Yusuf y cuidándolo. Me confesó que, cuando lo encontró, no tuvo corazón para dejarlo abandonado en el estado en que estaba.

—¿Cómo está Yacir?

—Parece que se lo ha tomado bastante bien. Había podido despedirse de él, y Yusuf se ha ido convencido de que encontraría a Aisha en el otro mundo.

—¿Tú crees que eso es posible?

—No tengo ni idea, pero por mi experiencia médica te puedo

asegurar que el final de Yusuf ha sido mucho más llevadero al haber podido despedirse de su mujer y de su hijo y pensar que va a reunirse con su hijita.

La noche invade de pronto la cocina.

—He estado mirando el libro que me prestaste. He comenzado por los científicos que me sonaban: Newton, Copérnico, Galileo, Hawking. El que más me ha interesado es Hawking.

—Es natural, porque pertenece a tu tiempo. Tu cerebro ya está preparado para recibir los nuevos descubrimientos. Si sigues la trayectoria de todos esos científicos, te das cuenta de que los que se adelantan a su tiempo son generalmente rechazados y la humanidad solo consigue alcanzar su descubrimiento cuando esta ya está preparada para recibirlo.

—Cuando imagino esos miles de millones de estrellas que sabemos que hay en el universo, y aunque solo hubiese las que vimos anoche por el telescopio, me entra vértigo como si nosotros no fuéramos nada.

—En realidad, cada uno de nosotros somos como ese complejo universo. En nuestro cerebro hay tantas neuronas y nexos entre ellas como estrellas en la Vía Láctea, la galaxia a la que pertenecemos. Es decir, como la totalidad de las estrellas que vimos en el cielo anoche.

—¿Y para qué nos sirven tantos nexos?

—Para ver, para andar, para hablar…

—¿Tú sabes cómo funciona lo que les ocurre a Yamal y a Yacir? ¿Tienen ellos algún nexo más que nosotros?

—Podría ser. Para mí eso pertenece todavía a lo desconocido.

Ulises bosteza y se estira.

—Creo que ya es hora de retirarnos —le dice Dorotea—. Además, la noche está nublada, y con el telescopio apenas veríamos estrellas.

Yacir, Yamal y Melika han llegado de Tarifa durante la noche. Por la mañana, Ulises descubre el bulto del cuerpo de Yacir en la cama envuelto en la sábana, y se levanta sin hacer ruido. Plaf está situado a los pies de Yacir como si se hubiera dado cuenta de que el chico lo necesita más que su amo. Se levanta también sin hacer ruido, estira las patas y sale de la habitación detrás de Ulises. El perro baja corriendo la escalera, pero Ulises lo hace con sumo cuidado, procurando evitar el crujido de los peldaños de madera.

Melika no está en la cocina. Al poco rato aparece Yamal, y después, Dorotea. Ulises ha preparado el café para ellos como lo hace a veces en su casa para sus padres, y él se sirve un tazón de leche con cereales. Los dos adultos están tan ensimismados que se olvidan de agradecerle el café que les ha servido y lo van saboreando despacio.

—¿Duerme Yacir? —pregunta de pronto Dorotea.

—Sí.

—Yamal y yo tenemos que salir, Ulises. Quédate tú para atenderlos cuando se despierten. No te pido que hagas nada especial. Actúa a tu aire.

A Ulises le parece una misión difícil, pero le produce orgullo que Dorotea se la confíe. Yamal parece no haberlo visto. ¿Estará en otro tiempo? Su cara no refleja ningún sentimiento concreto. Cuando termina el café, se levanta y sale de la habitación. Dorotea lo sigue. Poco después se oye el motor de la furgoneta y el ruido de las ruedas sobre la grava.

Ulises está fregando los cacharros sucios cuando nota que Plaf se levanta y mueve la cola. Yacir está en la puerta mirándolo.

—Hola.

—Hola.

Ulises no sabe dar un pésame; mejor dicho, conoce las palabras pero le parecen demasiado protocolarias para usarlas entre amigos.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien. Tenía ganas de hablar contigo.

Somos amigos, piensa Ulises, amigos de verdad, no como mis vecinos *skaters*, que son compañeros de juego, pero con los que nunca hablo de las cosas de dentro, solo bromeamos y discutimos. Yacir no va a hablarme de cualquier cosa, va a ser de algo que no puede decir a nadie más. Quizá incluso no pueda ni decírselo a Yamal.

—¿Quieres cereales?

—Sí, gracias.

—Después del desayuno nos vamos a las rocas y hablamos. Ahora no puedo. —Baja la voz—. No quiero que me oiga mi madre. No quiero que sepa que me he liberado… Bueno, luego te cuento.

Ulises está impaciente. Se le escapa una taza que está fregando, que rebota en el suelo sin romperse. Yacir se ríe de su cara de susto. Se ríen los dos. ¿Cómo es posible? Parece que sean más amigos que nunca. Y es verdad que en Yacir se nota un cambio, como después de ocurrir algo importante, una tragedia, pero que no lo ha marcado hacia abajo sino hacia arriba, como si fuera un capitán vencedor en una batalla con muchas bajas. Es una tragedia, pero también es una victoria.

Yacir da vueltas a lo que quiere contar a Ulises. ¿Sabrá contarlo? Ha podido recordar cómo era él antes de salir de su país. Las risas con Said, que lo separaron de la compañía de su hermanita Aisha, las palabras feas, el olor de los barrios por los que correteaban —y de las chicas a las que seguían, a veces agradable: a jazmín, a madreselva o a rosas; otras, más áspero: a coriandro y canela y comino—. El psicólogo de Tarifa le pedía que recordara, pero él no había podido adentrarse en esos recuerdos. El otro le decía que guardarse todo para sí le hacía mal, aunque Yamal lo tranquilizaba diciendo que los recuerdos volverían cuando estuviera preparado para recibirlos. Y él entonces no estaba preparado porque escocían como una quemadura en cuanto se acercaba a ellos. ¿Sería así el dolor de parto de las mujeres que tanto escándalo meten cuando sale un hijo de sus entrañas? Eso también lo ha recordado porque en el último barrio donde vivieron con Samia, las casas eran malas y los ruidos se oían todos y, cuando rondaba por ahí la partera, ya sabía él que habría una noche movida, y él lo oía todo, aunque su madre les tapara la cabeza con la almohada. Y a veces se confundían los gritos de la mujer con los insultos de la partera, que

recordaba a la parturienta cosas feas que ella había hecho para traer ese hijo al mundo, y le echaba en cara el goce que se había dado revolcándose, y el castigo con que había que pagar. De todo eso, él antes no sabía nada, porque vivía en una casa de pisos en un barrio de casas sólidas, y no se oían gritos ni nada. Pero Said le fue aclarando las cosas que él no entendía y le explicó qué hacían las mujeres y los hombres para traer hijos al mundo y muchas cosas más. Desde que se trasladaron a aquel barrio, su madre lloraba cada noche jurando que no perdería el honor, y a él le hacía jurar por Alá que andaría todo el camino hasta la escuela sin distraerse, y que llevaría a Aisha de la mano, y él le juraba lo que ella quería y dejaba a Aisha en la escuela con la intención de seguir después a la suya. De eso sí se siente orgulloso, nunca dejó a Aisha abandonada, pero a su escuela muchas veces no llegaba porque se iba en busca de Said, que siempre andaba por el puerto, y con él vivía aventuras, y no sabe cómo, su madre siempre lo adivinaba y le pegaba y le rogaba. Le decía que estaba aprendiendo cosas que no debía, y por la noche lo abrazaba y le pedía perdón por haberles llevado a ese lugar horrible y por no poder ella controlarlo como debía porque estaba nerviosa y cansada, reventada —decía— de tanto trabajar.

Yacir come con parsimonia hasta que oye rebullir en el cuarto de su madre, y entonces se bebe el resto del tazón y lo lava a toda prisa, haciendo un gesto a Ulises para salir de la casa en silencio. Tan apresurados salen que casi pisan el rabo de Plaf, que da un brinco para liberarse y sale detrás de ellos.

Melika escucha las pisadas de los chicos alejándose. Necesita la soledad. No ha dormido en toda la noche y no tiene ganas de levantarse. Ha oído también la despedida de Dorotea y Yamal y el ruido del coche deslizándose por la grava del jardín. Agradece el silencio que se ha instalado en la casa. Con la muerte de Yusuf, los recuerdos se han desatado y necesita vivirlos a solas y afrontarlos. Hasta este momento, los apartaba cada vez que querían dar la cara. Era demasiado doloroso recordar cualquier tema del pasado. Cuando se hacían muy apremiantes, acudía a Dorotea y le pedía que le contara cosas de su vida, de esa vida que a ella se le antojaba cristalina y limpia, pero que fue sabiendo por la propia Dorotea que no lo era tanto. Ella no quiere juzgar. Las mujeres europeas tienen unas necesidades y las marroquíes otras. Ella estaba satisfecha en la

quietud de su vida anterior al infortunio. Pero Dorotea siempre necesitó ir de un lado para otro, repartiendo conocimiento y alertando conciencias. Y también ha ido de hombre en hombre, que Alá la perdone. Dorotea la ha ayudado mucho a distraer su dolor porque sabe contar historias de sus encuentros por el mundo, y siempre las ha adornado para que ella alejara sus pensamientos de los instantes en que se le ponía delante el velo negro que mata la alegría. Y no solo eso. Cuando Dorotea acariciaba sus manos, y se las pintaba con alheña, o cuando la miraba con ternura y alababa su hermoso pelo negro, que se volvía hermoso porque ella lo veía así, Melika, amaba a Dorotea. La amaba con la misma ternura que un niño de pecho quiere a su madre, con la misma dependencia, con igual adoración. Dorotea ha sido su fuente de vida, y el alimento de su mente para ahuyentar la locura. Dorotea ha impulsado su afición a la lectura, primero con cuentos sencillos que leían juntas, y poco a poco con novelas de amores felices y enredos apasionantes que ella ha leído en la cama por la noche y que han alejado sus pensamientos del recuerdo y del dolor.

Sin embargo, ahora que se ha desvanecido la última esperanza de retorno al pasado, necesita recuperar ese tiempo pasado, revivirlo y encontrarse con él y con ese dolor, pues ninguno de los dos desaparecerá por mucho que ella quiera borrarlos. Porque los años de tranquilidad junto a Yusuf y sus hijos pequeños —Yacir tan guapo con esos bucles negros que ahora se ha rapado y que la maestra acariciaba con cariño llamándolo «mi negrito», y la niña, más espabilada aún que su hermano: el orgullo de Yusuf—, esos años los tiene bien guardados y colocados en un lugar de privilegio y no necesita de momento volver a ellos. Pero tiene que sacar a la luz los otros, los dolorosos. No puede seguir culpándose por haber tomado una decisión desesperada como si hubiera sido un capricho tonto, un afán de aventura de dos mujeres alocadas. No. Aquello fue una huida a muerte. A partir de la decisión, la muerte siempre estuvo presente en la mente de Samia y en la de ella, aunque no la nombraban. Ninguna de las dos huía de una situación incómoda, ni del esfuerzo del trabajo. Huían del horror de aquellas casas de paredes finas como el papel y puertas que podían hundirse de una patada por muchos cerrojos que echaran cada noche. Huían del acecho de hombres viciosos y malvados. Aquel colchón en el que

Aisha y ella dormían abrazadas podía haberse convertido en una atrocidad para su niña, peor que la ola gigante que se la tragó. Ahora ya está a buen resguardo con su papá, Alá los ha llevado junto a él, y ya no debe sufrir por ella. Y su pequeño Yacir, que se estaba haciendo grande y quería ser el hombre de la casa, pero que estaba rodeado de tentaciones en las que empezaba a caer… Ella lo sabía, lo leía en su mirada, además de que los vecinos también le venían con el cuento. Al principio, ella lo había creído a salvo de todo mal si después de la escuela se iba a jugar al fútbol a la playa con los amigos y regresaba rendido a casa: ella lo reñía porque llegaba sucio y acalorado, pero le gustaba su alegría sana. Y le tranquilizaba que llevara a su hermana a todas partes con él y que se ocupara de ella. Pero luego le dijeron que había turistas depravados que no le quitaban a su Yacir la vista de encima, y apareció ese Said del demonio que empezó a enredarlo, y Yacir soltó a su hermana para seguirlo. Samia y ella organizaron el plan de huida como dos ratas acorraladas. Ni fue un capricho, ni una mala decisión. Ahora lo sabe. Se alegra de que Yusuf y Aisha estén a salvo de esta vida espantosa y de que Yacir se salvara gracias a Yamal de las artes de la *yenia* Aisha Kandisha y ella, gracias a Dorotea, de la locura del dolor. Por primera vez en su vida empieza a sentirse libre. No tiene que tirar de nadie, no tiene que buscar a nadie. Todo está en su sitio y colocado. Yacir ya no la preocupa. Ha visto en él también un brote nuevo de vida, como si con la muerte del pobre Yusuf hubiera sellado definitivamente un capítulo doloroso e inquietante. Y, sobre todo, le tranquiliza que Yacir tenga a Yamal, que no lo abandonará, que lo guiará, que le dará un oficio en lo de la cerámica. Y ella, por primera vez, se tiene a sí misma. Además, empieza a sentirse liberada de los vínculos ancestrales; ha llegado hasta a entender las ansias de independencia de las europeas.

Se ha colocado delante del espejo. No es una imagen complaciente la que enfrenta. En su cara hay una dureza que ya nunca desaparecerá, aunque sus ojos se han aquietado. Recuerda el día antes de su partida a Tarifa para encontrarse con Yusuf, las conversaciones con Fatiya, los celos que retorcían sus entrañas y que la amiga alimentaba. ¡Qué absurdo le parece eso ahora! Pero no se arrepiente de haberlo vivido, ha sido el último homenaje a Yusuf.

Fue su reclamo de mujer dolorida por la ausencia de hombre, de su hombre, sin saber que ya no lo era, que se había convertido en una piltrafa. ¡Su Yusuf! Cuando conversaba con Fátima, ella lo evocaba con toda su potencia y su virilidad. No se arrepiente de ese odio que se implantó en ella y que crecía hasta ahogarla. Tenía razón Dorotea: «Espérate a conocer a esa y a verle a él, entonces lo comprenderás todo». Su Yusuf ya no existía y aquella mujer había mantenido el último soplo de vida de aquel hombre hasta que pudiera despedirse de sus seres queridos.

Yacir consigue por fin lo que buscaba. Aparece con dos cañas de pescar que ha rescatado del fondo de un armario.

—¿Y esas cañas? —pregunta Ulises sorprendido.

—Las compró Yamal, y también sacó licencias para entretenernos mientras hablábamos. Quería conseguir que yo fuera capaz de mirar al mar. Al principio no podía. Tenía miedo de ver aparecer a Aisha Kandisha y que me arrastrara con ella.

—¿Aisha Kandisha es tu hermana?

—¡No hombre, no! Aisha Kandisha es una *yenia* de ojos verdes y cabello de oro. Es guapísima.

—¿Qué quiere decir *yenia*?

—Quiere decir «*demonia*». Toma la forma de una chica muy guapa, y aparece flotando sobre las aguas. Habla con una voz dulce para atraer a los hombres, y los enamora para capturarlos y arrastrarlos a otro mundo. Los que la han visto dicen que es muy hermosa, salvo por los pies, que son como pezuñas de cabra.

—¿Tú la has visto?

—No, pero mi amigo Said me decía que ella podía haberse apoderado de mí sin que yo lo sintiera.

—¿Y por qué decía eso?

—Porque le hablé de las voces que oía algunas veces dentro de mí. Y me decía que yo pasaba demasiadas horas cerca del mar y que Kandisha anda siempre por las aguas, más bien por los ríos, pero también en el mar. Me contó historias de pescadores que habían sido arrastrados por ella. Cuando perdí la voz después del naufragio de la patera, mi madre también creyó que la *yenia* Kandisha me había robado el habla.

Salen de la casa y caminan por la playa.

—Yo no creo en esas cosas, ¿y tú?

—Yo, depende. Algunas veces lo creo y otras no. Yamal opina que son formas distintas de interpretar los hechos. Su forma de verlo es que nosotros somos privilegiados porque tenemos la capacidad de asomarnos a otro tiempo. Dice que es muy importante

saber nombrar esa particularidad nuestra para perder el miedo.

—¿Y cómo la nombra él?

—Dice que somos «pasajeros del tiempo», con billete de primera clase. —Yacir sonríe—. Otros lo llaman estar poseídos por las artes de Kandisha, y otros, trastornos mentales. A mí me gusta más la interpretación de Yamal, y estoy intentando quitarme de la cabeza lo de las artes de Kandisha y lo de los trastornos.

—¿Para eso tenéis que ir al desierto?

—No, ese solo es el primer paso, apreciar nuestra diferencia. En el desierto, Yamal me enseñará a manejarla para aprovecharla bien. Yo todavía no sé valorarlo, pero voy avanzando en lo de perder el miedo. La madre de Said quiso llevarme a un faquí que tenía una baraka muy buena para liberarme de esas voces que yo oía.

—¿Qué es una baraka?

También desearía preguntar qué es un faquí, pero le gusta que su amigo le hable como si él ya conociera todas esas palabras. Algunas las adivina por el sentido de la frase.

—Es como una bendición.

—¿Y fuiste?

—Estuve a punto, pero cobraba caro, y el dinero lo teníamos que conseguir Said y yo, y no era fácil, porque además mi madre no podía enterarse. Cuando yo hacía pellas, me iba con Said a la casba. Él me enseñó unas cuantas palabras en inglés, en francés y en alemán; el español yo ya lo manejaba con soltura. Él repetía siempre las mismas frases para atraer a los turistas. Los guiábamos por la medina y nos pagaban con unos dirhams, y si conseguíamos que compraran algo en una tienda, los comerciantes añadían una propina. Ahorrábamos las monedas para el faquí.

—¿Dónde las guardabais?

—Se las dábamos a la madre de Said. Ella estaba contenta porque decía que ganábamos mucho más cuando nos juntábamos que cuando iba Said solo porque a las turistas, según ella, les gustaba mi aspecto. La verdad es que me gustaba más estar con la madre de Said que con la mía, que no paraba de quejarse.

—¿Y qué pasó con ese dinero? ¿Se lo quedaron ellos?

—Sí, claro, porque la madre de Said lo guardaba para la visita al faquí, pero como nos marchamos sin avisar, no pude recoger mi parte.

—Yo creo que te engañaron.

—No lo sé, pero no le cuentes nada de esto a mi madre.

Ulises recuerda las palabras de Melika: «No le enseñes a mentir a mi hijo, él nunca miente a su madre». Y se alegra de no ser el único.

Suben andando hasta el faro de Camarinal. Yacir decide bajar con Ulises a la playa del Cañuelo. Vuelve a hacer un tiempo veraniego y llevan los polares atados a la cintura. A pesar del buen tiempo, no hay nadie, porque es época de escuela y de trabajo. Instalan las cañas de pesca, y Ulises se quita la ropa para tirarse al agua. Yacir se desnuda también.

—¿Vas a bañarte?

—¡Claro! ¿No te he dicho que he perdido el miedo?

—¡Guau, Yacir! ¡No me lo puedo creer!

¡Guau! ¡Guau! Plaf brinca de entusiasmo apoyando las pezuñas en el cuerpo de Ulises, que lanza un palo a lo lejos para librarse de sus arañazos. Los chicos se ríen de la coincidencia entre el ladrido y el grito de alegría de Ulises, y emprenden una carrera para lanzarse al agua. Yacir se lanza con su amigo, pero sale enseguida. Da unos cuantos saltos al sol para secarse y se viste. Ulises tarda un poco en seguirlo, el agua está cristalina, y fresca, pero él ya se ha acostumbrado a esa temperatura. Cuando se reúne con Yacir, lo encuentra sonriente.

—Me ha gustado vencer el miedo. Yamal se va a poner muy contento.

—¿No te dicen nada en la escuela por faltar?

—No, porque llevo una nota de mi madre, y Dorotea habla a menudo con mi profe. Oye, ¿qué te cuenta Dorotea en sus clases?

—Me habla de mi nombre y de las galaxias y del universo. Me ha pedido que lea la *Ilíada* y la *Odisea*.

Yacir se dobla de risa. A Ulises le encanta ver reír a su amigo. Nunca antes lo había hecho delante de él.

—Dorotea enseña siempre lo que le apetece. A mí me daba clase ella en los primeros tiempos, cuando no podía ir a la escuela, pero no seguía el programa; durante esos meses solo me habló de física cuántica, buscaba por ahí una explicación a nuestro trastorno.

—¿Trastorno?

—Yo creo que así lo veía ella, por lo menos al principio, no sé si Yamal la habrá convencido de lo otro.

—¿Os aclaró algo la física cuántica?

—No tuvimos tiempo, mi madre se alarmó porque suspendí el trimestre y Dorotea contrató a don Antonio para ponerme al día con la clase.

Yacir no le habla de su padre ni de su liberación como le anunció, pero a Ulises no le hace falta. Pasan la mañana tratando de pescar sin conseguirlo y jugando con el perro. Se dan otro baño, y esta vez lo prolongan porque encuentran los dos la temperatura del agua estupenda. Inician el regreso a casa llenos de energía.

Antes de entrar en la cocina oyen la voz del Chorlita hablando con Melika. Se ha enterado por Dorotea de la muerte de Yusuf, y se ha acercado a darle el pésame. Por el tono relajado con que los dos están charlando, sentados a la mesa de la cocina, los chicos deducen que el vecino debe de llevar bastante rato en la casa, pero en el rostro de Melika se detectan rastros de llanto. Yacir se acerca a ella y le pone la mano en el hombro. Es el primer gesto de acercamiento que ha tenido hacia su madre desde que llegaron a España.

—De vosotros estábamos hablando —dice el cabrero, dirigiéndose especialmente a Yacir—. Me decía tu madre que no estás asistiendo a clase. Te lo digo porque yo ando buscando a alguien para faenar en la huerta y ocuparse de las cabras. Mi madre anda pachucha y tengo que llevarla a Puerto Real y puede que la ingresen; y, si no, es lo mismo, porque tengo que quedarme cerca de ella en la casa del pueblo porque Antonia tampoco anda muy católica, tiene el catarro agarrado a los bronquios y se pone a morir con la tos. Tú ya me has visto trabajar y has ordeñado las cabras. ¿Qué te parece si vas allí con tu amigo y me echáis una mano con los animales?

Yacir se vuelve hacia Ulises.

—A mí me parece bien —confirma Ulises—. ¿Dormiríamos allí?

—Eso como gustéis. Ya sabe Yacir que allí tengo un chamizo y él lo ha utilizado más de una vez para dormir. Pero por mí, con tal de que dejéis las cabras apañadas y echéis de comer a las gallinas, es suficiente.

—¿Cuándo te vas?

—Dentro de un par de días.

—Pues trato hecho.

—Yo os pagaré algo por el trabajo; no mucho, porque las cosas andan regular.

—No hace falta que nos pagues nada.

—El trabajo hay que cobrarlo para colaborar con los gastos de la casa.

—Pues se lo das a Dorotea.

—Eso es lo justo. Cuando yo era chico, más que vosotros, ya repartía el pan. Salía una hora antes de la escuela para hacer esa tarea, y así me ganaba el pan para la familia. Trabajaba a cambio del pan que necesitábamos a diario. Éramos cuatro hermanos, y hacía falta. Cada uno de nosotros hacía lo que podía. Mi hermano echaba las películas en el cine Terraza. Yo siempre pedía que me dejaran llevarle el bocadillo y con eso me quedaba a ver la película. Aquello era divino. En Barbate entonces se vivía bien porque había muchas posibilidades. Los chiquillos corríamos libres por el pueblo. Por las calles siempre se oía el grito de «*¡Atatué!*».

—*¿Qué es «Atatué»?*

—Era nuestro saludo al encontrarnos, o para llamarnos unos a otros. Al principio fue parte de un juego, pero luego lo adoptamos como reclamo. «*¡Atatué! ¡Atatué!*», así nos llamábamos.

Yacir y Ulises se lanzan una mirada cómplice. Les ha gustado el grito de llamada.

—Aunque nuestra familia era de Zahara, yo viví en Barbate de niño por el trabajo de mi padre. Y después, por el mío, seguí viviendo ahí con mi mujer. Luego, cuando me faltó el trabajo, nos vinimos a Zahara porque teníamos aquí a la familia. La casa que tenemos en el pueblo era de mis suegros. Se la dejaron a ella porque era hija única, y nada más recibirla le tiró mudarse aquí y como a mí, todo hay que decirlo, siempre me había tentado volver a ser cabrero como mi padre, pues me vine contento, porque, a mí, lo que me gusta es el campo. Vendimos la casa de Barbate y me quedé con el terreno y construí el chamizo. Yo no soy de bares ni de juergas, y en el pueblo me aburro. Sin embargo, ella tiene a todas las primas y las amigas cerca. Y a Barbate, donde también dejó amistades, va cuando quiere. Yo más bien sobro en la casa porque no paro quieto. Ella nota que estoy nervioso, y me dice: «¡Anda, *vete p'al campo*!». Pero cuando me necesita, como ahora, me quedo a su

lado.

Melika vuelve a secarse una lágrima pensando en Yusuf, en su ausencia definitiva. Diego la consuela.

—No te apures, mujer. Cuando lo necesites te vienes allí con nosotros. Ya sabes que Antonia, aunque esté mala, hace reír al más *pintao*. Y vosotros, *quillos*, os arrimáis mañana para que os cuente. Yo sé que tú, Yacir, lo de las cabras lo dominas, pero hay alguna cuestión más.

—Id a lavaros las manos, que empiezo a freír la *maakuda*. ¿Te quedas a comer, Diego?

—No, voy a casa. Me espera la parienta.

Mientras se lavan las manos, Yacir le cuenta a Ulises:

—El sitio es una pasada, ya lo verás. Además, está en la sierra, muy cerca de donde queda la entrada a la cueva oculta. Tengo ganas de ir ahí contigo. Sé que algo nos está esperando. —Ulises siente que un escalofrío le recorre el cuerpo, como si él notara también que algo oscuro les espera, tan oscuro como el jinete de la playa que, aunque no haya vuelto a verlo, lo persigue en sueños—. Nunca he tenido tantas ganas de descubrirlo como desde que somos amigos. Antes, cada vez que iba, lo pasaba mal porque en ese lugar siento cosas raras, con más intensidad que en ningún otro sitio.

—¿Tú crees que puede ser peligroso?

—No lo sé, pero tenemos que arriesgarnos.

Se oye la voz de Melika, impaciente:

—¡Chicos! ¡Se están enfriando los buñuelos!

Corren a sentarse a la mesa junto a ella. Ulises siente un impulso y se levanta a abrazar a la madre de su amigo. Melika rompe a llorar sujetando fuerte al niño. «¡No te vayas! ¡No te vayas! ¡No dejes solo a Yacir!». Yacir se pone nervioso, y Ulises se devana los sesos para encontrar un tema de conversación que los aparte de ese estado.

—Y de segundo plato —exclama sentándose de nuevo a la mesa y sonriendo—, el ballenato que hemos pescado.

—¡Menudos ballenatos estáis vosotros hechos! —Melika se limpia las lágrimas con la punta del delantal, sonriendo al mismo tiempo—. Ni un triste pececillo me habéis traído.

—Lo importante no es lo que se pesca —le contesta Ulises tratando de remedar al pescador que conoció el otro día—. Lo

importante es mirar al mar.

Y, nada más decir esa frase, descubre cuán cierta es en el caso de Yacir.

Ulises se ha acostumbrado ya al sabor del cilantro, y le encantan los pastelitos de patata y cebolla. Melika sonríe a los niños y a su apetito.

—El próximo día os haré la *bastela*. Es el plato favorito de Yacir, la *bastela* dulce rellena de crema. —Yacir se levanta. Una sombra de tristeza ha cruzado su rostro—. Es cierto —le dice Melika a Ulises —, y también lo era de su padre.

Yacir se retira sollozando. Ulises se levanta para seguirlo, pero Melika le hace un gesto con la mano para que se quede.

—Déjalo. Es bueno que llore. La *bastela* le ha hecho recordar a su padre cuando éramos felices. Yo puedo arrancar a llorar a gritos en algún momento. No te asustes si algún día ocurre delante de ti. A Yacir no le va a pasar, se ha acostumbrado a esconder los sentimientos como los europeos, pero eso no es bueno. En mi país, en cambio, sacamos el sentimiento afuera. Hemos podido hacerle a Yusuf un entierro según el rito musulmán, pero han faltado los llantos y los gritos de dolor de los familiares y los amigos. Esos gritos de acompañamiento son necesarios para ayudar a sacar el dolor negro de dentro. Ese dolor sigue encerrado en nosotros. Y eso no es bueno, Ulises, te lo aseguro.

¿Dónde está ahora la liberación de Yacir, su alegría de esta mañana? A Ulises le parecía haber llegado a percibir en Yacir, sin que su amigo lo expresara, un sentimiento de alivio al saber que su padre y su hermana estaban a salvo del dolor del mundo. Y esa sensación de alivio le había aportado a él el conocimiento de que hasta lo peor podía convertirse en algo bueno. No le extrañó que Yacir no le hablara de ello, él mismo no habría sabido poner ese sentimiento en palabras, pues, al intentarlo, le parece que se estropea, que se convierte en otra cosa, que podría incluso convertirse en un sentimiento de culpa.

Yacir arde en deseos de enseñar la cueva a Ulises. Dorotea y Yamal ya han regresado, y piensa que es el momento de ir para allá. De paso, tienen que acercarse adonde el Chorlita para recibir instrucciones.

—Vais a atender lo que os diga Diego, pero luego venís a dormir

a casa —dice Melika. Los chicos cruzan la mirada con Yamal. Es obvio que tenían otros planes.

—Haced lo que os pide Melika —dice Yamal—. Os necesita en este momento.

—Siempre haciendo lo que nos dicen los demás —murmura Yacir entre dientes y solo para los oídos de Ulises. Nunca se ha enfrentado directamente a Yamal, a quien reconoce como su tabla de salvación.

Ulises tiene una sensación de alivio con el cambio de proyecto, aunque intuye que no le va a durar mucho. Sin querérselo admitir, sabe que necesita como nunca los límites que le imponen sus padres. Tiene la impresión de que Yamal y Yacir, e incluso Dorotea, juegan con la vida y la muerte de otra manera, como si no huyeran de los peligros, como si para ellos lo importante fuera afrontarlos. Melika es diferente. Aunque de forma distinta, es más parecida a sus padres. Él admira más la actitud de los otros, pero con ella se siente más seguro. Les está preparando unos bocadillos con la *maakuda* que sobró del día anterior. Esa combinación de pan con patatas, seguro que no se le habría ocurrido nunca a su madre, pero a él le gusta.

La excursión es larga. Ulises calcula que al menos han debido de pasar dos horas desde que iniciaron la subida. Está cansado y muerto de hambre y de sed, pero como Yacir no muestra necesidad, él prefiere esperar. Llegados a un punto, Yacir detiene la marcha.

—Es aquí —le dice sentándose en el suelo.

—Aquí, ¿qué?

—Aquí está la cueva.

Ulises mira alrededor.

—Yo no veo nada.

—Ya te dije que era una cueva oculta. Si quieres, comemos debajo de ese chaparro y después te la enseño.

—Sí. —A Ulises le parece la propuesta más oportuna, y extrae la cantimplora de la mochila. Da un trago largo. Después desenvuelve su paquete de comida. Observa que Yacir está inmóvil contemplando el horizonte, como si aún no tuviera hambre ni sed.

—¿No vas a comer?

—Ahora —contesta Yacir sin inmutarse.

Mientras Yacir sigue absorto, Ulises ataca su bocadillo. Percibe que están en mundos diferentes, con necesidades distintas, pero no le molesta. Cuando termina el bocata, se tumba bajo el chaparro con la cabeza apoyada en las manos. La siguiente sensación es la de sentirse sacudido por Yacir.

—Vamos, que se nos va a hacer tarde si queremos pasar a saludar a Diego.

—¿Has comido?

—No tengo hambre, comeré más tarde.

Ulises deduce por la posición del sol que ha debido de dormir un rato largo. Desde luego, el cansancio ha desaparecido por completo.

—¿Dónde está la cueva?

—Ahí mismo, detrás de ti, oculta tras esas piedras.

—Pero…

—Ya sé que no lo parece. Yo la descubrí porque viajé en el tiempo. Si no, hubiera sido imposible.

Ulises había imaginado un pequeño montículo con una piedra cerrando la entrada, pero lo que le señala Yacir es un montón de piedras en el suelo.

—Tengo este palo para levantar esa piedra plana. Vamos a buscar otro, tiene que ser resistente. Entre los dos nos será más fácil.

A Ulises le sorprende que en otras ocasiones Yacir haya logrado mover la piedra él solo. Cuando la retiran, descubre una especie de túnel descendente.

—Tenemos que arrastrarnos por aquí.

—¿No será la guarida de un animal?

—No, ya verás.

—¿Tú qué viste en tu viaje antes de introducirte?

—Vi cómo entraban. Sígueme, yo te enseño cómo lo hacían.

Yacir comienza a arrastrarse hacia el interior mientras él contempla la operación sin decidirse. Después de un rato, oye la voz de su amigo llamándole.

—*¡Atatué! ¡Atatué!*

Ulises se anima y contesta:

—*¡Atatué! ¡Atatué!*

Se quita la mochila y la esconde entre los arbustos tal como ha

hecho Yacir. Se introduce arrastrando la tripa y culebreando con los ojos cerrados. Inmediatamente le invade la sensación de peligro. ¿Estará empezando a viajar en el tiempo como sus amigos? Sabe que no, que su miedo pertenece tanto al presente como su claustrofobia. Siente una sensación de asfixia creciente que solo disminuye cuando el túnel desemboca en un gran espacio. Yacir lo está esperando. A Ulises le inquieta la lejanía de su mirada y reza para que no se vaya a otro tiempo abandonándolo en esa cueva donde se moriría de miedo, aunque intenta ocultar su inquietud. Yacir parece percibirla, sin embargo.

—¡Pronto!, hagamos algo enseguida para sujetarnos al presente. Es lo que hago con Yamal cuando quiero quedarme en el ahora y algo tira de mí.

—¿Por dónde veías que arrastraban los paquetes?

—Por aquí.

—Pues vamos a buscar, pero tienes que quedarte conmigo en el ahora. —Le ha gustado la expresión, que seguro es de Yamal—. ¿Vale?

—Ya te he dicho que sí. —Yacir parece alterado—. Vamos a necesitar los palos, y también sería más prudente recoger las mochilas por si logramos dar con la salida y está lejos.

—Voy contigo.

Introducirse en la cueva con la mochila es más difícil, pero lo consiguen colocándola delante y empujándola con el palo.

—¡Uf! Esto debió de ser más ancho en otro tiempo, porque si no, ¿cómo lograban introducir los paquetes?

—Era más ancho, ha debido de caer arena. De todas formas, los paquetes eran largos y estrechos.

—Ahora con los palos podemos hurgar en esa pared para ver si aparece algo.

Se ponen a picar con fuerza, sobre todo Yacir, que está luchando para permanecer en el presente. Cuando Ulises se cansa, él aún sigue dándole con todas sus ganas. Es una pared de arenisca, como una acumulación de tierra petrificada.

—Aquí aparece algo —dice de pronto—. Algo metálico.

Ulises se acerca.

Yacir acaba de despejar algo parecido a un gancho de hierro.

—En la cueva submarina hay otro igual. Marina y Amaro

pensaban que era para sujetar las barcas, pero eso aquí no tiene sentido.

—Tiene que ser otra cosa.

—Amaro decía todo el rato que la cueva submarina era una gruta de piratas, y su hermana se enfadaba.

—A lo mejor tenía razón Amaro. Podría ser de piratas o de gente que huía o traficaba. Pero no me extrañaría que ambas cuevas estuvieran comunicadas. Y la clave está en este gancho de hierro; debe de servir para abrir la entrada a un túnel que nos conduzca al mar.

—Prueba a tirar hacia abajo.

—Ya lo he hecho, pero no pasa nada.

—¿Me dejas a mí?

Yacir se aparta, y Ulises forcejea con el gancho, pero nada ocurre.

—¿Y si convocaras el pasado?

—Preferiría que lo descubriéramos en el presente. Lo paso mal cuando hago esos viajes. Yo creo que entre los dos encontraremos la manera. No hace falta que sea hoy, podemos volver aquí cuando estemos donde el Chorlita. Creo que hoy ya hemos avanzado mucho.

—¿Salimos entonces?

—Vamos a probar un poco más.

Pasan un buen rato forcejeando con el gancho arriba y abajo, de derecha a izquierda y viceversa, pero no consiguen que nada se mueva. Al final, deciden salir y regresar a intentarlo en otra ocasión.

Vuelven a correr la piedra sobre el agujero, y Yacir recoloca las plantas para que no se note la tierra removida.

—No estoy nada cansado —le dice a Ulises—. Es una gozada. Las otras veces me agotaba porque acababa siempre con experiencias raras. Me alegro de que hayas venido conmigo, si llego a estar solo no habría podido sujetarme en el tiempo.

El chorlita les espera limpiando de hojarasca una parte del terreno. Se acerca a los niños riendo.

—¿Qué te parece, Ulises? Anda, Yacir, enséñale a tu amigo las

lindes de lo que es mío. —Yacir trata de recordar, y el Chorlita se impacienta—. Mira, te lo muestro yo. Va desde ese pino de ahí, hasta el chaparro aquel. Hasta ese pino era lo de mi padre, de ahí para adelante lo he añadido yo. Y para arriba, ahora vamos, pero antes te voy a enseñar la huerta, y el cercado de las cabras, y las gallinas. Esto es lo que a mí me gusta. Venid, venid por aquí. Podéis dejar vuestras cosas en la cabaña. ¿Qué? ¿Te gusta, Ulises? A este ya no le pregunto porque lo ha visto en otras ocasiones y sé que le encanta. ¿A que sí, Yacir?

El entusiasmo del Chorlita es tan exagerado que no da tiempo a contestar sus preguntas, porque salta de una a otra sin esperar respuesta.

En la huerta despuntan algunas plantas y hierbas aromáticas. Ulises no reconoce ninguna, pero Diego le señala las patatas, las coles y otras verduras.

—Si os quedáis alguna noche, encendéis aquí una *candelá* y veréis qué ricamente se está. Yo aquí me paso las horas muertas mirando las estrellas.

Entran en la choza, en la que solo hay dos colchones en el suelo, una cocinita de butano y unas estanterías metálicas. Afuera tiene una mesa y unas sillas de plástico.

—Aquí no hay lujo, Yacir lo sabe, pero mejor está esto que las chabolas del Zapal donde vivieron en tiempos tantos barbateños. Y ahí tenéis —dice el Chorlita señalando una estantería— algunas provisiones, que son poca cosa porque yo aquí no necesito más. Tengo la huerta, los conejos, los huevos de las gallinas, la leche de las cabras y lo que se presente, que siempre es bienvenido. Esos botes son conservas que hizo Antonia con el producto de la huerta del año pasado; un poco de aceite, sal… cuatro cosas.

Cuando salen al exterior les advierte:

—Por ese lado, andad con cuidado que tengo tendidos los lazos para los conejos. Si cae uno, lo podéis asar en las brasas, ya veréis qué rico.

Los chicos le piden que retire los lazos. Ellos no van a ser capaces de matar los conejos ni de pelarlos ni de asarlos al fuego. Prefieren prepararse una tortilla con los huevos de las gallinas y comer de la huerta.

—Casi es mejor —asiente Diego—. Así no corréis peligro de caer

en la trampa.

Se mueve por el campo retirando los cepos.

—Cuando hace sol, debajo de ese chaparro se está divino. ¡Yacir!, anda, acerca la mesa y las sillas, que ahí traigo también unas sardinas saladas y algo de pan para preparar una merienda. Cuando Antonia supo que veníais hoy conmigo, me llenó el coche de víveres. «Que no vayan a pasar hambre», me dijo. Y de beber quería meterme en la bolsa potingues de coca-cola y naranja y cosas de esas, pero yo le dije que no, que aquí no había mejor bebida que la del manantial. ¿A que estáis de acuerdo conmigo?

Están a punto de contestar, pero él sigue hablando mientras abre un táper con sardinas.

—Son sardinas en arenque. —Engancha un trocito de sardina y se la lleva a la boca, luego se chupa los dedos—. Es lo más rico del mundo entero. El Manchuca era famoso por salar las sardinas. Aquí se hacía mucho, y aún se hace. ¿No habéis visto los *tahales* en el mercado?

—¿Qué son los *tahales*?

—Cajas redondas de madera, y se colocan ahí las sardinas por capas, en redondo.

—Sí, yo lo he visto en Madrid también, pero no las he probado. ¿Se comen así, duras?

—Ahí están solo saladas, que eso ya tiene su arte. Después se preparan y está riquísimo. La Antonia ya nos las ha preparado.

—¿Y están muy saladas?

—No, antes hay que meterlas en agua para quitar la fuerza de la salmuera. Le quitas la pulla…

—¿La pulla?

—¡Sí, hombre! —interviene Yacir—, la espina, pero no vas a decir «la espina», porque aquí se dice «la pulla».

—Y luego la aderezas con cebolleta fresca, perejil, aceite de oliva… Yo me cojo dos o tres y me las llevo al campo con un trozo de pan y esa es mi comida. Aquí he traído para todos. —Saca una hogaza de la bolsa y corta y reparte trozos de pan, con su sardina aderezada dentro—. Antes esto es lo que se comía: sardinas saladas y *espolvoleá*.

—¿Qué es *espolvoleá*?

—Es una masa con harina, está riquísima. Eran las comidas de

antes; a mí y a muchos de mi época es lo que nos gusta. En casa se comía también el gazpacho caliente. Ponía mi padre un hornillo en el centro de la mesa y cada uno tenía su cucharita. Y él decía: «cucharita y *p'atrás*, cucharita y *p'atrás*». Y así llegaba para todos por igual.

Atardece. Yacir contempla el cielo y señala una estrella fugaz.

—En esta época se ven muchas. Yo prefiero una noche de silencio aquí, bajo las estrellas, que la mejor fiesta que pudieran prepararme. Bueno, *quillo*, ¿qué te parece?

—Que es un sitio precioso —dice Ulises, que sabe que se queda corto para la expectativa del Chorlita.

—¿Y la sardina, qué?

—La sardina, lo mejor —dice Yacir, que ha comido con apetito.

—Voy a explicaros lo que hay que hacer. No es mucha cosa, pero no quiero que luego se me acumule el trabajo. Están los animales, que precisan de un cuidado casi diario, porque las cabras hay que ordeñarlas, y hay alguna que está preñada y a punto de parir. Vosotros no os asustéis, que ellas se apañan bien. Además, creo que hasta dentro de una semana no llegará ningún cabrito, y para entonces ya estaré de vuelta.

—Si es necesario avisamos a Dorotea.

—Espero que no haga falta, pero sobre todo no olvidéis el ordeño. Yacir sabe hacerlo y tú aprenderás en cuanto te enseñe. Y a las gallinas hay que retirarles los huevos. Os voy a señalar los escondites donde los dejan. Y para lavaros, tenéis la poza del manantial.

Se está bien bajo el chaparro escuchando las historias del Chorlita, pero hay que pensar en regresar porque Melika les espera para la cena. Oyen un helicóptero sobre sus cabezas.

—¡Otra cosa!, tenéis que andar con cuidado que estas noches atrás ha habido jaleo.

—¿Es la Guardia Civil?

—Sí, llevan rondando todo el día, pero se metieron por el río y la salvaron.

—¿Qué es lo que salvaron?

—La mercancía. Nosotros decimos que salvaron la mercancía cuando no los atrapa la Guardia Civil.

Yacir sabe de lo que habla el Chorlita y se lo aclara a Ulises.

—Son alijos de droga que traen en lanchas desde Nador.

—O desde otro punto. La Guardia Civil anda detrás de ellos. Pero a estos no los pillaron.

—¿Y la lancha?

—La encontraron vacía porque el *busquimano* se lleva todo, hasta el motor de la lancha.

—¿Quién es el *busquimano*?

—*Quillo*, tú preguntas más que la propia Guardia Civil. *Busquimanos* son los que *se empican*. Cuando viene la movida y ellos se enteran de que se ha perdido el fardo o que lo han escondido, salen pitando a ver si lo pescan. Al principio, los civiles no les hacían *ná* porque no eran ellos los responsables. Les decían: «Anda, quitarse de aquí ya». Ahora ya no. Ahora ya cae todo el mundo, porque la cosa fue yendo a más. Y a los chicos los meten en la cárcel, igual que a los grandes.

—Pero ¿tú por quién estás, por la Guardia Civil o por ellos?

—Yo no estoy por nadie, pero las cosas hay que entenderlas. En el tiempo en que eso estaba en auge, aquí había prosperidad. Y es que aquí había chiquillos con quince años que ganaban en un día lo que el padre no había podido ganar en toda la vida. Cuando estaba en toda su fuga ardiendo, el pueblo estaba próspero y había trabajo. Porque eso traía dinero y generaba trabajo. —Yacir quiere interrumpirle, pero el Chorlita no lo deja—. ¡Que sí!, ¡que sé lo que vas a decir! Era dinero sucio, ¡pero era dinero! Y yo mismo he trabajado mucho a cuenta de eso. Y no es que yo estuviera metido en nada, que nunca lo he estado. Pero en el pueblo circulaba el dinero y había trabajo, porque le decías a uno: «Mira que esto que me estás encargando vale mil euros», y te decía: «Hazlo». Y si le decías a otro: «Que esto te va a valer tres mil». Te contestaba: «Hazlo». Por eso la gente estaba a favor, porque aquí se vivía bien a costa de eso.

—El dinero sucio siempre trae cosas sucias.

—Que lo sé, Yacir, que lo sé. Si no hay nada totalmente bueno o totalmente malo en este mundo. ¿Por qué crees que anduve yo apartado del tema cuando me podía haber hecho de oro? También te puedo decir que a los que andaban más metidos no les fue bien el asunto. La mayoría han muerto y los que no, andan por ahí medio *alelaos*, o en la cárcel, porque además de recoger los alijos,

consumían la droga, y más que nada consumían heroína. Yo tenía dos amigos que murieron. Fueron amigos hasta que se metieron en eso a fondo. Luego ya nos separamos porque ellos llevaban su rollo y yo el mío. Yo, ya sabes, con mi pavita y eso… Además, yo trabajaba con Pajarito. Después de lo del reparto del pan, me metí a trabajar con él. Pajarito tenía un bar, y era una bella persona. Me enseñaba la rectitud de la vida, y me hacía muchísimas pruebas. Dejaba dinero escondido donde yo lo pudiera encontrar, o tirado en el suelo, y yo siempre se lo daba. Siempre me estaba probando y me enseñaba lo que era el trabajo y lo que era la vida. Limpié muchos pulpos y muchas morenas… y ese hombre creó una confianza conmigo. Se llamaba Sebastián o Chano, pero lo llamaban Pajarito.

Chorlita empieza a recoger los restos y a meterlos en una bolsa.

Vuelve a sobrevolarlos un helicóptero.

—Antes os decía que anduvierais con cuidado porque, como estáis viendo, esto lo tienen *barriíto*. Anda la Guardia Civil buscando. A mí ya me ha propuesto alguno que le esconda la mercancía en algún rincón, y ofrecían buena pasta, pero yo siempre me he *negao*. Yo no quiero trato con ese tema, ni aunque anduviera muerto de hambre. Prefiero morir libre que *enchironao*.

—¿Y cómo podemos tener cuidado nosotros?

—No aceptando trato alguno, que aquí no se esconde nada de nada. *¿Entendió?*

—Entendido.

Yacir tiene que ganarse a su madre para que les permita pasar el día y la noche donde Diego. Contrariamente a lo esperado, Melika, al ir mejorando, ha ido recuperando sus temores perdidos. Ya no está entregada a las decisiones de Dorotea o de Yamal. Le ha venido muy bien que manejaran el timón de su vida mientras ella estaba enferma o se sentía perdida, pero ahora su voluntad se impone. Y su voluntad incluye temores y supersticiones. Por otro lado, reconoce la gran ayuda que supone Yamal para su hijo, y también la necesidad de este de seguir bajo su tutela. Sabe que el futuro de Yacir está en manos de Yamal y confía en que, además de la labor de centrar su mente cuando se descarrila, le pueda dar un oficio que le ayude a manejarse en la vida. Reconoce que la capacidad de Yacir para el aprendizaje no puede amoldarse a los métodos de la escuela, no sabe si es por todo lo que han vivido o cuál es la razón. En eso es muy distinto a Ulises. Ella ve al otro niño sentarse a hacer las tareas con interés. A Ulises le gustan el estudio y la lectura. Puede pasar mucho tiempo sentado en un sillón enfrascado en un libro sin imágenes. Yacir no es así, pero cuando este tiene un encuentro con Yamal, Melika siente que su hijo crece por dentro, que la sabiduría de Yamal penetra en él de alguna forma. Por eso les deja quedarse a dormir donde Diego esta noche. Sabe que a Yamal le gusta que los niños tengan autonomía y cumplan con el trabajo al que se han comprometido. Y Diego le ha asegurado que su campito es el lugar más tranquilo del mundo. Sin embargo, ella no las tiene todas consigo. Esos helicópteros que andan rondando la zona desde hace tres días buscan algo. Y ese algo se esconde en algún lugar. Sus temores son concretos, no imaginarios. Aun así, confiando en el criterio de Yamal, les deja marchar. Además, la amistad que ha crecido entre los dos muchachos la llena de alegría. Ella creía que su hijo había perdido la capacidad de amar, de entablar amistad. Ahora mismo, le gusta escuchar sus voces y el barullo que arman mientras preparan las mochilas con ese entusiasmo con el que Yacir emprendía antes todas sus aventuras.

Los oye reír, pelearse de vez en cuando. No le ha importado que Plaf subiera la escalera con las patas manchadas de barro, ni que los chicos se revolcaran con él por el suelo. Todo eso, aunque les riña por ello, no le importa. Cuando salgan de la casa, se armará con escoba y fregona y borrará esos rastros de alegría. Mucho peor es esa amenaza que siente cernirse sobre ellos, como un peligro grande que pudiera venir a interrumpir este pequeño brote de felicidad.

Cuando dan por terminados los preparativos, los chicos bajan a buscar la escoba al ver las huellas de barro que ha dejado Plaf y que, según creen, Melika no ha descubierto todavía. Les conviene que ella esté contenta, que no tenga ninguna excusa para impedir su marcha. Le dan un beso de despedida y se colocan las mochilas en la espalda. Melika se queda en la puerta viéndolos marchar. Sonríe con orgullo a la figura esbelta de su hijo, y a la de Ulises, no tan alto, pero igualmente bien formado, cuyo pelo rubio y alborotado contrasta con la cabeza oscura y rapada de Yacir. Plaf les sigue, saltando de alegría, cambiándose de un lado a otro, como si quisiera cuidarlos a los dos por igual. Melika entra en la cocina sonriendo. No va a pasar nada. La vida no puede ser tan cruel como para atacar a dos seres felices. Instantáneamente, se acuerda de su pequeña Aisha, tan sonriente y valiente, y de Samia. Y de Yusuf, el padre cariñoso de sus hijos pequeños. ¡Ellos no merecían morir!, y el corazón vuelve a oprimirle el pecho.

Cuando los chicos llegan al terreno del Chorlita, comprueban que Diego ha pasado temprano y ha soltado las gallinas tal como anunció. Las recogen ellos ahora en el alambrado y sueltan a las cabras, que van directas a los arbustos y a las ramas bajas de los árboles. Plaf corre feliz con Chispa, liberada por Ulises. Yacir palpa las ubres más abultadas, acaricia a las cabras y habla con ellas; localiza unas lecheras que dejó el Chorlita preparadas para que, una vez llenas, las recoja su sobrino al final de la mañana. Mientras Yacir ordeña, Ulises echa de comer a las gallinas, retira los huevos de los escondites que les indicó Diego y los guarda en la despensa. Después, saca los sacos de dormir, los extiende sobre los colchones y los deja listos para cuando llegue la noche. Se sienta a contemplar el panorama, pero no ve nada extraordinario en lo que le rodea; y, sin embargo, nota una sensación en el pecho, como un pálpito de felicidad, por la libertad con que está viviendo y que es nueva para

él. Tampoco estaba mal lo anterior, cuando iba de acampada con el colegio, pero esto es distinto. Aquí nadie los vigila ni los controla, Yacir y él son los amos del lugar y, sobre todo, de sí mismos.

Una vez terminada la faena, Yacir se une a él, se comen los bocadillos sentados en el suelo y luego se tumban un rato a descansar.

—Vamos, ya es hora de salir. —Yacir está sacudiendo a Ulises, que se ha quedado dormido. Ulises reacciona de un salto, ayuda a Yacir a recoger palos y ramas para la hoguera de la noche, y con la ayuda de Plaf y de Chispa acorralan a las cabras.

—Ahora, a la cueva. Tenemos que atar a Chispa, su misión es quedarse aquí junto al ganado. Mira a ver si puedes tú cogerla.

Ulises ata con pena a la perra, cuyos ladridos lastimeros oyen durante un buen trecho. Plaf parece nervioso, avanza gruñendo y, de vez en cuando, se vuelve hacia atrás para ladrar furiosamente. Yacir le cuenta a Ulises que el bosque está lleno de animales que ellos no ven pero que Plaf seguramente detecta por el olfato. Diego es como Plaf, parece que olfatee el aire, él lo ha visto caminar por el bosque parándose frente a cada huella, descubriendo por su forma qué animal ha pasado por ahí; y en las heces, que palpa, descubre cuánto tiempo hace.

—¿Y las toca?

—Sí, porque al tacto nota si están calientes o frías, y en eso se basa para calcular el tiempo que hace que fueron depositadas ahí.

—No sé por qué quiere saberlo.

—Por lo de la caza será.

Cuando Plaf vuelve a ellos, lo tranquilizan con unas caricias o lanzándole palos al aire para que los atrape, que es su juego favorito. Los ruidos desaparecen pronto y los chicos se olvidan de ellos. Antes de llegar a la cueva, Plaf los adelanta persiguiendo a un conejo y lo pierden de vista. Cuando llegan al montón de piedras, Ulises llama al perro, pero este no aparece. Pasado un rato, empieza a preocuparles no recibir señales de él, y algo más tarde, distinguen un ladrido como si llegara de muy lejos, del fondo de una caverna.

—Parece que esté en un lugar subterráneo —dice Ulises—, pero por aquí no se ve ninguna entrada.

Los ladridos de Plaf se mueven de un lado a otro. A veces se acercan y otras se alejan.

—Debe de estar en el túnel. Tenemos que encontrar por dónde ha entrado.

Ven moverse un matojo de zarzas y de espinos, y enseguida aparece Plaf gimiendo y lleno de rasguños.

—¡Corre! —le dice Ulises a Yacir— trae la linterna. Por aquí hay un agujero.

Yacir acerca las dos mochilas y cada chico saca de ella su linterna.

—¡Vamos! —Yacir aparta las ramas e inicia el gesto de colarse por el agujero.

—Espera un poco —lo frena Ulises—. Antes de desaparecer por el túnel tenemos que disimular la entrada, no sea que venga alguien y la descubra.

—Y si nos ocurre algo ahí dentro, ¿cómo nos van a encontrar?

—Tienes razón, mi padre dice que…, oye, ¿tienes móvil?

—No, ¿y tú?

—Yo sí, lo he traído por si acaso. Además —dice Ulises comprobándolo—, tenemos cobertura, no sé si ahí dentro la habrá, pero aquí sí tenemos.

—Es suficiente.

Con esa frase apartan las dudas y los temores. Con esfuerzo y como pueden, entrecruzan las ramas espinosas detrás de ellos. El túnel es descendente. Plaf se va a lanzar por él, pero Yacir lo detiene.

—Ese camino nos conduce seguramente hasta el mar, pero creo que primero deberíamos tirar hacia arriba para comprobar si comunica con la caverna que ya conocemos.

Reptan un poco hacia arriba, y, efectivamente, topan enseguida con la pared. Plaf se pone a escarbar furiosamente en su base. Ellos van recorriendo el muro con las linternas. De pronto, Plaf ladra más fuerte intentando desenterrar algo. Los chicos se acercan. Es una especie de palanca de hierro. Tiran de ella y notan un ligero movimiento oscilante en la piedra, apenas nada.

—Esto está oxidado y lleno de arena, por eso cuesta tanto.

Luchan un rato con la palanca y finalmente desisten, pero imaginan que algún día podrán con ello.

—Vamos ahora abajo, a ver si descubrimos algo.

Los dos se arrastran culebreando por el túnel. No es tarea fácil,

porque por algunos lugares se estrecha bastante, aunque luego se ensancha y pueden enderezarse algo. Se encuentran con alguna madriguera que Plaf olisquea. Por lo demás, no se entretienen demasiado porque están deseando salir de ahí. Cada uno lleva su linterna, con la que consiguen ver solamente el trozo de tierra que tienen delante. De vez en cuando, lanzan un «*atatué, atatué*» para que el otro responda de la misma forma y asegurarse de que todo va bien. La tierra por la que se arrastran empieza a estar húmeda. De pronto, se paran a escuchar, y descubren que es Plaf escarbando afanosamente de nuevo. Se encuentran frente a una piedra semejante a la de la caverna de arriba. Tienen que calmar a Plaf, que les lanza la arena mojada a la cara. Buscan ellos por el borde hasta que dan con una palanca semejante a la de la otra cueva. Tiran de ella y esta vez el descorrimiento produce una grieta suficiente para permitir que pasen. Un golpe de brisa marina los saluda; por suerte, la marea está baja y solo entra algo de agua. Se dan cuenta de lo importante que es fijarse en ese tema la próxima vez. Se encuentran en la espaciosa cueva que Ulises descubrió con sus amigos Marina y Amaro. El mar penetra a pequeñas ondas y se retira dejando un rastro de algas flotantes.

—Cuando yo la vi con Marina y Amaro, estaba más llena de agua. Así parece mucho más grande.

—Eso quiere decir que ahora está en el momento más bajo de la marea y que pronto empezará a subir.

No tienen tiempo de pararse en contemplaciones. El descubrimiento del día ha sido magnífico y suficiente de momento.

—Tenemos que salir al exterior y dejar la grieta cerrada —dice Yacir—. Nadie debe conocer el túnel que hemos descubierto.

Forcejean un poco con el gancho de hierro hasta que la abertura se cierra.

—Por eso no nos funcionaba para abrir arriba: los ganchos que hay dentro de las cuevas están solo para cerrar, y se abre desde del túnel, que solo debían conocer unos cuantos. Y seguro que para penetrar en él tendrían otra entrada como la que nos descubrió Plaf.

Yacir trepa sin problemas por las rocas. A Ulises le cuesta seguirlo, pero lo hace con prudencia y olvidándose del miedo. Cuando llegan arriba, se tumban en el suelo, exhaustos. Comprueban que los matorrales que cubren la entrada están bien

colocados y que no queda rastro de su paso. Recogen las mochilas y emprenden el camino de regreso al terreno del Chorlita.

—¿Has sentido algo? —pregunta Ulises.

—Sí, pero de forma mucho más suave, casi sin alterarme. He sentido como siente Yamal, sin asustarme. Cuando estábamos en la cueva del agua he notado presencias de personas que han estado allí hace tiempo. Eran hombres y mujeres. Tenían miedo, eso es lo que más me llegó. Y también que el miedo de las mujeres era distinto al de los hombres. ¿Tú notaste algo en mí?

—No, nada.

—Estoy deseando contárselo a Yamal. Estoy contento. Siendo así, no me molesta nada sentir, al contrario, me gusta. Ojalá pudieras tú ver de la misma manera.

Los chicos se ocupan de los animales y recogen algunos productos del huerto. El día se está despidiendo y el sol luce rojo en el horizonte. Plaf corretea persiguiendo insectos voladores.

—¿Prendemos la *candelá*? —A Ulises le gusta emplear las nuevas palabras.

Encienden los palos y esperan a que suba la llama. Yacir está como ausente, y Ulises lo nota un poco inquieto.

—A lo mejor tenía que haberme parado a escuchar lo que decía aquella gente de la cueva, si hubiera puesto atención, a lo mejor los habría entendido.

—Tú dijiste que era mejor así, no le des más vueltas.

—A veces pienso que por algo se presentan a mí, que a lo mejor podría actuar. Las mujeres tenían miedo, se notaba que estaban amenazadas.

—Cuéntaselo a Yamal, él dice que no puedes actuar porque estás en otro tiempo.

Yacir se pone en pie y se estira.

—Tienes razón, mejor dejemos esta conversación.

Se quedan los dos un rato en silencio contemplando las estrellas. Ponen un cazo de agua a calentar para hervir unas patatas y unos huevos.

—Victoria, la amiga de la mujer del Chorlita, contaba el otro día a Dorotea que cuando estuvo sirviendo en Madrid, ella cenaba esto todas las noches.

—Pues será buen alimento. Yo no tengo ganas de cocinar más.

—Ni yo.

Hace viento, y nada más terminar la cena, apagan el fuego con agua y entran en el chamizo a dormir. Dejan la ventana y la puerta abiertas para que circule el aire, han desistido de dormir a la intemperie porque el cielo se ha encapotado y amenaza lluvia.

Durante la noche, Plaf se levanta de un salto y Ulises se despierta. Pone la mano en el hocico del perro para que no ladre y lo mantiene callado, aunque inquieto. Ulises oye pasos y voces susurradas, como en sordina. Aguzando el oído y prestando mucha atención, logra entender lo que dicen.

—… Te estoy diciendo que el negro sabe algo. Le he visto muchos días andando por las rocas y va a algún sitio… —Ulises pierde por un instante las palabras— pero el perro me descubrió —sigue susurrando la voz— y puse distancia, y luego ya no los encontré, no estaban en parte alguna, como si la tierra los hubiera tragado.

No logra captar las siguientes palabras, pero le parece que los dos hombres discuten. Con sigilo sacude un poco a Yacir, y le cruza un dedo en los labios cuando este abre los ojos.

Yacir comprende y se pone rígido y alerta escuchando.

Se oye el ruido de un helicóptero sobrevolando la zona, y de nuevo los murmullos de los hombres.

—Podemos cavar un hoyo por ese lado. Escondemos la mercancía y, total, si la descubren, los implicados son los chicos.

—Pareces bobo, ¿no has oído el helicóptero? A mí, como comprenderás, que enchironen a los chicos me trae sin cuidado, pero eso significa que perdemos la mercancía.

—¿Y qué hacemos entonces?

—Sigue guardándola tú de momento.

—Es que yo…

—Mañana seguiremos a los chicos para que nos conduzcan a ese lugar que dices. Lleva un trozo de carne envenenada para el perro por si se pone pesado.

Como si hubiera entendido la última frase, Plaf se desprende de un tirón de la mano de su amo, y se lanza afuera, ladrando enloquecido a los intrusos. Los chicos lo oyen gemir como si hubiera recibido una patada y salen a defenderlo, pero los hombres se alejan corriendo, y se esconden bajo los arbustos porque en ese

mismo momento el helicóptero vuelve a sobrevolarlos.

Los chicos irrumpen en la casa preguntando por Yamal. A Melika le sorprende que aparezcan tan temprano y con aspecto cansado.

—¿Qué hacéis aquí tan pronto? ¿Habéis ordeñado las cabras? ¿Habéis regado la huerta?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —Yacir contesta desabrido—. Déjanos, ¿quieres?

A Melika le hubiera gustado abrazar a su hijo, protegerlo de los malos espíritus, pero sabe que ahora no puede. Se acabó el tiempo en que él venía a refugiarse a sus brazos cuando tenía algún problema. Ese tiempo no volverá. Aquel niño desapareció demasiado prematuramente. Ahora es casi hombre, y las contrariedades con otros las convierte en malhumor hacia ella. Sabe que le toca callar y esperar con paciencia a que los chicos se sinceren, pero no puede remediar seguir preguntando.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—¿Está Yamal? —pregunta Ulises, que de momento tampoco quiere dar explicaciones.

—A vosotros os pasa algo.

—¿Está Yamal? —Yacir insiste con tono impaciente.

—¿Y por qué tengo que contestaros si vosotros no me contestáis a mí?

Melika se está enfadando y Ulises la comprende. Él le contaría ya todo lo ocurrido, pero sabe que Yacir no quiere.

—Es importante que hablemos con él. —Se expresa mostrando la mayor amabilidad.

—Pues averiguad vosotros si está o no está. Yo no soy una oficina de información.

Yacir golpea con los nudillos la puerta del cuarto de Yamal. Un gruñido lo invita a pasar. Yacir tiene aprendido que por las mañanas Yamal no está para bromas, tarda mucho en salir del mundo de los sueños, pero lo encuentra sentado frente a la mesa con un libro en la mano y un cuaderno en el que está haciendo anotaciones. Ulises corre a reunirse con ellos y cierra la puerta.

—Sentaos ahí —dice Yamal señalando la cama—. ¿Qué os pasa?

No saben por dónde empezar. Se van quitando la palabra de la

boca para añadir detalles a la narración. Le cuentan de la cueva, las dos cuevas, la abertura detrás de las plantas, el túnel que las comunica, la salida al mar. Yamal se muestra muy interesado.

—He oído leyendas sobre la existencia de ese paso, pero nunca hemos conseguido dar con él.

—Yacir descubrió la cueva, y el túnel lo encontró Plaf.

—Lo que habéis encontrado es muy importante, sobre todo si conseguimos que no se divulgue. Es un descubrimiento que puede ser trascendental para nuestra actividad clandestina. Pero os ruego una discreción absoluta, ¿me entendéis?

Asienten los dos y pasan a contarle las peripecias de la noche. Yamal se preocupa. Les advierte que la gente que anda rondándolos es muy peligrosa.

—Hay una operación de mucho cuidado en marcha en estos días. Se han perdido alijos de droga importantes. Esta vez no se trata de pequeños paquetes de hachís. A juzgar por los helicópteros y el despliegue de la Guardia Civil en la costa, se trata de algo mucho más gordo. La gente que comercia con eso no tiene escrúpulos. No conviene que volváis por allí. Y desde luego, a las cuevas y al túnel no debéis ni acercaros. ¿Conoce alguien más la existencia de esas cuevas?

Ulises le informa de que Marina y Amaro le descubrieron la cueva submarina pero que no conocen la existencia del túnel ni de la otra cueva.

—No les habléis de ello, y advertidles de mi parte que no hablen a nadie de la cueva submarina, y que no se acerquen por allí hasta nuevo aviso.

—Su padre también les ha prohibido que hablen de la cueva.

Yamal emite un pequeño gruñido.

—Y, sin embargo, os la enseñaron a vosotros y puede que lo hagan con otros amigos. Hablaré con su padre. No deben acercarse hasta que hayan detenido a esos bandidos. Ya os he dicho que son gente sin escrúpulos, y son capaces de cualquier cosa con tal de conseguir ese dinero sucio.

—Chorlita dice que ese dinero sucio dio de comer a mucha gente en Barbate y que ahora están desesperados.

—Es verdad que hace unos años circuló el dinero, pero esa es una trampa sin salida, ¿de qué les sirvió? Por un lado, ese dinero los

alimentaba y por otro los mataba. La ambición no tiene límites. Que les pregunten a las familias que han perdido a sus hijos en lo mejor de la vida, y a toda esa gente incapacitada por culpa de la dichosa heroína.

Los niños se estremecen ante la mirada de fiereza de Yamal, que se ha puesto en pie.

—¡Cochina política! Mientras favorece a unos, a los otros los deja enfangarse en un estercolero. ¡Esta es una zona maldita!

—Diego se queja de que alguien le tiene puesta la bota encima.

—¡La bota encima! Y ellos, ¿qué? ¿No son acaso también responsables? Aquí ha habido de todo. Pero han querido ir al dinero fácil y se han cargado lo que había. ¡Y ahora mucho quejarse y decir que les han puesto la bota encima! Tenían la maravilla dentro y fuera de ellos: ese carácter alegre y generoso que aún perdura en muchos a pesar de las penalidades; las playas, los montes, y el aire cristalino, con ese levante que barre de vez en cuando las impurezas; el cante hondo, el flamenco, que se han ido pasando de unos a otros en las barberías de los pueblos porque tenían tiempo para conversar y para cantar; y una pesca que si hubieran utilizado de forma razonable y no con malas artes, metiendo dinamita, les proveía con creces. ¿Dónde está todo eso?

—¿Hubo un tiempo feliz en Barbate? —pregunta Yacir.

—Hubo un tiempo más próspero, que no quiere decir feliz. Siempre ha habido explotadores y víctimas, como en todas partes. Siempre, al lado de la bonanza aparece la inmundicia.

Los niños lo miran asustados porque ha vuelto a elevar el tono de voz.

—Pero la maravilla existe —les dice dulcificando de pronto el tono—. La maravilla existe. Yo me encontré con ella en el desierto. Y cuando uno entra en contacto con ella, no puede resignarse a que los demás la desconozcan. Solo si somos capaces de participar todos de ella, la maravilla se manifestará.

Yacir recuerda que él también la palpó en el mar, pero lo que vino después fue tan terrible que nunca ha osado hablar de ello.

Yamal se queda en silencio. Ulises comprende que el tema que acaban de abordar es demasiado amplio para ser explicado al detalle. Pasa a hacerle otro tipo de preguntas.

—¿Quiénes son mejores, los españoles o los marroquíes?

—En todas partes hay víctimas y desesperados. Solo la solidaridad puede salvarnos. He encontrado casos desesperados tanto aquí como en Tánger, adonde acuden pobres de otros países africanos con la intención de embarcarse hacia Europa. Allí presencié horrores, los pobres subsaharianos eran perseguidos a muerte y tratados de la peor manera por los marroquíes, hasta el punto de que preferían tirarse por una ventana que dejarse atrapar por la policía.

—Pero ¿tú ayudarías a los de aquí si lucharan contra marroquíes? —pregunta Yacir.

—Si considero que llevan la razón, por supuesto. ¿No te han ayudado a ti aquí?

—Me has ayudado tú.

—No. Sin el apoyo de la gente de aquí, yo no podría haber hecho nada.

Ulises no sabe si Yacir lo considera de «aquí» o de «allí», pero no le importa. Él tampoco tiene fronteras, se identifica con Yamal.

—Pero hablemos de cosas prácticas. Vosotros tenéis que alejaros de esta zona durante unos días. Hablaré con Antonio, el padre de Marina, para que os acojan en su casa en Barbate. Además, estando con él nadie se atreverá a molestaros.

—¿Y las cabras, y el campo?

—Yo me ocuparé de eso. Ya sabéis que yo he sido pastor de cabras. Creo que me apañaré bien.

Yamal habla con Melika, y le comenta el plan que tiene para los chicos y por qué quiere alejarlos de Atlanterra durante unos días. Dorotea está preparando su desayuno en la cocina y los dos muchachos se le unen.

—¡Qué hambre tengo! —exclama Dorotea al abrir la alacena y contemplar su interior.

—¿Has corrido? —pregunta Yacir.

—Sí, durante una hora y me he dado un buen baño. El mar estaba espléndido. ¿Queréis tostadas?

Dorotea repara en los semblantes serios.

—¿Qué ha pasado?

Le cuentan sus aventuras y la decisión de Yamal de alejarlos de

allí. Suena el teléfono.

—Es tu madre —dice Dorotea a Ulises.

Ulises se pone alerta, tratando de captar el sentido de la conversación.

—Estamos en la cocina de casa, desayunando, tu hijo, Yacir y yo.

—…

—Sí, está muy bien, y animado. Ahora te lo pasaré.

—…

—Sí, cuéntame.

—…

—Claro, puedes venir cuando quieras. Me he concedido unas vacaciones y no tengo ningún curso previsto hasta después del verano.

—…

—De acuerdo, te paso a Ulises.

Él no desea que venga su madre. Está aprendiendo otra forma de vida y no quiere interrumpir su avance. De golpe, al sentirla cerca, le han vuelto a caer encima todos los problemas que arrastra su madre y que tanto le afectan.

—Hola, mamá.

—Hola, Ulises. Me dice Dorotea que estás bien y tengo ganas de verte. —Tras un silencio en el que Alicia espera en vano una muestra de empatía por parte de su hijo, prosigue la conversación —. Han ocurrido cosas entre tu padre y yo que hemos aclarado durante tu ausencia. Necesito hablar contigo.

Ulises siente que algo se encoge en su estómago. ¡Estaba tan feliz lejos de sus padres! ¿Por qué de pronto vuelve a sentir un fardo sobre sus hombros? ¿No pueden dejarlo vivir unas vacaciones tranquilo y en paz?

—Pero ¿no estabais en Perú?

—Al final no he ido, y papá ha regresado antes.

—Pues yo ya me había hecho a la idea de quedarme aquí tranquilo unos días más.

—¡Y para qué quieres tú la tranquilidad! Ulises, hijo, te estoy diciendo que te necesito, ¿estás tan ocupado que no puedes concederme unos días para encontrarte conmigo?

—Te recuerdo, mamá, que la que siempre está demasiado

ocupada para hablar conmigo eres tú, y siempre me pides que aplacemos las conversaciones. Yo, es la primera vez que te lo pido.

Le pican los ojos, le pica la garganta. No quiere llorar. Además, si llora, no sabe el motivo. Se da la vuelta, inquieto, para ver si Dorotea ha descubierto su angustia; pero está solo en la cocina. Yacir también se ha retirado.

—¿Cuándo vas a venir?

—La semana que viene. Estos días tenemos mucho jaleo en la oficina.

—Bueno, pues ya nos veremos.

—¡Ulises!

Cuelga el aparato antes de que su madre note las lágrimas que le estrangulan la voz. Termina el desayuno en silencio.

Cuando se reúne con los demás, le comentan que no irán a Barbate hasta el día siguiente porque Antonio y su familia están en Cádiz visitando a los abuelos.

Melika, desde la ventana de la cocina, ve llegar una furgoneta que estaciona delante de la verja. Un chico se baja dando un salto y corre por el camino tropezando con las piedras del jardín. Melika llama a Yamal y a Dorotea. El mozo abre la puerta de golpe y se queda jadeando buscando con la mirada a Dorotea, que acaba de entrar.

—Tiene que venir conmigo, Dorotea. Tiene que venir deprisa, porque está de parto, ¿sabe? Y le duele mucho…

—Cálmate, muchacho —le dice Yamal. Ha reconocido al sobrino de Diego.

—¿Quién está de parto?

—Una mujer marroquí. Les busqué un refugio allí, cerca de donde mi tío…

—Creo que debes empezar por el principio.

—Voy a preparar mi maletín mientras tanto —anuncia Dorotea, impresionada por la ansiedad del muchacho.

—Habíamos ido mi amigo Juanjo y yo a recoger la leche —empieza a contar atropelladamente el joven—. Y de paso queríamos ver si conseguíamos alguna pieza de caza. Ya sabe usted, es caza furtiva, pero…

—No importa. Sigue.

—Pues andábamos cazando en el campo y de pronto me veo a

esa mujer ahí. Y cuando me acerqué, aparecieron como unos ocho niños, y todos besándome las manos, y la mujer decía: «Comer, comer». Y a mí se me puso una cosa en el pecho que yo no sabía qué hacer porque era una lástima ver aquello, y dos mujeres más aparecieron y me decían: «Dormir, dormir». Y yo iba con un compañero que me apremiaba: «No te metas en líos, que puedes ir a parar tú a la cárcel». Porque ya sabe usted, don Yamal, que los que ayudan tienen problemas, que los llaman traficantes de humanos o algo así y piden cárcel para ellos. Pero yo no tenía corazón de dejar a esa gente así. Y le dije a mi amigo: «Tú calla, vamos a hacer lo que podamos». Y me acordé de una estancia de ganado que había cerca y que estaba abandonada, y les dije: «Venid conmigo, dormir, dormir». Y los conduje hasta ahí y los niños me besaban las manos. Una de las mujeres estaba preñada y andaba con dificultad. Y las mujeres me decían: «Comer, comer». Y nosotros acabábamos de desayunar y andábamos solo con calderilla. Y yo le dije al otro: «Si juntamos lo poco que nos queda podemos comprarles un kilo de pan». Y fuimos a la tienda y le dije al tendero: «Tengo ahí unos cuantos que se están muriendo de hambre, yo les compro un kilo de pan, pero tú dame algo más para que lo coman con el pan». Y él no sabía qué darme, pero se decidió por unas latas de pescado, y se lo llevamos todo y las mujeres se quedaron muy agradecidas. Pero la que estaba preñada estaba tirada en el suelo gimiendo y gritando, y otra de las mujeres me cogió de la mano y me señaló a la preñada. «Ayuda», me dijo. Y me indicó por señas que estaba a punto de parir. Y por eso he venido aquí a buscar a Dorotea. Yo nada más podía hacer.

Dorotea ya tiene su maletín preparado. Da orden a los chicos:

—Coged un par de sábanas y otro de toallas grandes. Melika, dales un barreño bien limpio y una olla para hervir agua. Vamos, chicos, vosotros venid conmigo, puede que necesite ayuda.

—Yo también iré —dice Yamal—. Me haré cargo de las otras mujeres y de los niños.

—¿Y yo? —pregunta Melika.

—Prepárame una habitación. Traeremos aquí a la madre y a la criatura en cuanto podamos moverlos. ¡Ah! Y dales también a los chicos un recipiente con tapa para la placenta.

—Ojalá sea una niña —murmura Melika.

—Vamos, vamos —apremia Charly, el sobrino de Diego.

—No te preocupes —le dice Dorotea—. Ella está rodeada de sus amigas, y ellas la ayudarán; además, por lo que has contado, es un principio de parto, y las cosas no suelen ir tan rápido.

Yacir parece confuso. Se acerca a Ulises, y le pregunta en voz baja.

—¿Tú sabes cómo paren las mujeres?

—Sí —contesta Ulises—. Nos lo explicaron en el colegio. Nos pusieron una peli, pero no se veía mucho, porque la madre estaba de espaldas.

—En las pelis todo lo cambian. Yo no he visto ningún parto, pero he oído muchos y Said me lo contó. Creo que es horrible.

—No hagas caso de las cosas que te contó Said. Yo creo que él también lo cambia todo.

A Ulises no le gusta Said. Todo lo que su amigo comenta de él le parece feo, como distorsionado. Él se siente emocionado y nervioso. Le parece que en estas vacaciones está viviendo la vida de verdad, no contemplándola en la pantalla o jugando apartado de lo que ocurre alrededor. Se siente por primera vez como si fuera el verdadero actor de su vida. Todo lo que ocurre le afecta y puede participar en ello.

—Es mejor que Plaf se quede con Melika —le dice Dorotea justo cuando Plaf se está preparando para saltar a la furgoneta.

—Es verdad —dice Ulises, quien lo coge en pleno salto y lo lleva en brazos a la cocina.

Después corre hacia la furgoneta, que ya Charly está arrancando con nerviosismo. Detrás de ellos sale el coche de Yamal con este y con Dorotea. Por el camino se paran a comprar unas cuantas cosas que Dorotea va a necesitar. Cuando llegan al lugar, oyen los gritos de la mujer.

—Yacir —apremia Dorotea después de echar una mirada a la parturienta—, vete a llenar esta olla de agua. Y tú, Ulises, coge unos cuantos palos y enciende una hoguera. Ayúdalo, Charly.

—Yo ya he hecho lo que tenía que hacer —dice el muchacho—. Yo no me quiero meter en líos. Además, tengo que llevarle la leche a mi tío.

Yamal se enfrenta a Charly con voz de mando.

—Baja la leche del coche. Nos vendrá muy bien para alimentar a

esta gente. Y ¿qué es eso de que no te quieres meter en líos? ¿No has sido tú el que ha metido a Dorotea en el lío?

—Yo he hecho lo que he podido.

—Siempre se puede hacer más. Venga, ayuda a Ulises con los palos.

El chico agacha la cabeza y obedece. Dorotea y Yamal entran en la cuadra y hacen salir a todos excepto a una mujer arrodillada junto a la parturienta que está agachada en cuclillas.

—Me llamo Dorotea. —Se dirige a las mujeres en su idioma.

—Yo soy Zehra —dice la mujer acompañante—. Y ella Mina.

—Pídele a Charly que se acerque a la choza de Diego y nos traiga una silla —dice Dorotea a Yamal.

Ulises ha hecho un cerco de piedras y dentro ha colocado los palos. Yamal enciende el fuego con su mechero.

—Echa un poco de esa paja —le dice a Charly—. Y tú, Ulises, vigila para que no salte ninguna chispa fuera. Si salta una brasa, la apagas con el zapato.

Cuando llega Yacir con el agua, vierten un poco alrededor del fuego para que no prenda nada y colocan la olla en las piedras.

—¡Charly! —Yamal se acerca a la furgoneta cuando el muchacho está a punto de arrancar—. Llena de agua todos los cacharros que puedas y tráelos también para acá.

Después añade, dándole una palmada en la espalda:

—Y no te preocupes por la bronca de antes. Has actuado como debías. Yo te pido un poco más porque es necesario.

—Gracias, don Yamal, yo también le pido perdón. Es que estaba nervioso. Nos meten miedo, ¿sabe?

—Aquí siempre habéis sido solidarios con los inmigrantes, no permitáis que os cambien.

Los gritos de la mujer empiezan a ser desgarradores. Cuando llega Charly con la silla, Dorotea la voltea hacia abajo, y la mujer se agarra a las patas.

—¡Ulises! —le susurra Dorotea—. Tráeme las toallas y la sábana.

Zehra se levanta y espera en la puerta para recoger la ropa. Dorotea cubre a la parturienta con la sábana y les dice a los chicos que pueden entrar si quieren, el bebé está a punto de salir. Yacir prefiere quedarse fuera, pero Ulises entra. Dorotea le hace colocarse detrás de la madre.

—No te asustes por los gritos —le dice—. Todo va bien. Los gritos la ayudan a empujar y a soportar el dolor. Toma, límpiale el sudor con este paño. ¡Mira! ¡Asómate! Aquí está la cabeza.

Ahora Dorotea habla en árabe a la mujer, y ya no se ocupa más de él. Ulises siente a Mina empujar con todas sus fuerzas. A él le parece que va a partirse en dos.

—Sujétala por detrás —le dice Dorotea—, por los riñones.

Ulises no sabe bien donde están los riñones, pero hace lo que puede.

De pronto se oye el llanto del bebé. Ulises extiende en el suelo las toallas. La mujer emite ahora un grito diferente como de liberación y de alegría, una especie de canto. Dorotea la ayuda a tumbarse sobre las toallas, le abre un poco la ropa y coloca al bebé sobre su vientre. El bebé va reptando hasta alcanzar el pezón del pecho de Mina. Ulises está encandilado. Dorotea cubre a Mina y a su hijo con la sábana y tiende las tijeras a Zehra para que las ponga a hervir en el agua. Mientras espera, le adelanta a Ulises que va a cortar el cordón cuando deje de latir. Después de hacerlo le pide a Mina un último esfuerzo.

—¿Qué pasa ahora? —le pregunta Ulises.

—Todo ha ido bien. Ahora tiene que alumbrar la placenta.

Ulises observa cómo Zehra empuja el vientre de la madre hacia abajo mientras Dorotea tira suavemente del cordón.

—Ya está —dice finalmente Dorotea—. Acércame ese cacharro.

Dorotea se pone en pie. El bebé está tranquilo junto al pecho de la madre.

—¿Es un niño o una niña? —pregunta Ulises.

—Un niño —contesta Dorotea—. Ven, vamos a salir fuera. Zehra se va a ocupar de recoger todo esto.

Yamal abraza a Dorotea, que está emocionada.

—Cada vez me parece un milagro.

—Tengo a la *troupe* en el coche —le dice Yamal. Hablé con el Padre Patera y nos va a echar una mano. ¿Qué te parece que hagamos con Mina y el bebé?

—Los voy a llevar a casa, necesitan reposar un tiempo.

—Charly se queda contigo. Él os llevará a casa. ¿No ha hecho falta coser?

—No. Ni siquiera se ha desgarrado por dentro. Ha sido un parto

afortunado.

—¿Necesitas a Zehra, o puede venir con nosotros?

—No la necesito ya, gracias. Me quedo con los chicos. Antes de volver a casa, mira a ver si puedes comprar ropa de recién nacido; yo solo tengo pañales que, de momento, son suficientes. Ahora es importante que madre e hijo estén juntos, piel con piel, cualquier tela que se interponga molestaría.

Ulises llega a Barbate cansado, *como apaleao*, sin ganas de nada, con esa sensación de derrota que le entra cuando no se atreve a pelear por lo que él quiere. Puede que sea verdad eso que dicen sus amigos de que es un cobarde por no rebelarse. Si él hubiera tenido agallas para enfrentarse a Yamal, para decirle que no quería retirarse a Barbate, que no quería separarse de Mina —ni de Sami, el recién nacido—, puede que Dorotea lo hubiera comprendido y apoyado. Pero ha temido la burla de sus amigos, o merecer esa horrible palabra que pronuncia su madre, «hipersensible», cuando él se esconde para llorar con las películas, que solo le afectan a él en su casa. Sin embargo, no es por cobardía por lo que él no quería alejarse. Al contrario, había perdido el miedo a los narcos que andan todavía sueltos, y ni siquiera le preocupa el jinete malvado que él encontró y que, según Yamal, puede que sea ese cabecilla tan peligroso. Ni el jinete, ni el recuerdo de su mirada fría y cruel le afectan ahora que acaba de participar en la aventura más acojonante de su vida. El parto en aquel establo, y sobre todo la llegada de Sami a la vida, lo mantienen todavía flipado. Estando en Barbate, siente como si le hubieran arrancado a la fuerza de una historia que para él no ha terminado. Él necesita un tiempo para asimilar las cosas. Todavía están dentro de él aquel olor, la visión de la sangre, el calor, los gritos… y esa magia al final, cuando el bebé abre los ojos a la vida. Ese instante. Y luego la llegada a casa de Mina con el niño, cuando Zehra le ofreció a él el cachorrito llorón diciendo «tú dormir», como si le hubiera adivinado el pensamiento y las ganas que él tenía de tomarlo en brazos para consolarlo; y él lo sostuvo apretadito contra su pecho para darle seguridad. Revive el calorcito de su cuerpo, los ruiditos de su boca y los gestos de sus pequeñas manos antes de abandonarse al sueño en sus brazos; y luego, la sonrisa de la madre cuando volvió a colocar al bebé a su lado… Lo atormenta la idea de perderlos para siempre, a todos ellos, como si perdiera una parte de la vida que se ha abierto a él. De vez en cuando le asalta el recuerdo de aquellos

niños que le besaban las manos cuando él les ofreció la leche que bebieron con ansiedad, y de las madres que los observaban mientras bebían conteniendo su propia necesidad… Él nunca se había encontrado con algo así. Necesita vivir el final de la historia, quiere saber qué va a pasar con todos ellos. Le preguntó a Yamal, pero no entendió bien la respuesta. Dijo que haría lo imposible por encontrarles algo en Marruecos porque en España no se podían quedar. Le explicó que, por la ley de extranjería, a los marroquíes se les manda de vuelta a su país, es distinto con los que vienen de más lejos y cuesta más repatriarlos. ¿Y Sami y Mina? «Ya veremos». A lo mejor no sabía la respuesta, o a lo peor no quería que él la conociera. «Ya veremos» es lo que dicen los adultos cuando no quieren contestar. Pero él necesita saber, y por eso ha seguido indagando. Dorotea le explicó que ella los iba a acoger unos días, pero que era difícil que pudieran quedarse en España. ¿Por qué, si aquí hay tantas cosas y tantas casas vacías? Si él fuera adulto arreglaría para ellos una de esas casas grandes que están deshabitadas y les llevaría comida todos los días hasta que encontraran trabajo. Dorotea vio sus lágrimas de impotencia, y le explicó que las cosas son mucho más difíciles de lo que parecen. Le dijo que, desde su posición, ella puede dar alivio a unas cuantas personas, pero que son las políticas de los países las que tienen que cambiar, y que para contribuir a esos cambios hay que luchar como hace Alicia, su madre. ¿Su madre está luchando por cambiar las cosas entre España y Marruecos? Dorotea no lo puede asegurar, pero sí sabe que Alicia está luchando por lo que cree, y que por eso está tan ocupada y a veces nerviosa.

—Vamos, Uli, ¿qué haces ahí parado? —Amaro tira de él—. Ven al cuarto con los demás.

Yacir está sentado en una cama al lado de Marina. Están charlando los dos tan animadamente que no se enteran de su llegada. Ulises comprende que tiene que apartar de su mente las preocupaciones que lo abruman porque no va a poder compartirlas con ninguno de sus tres amigos. Le duele no poder hacerlo con Yacir, que ha vivido la misma experiencia que él, pero no parece afectarle. En ningún momento lo ha visto simpatizar con aquella gente a pesar de ser compatriotas suyos.

—Deja ahí tus cosas —le está diciendo Marina—. Ven, Yacir,

vamos a mi cuarto.

Ya no le gusta Marina. Se da cuenta de que quiere separarlo de su amigo y formar dos bandos: ella con Yacir, y él con Amaro. Le fastidia que Yacir se deje dominar como otros por la chica que le gusta. Amaro está encantado de que su hermana se retire con Yacir y lo deje a él con Ulises y con Plaf. Pone todo su empeño en contentar a Ulises.

—¿Quieres que vayamos a la playa?

—Sí. —Tiene la impresión de que zambullirse en el mar va a ayudarlo a desprenderse de todos los malos rollos, pero le pide a Amaro que vuelva a preguntar a Yacir y a Marina si quieren unirse a ellos.

—No quieren —dice Amaro regresando a su habitación—. Dicen que hace mucho viento.

—A mí no me importa el viento.

—A mí tampoco.

—¿Adónde vais? —grita Paqui—. Ni se os ocurra ir a la playa, que hace un *levantazo* horroroso.

Ulises y Amaro salen corriendo sin hacer caso, seguidos de Plaf. Paqui, que está acostumbrada a que la desobedezcan, no hace nada por retenerlos.

Ulises está enfadado. La playa está vacía y el viento azota fuerte, tan fuerte que se les quitan las ganas de acercarse al agua.

—Vamos donde mi abuelo —propone Amaro. Y Ulises acepta, porque prefiere cualquier cosa a regresar a la casa y quedarse rabiando en el cuarto de Amaro. Sabe que al abuelo lo llaman el Pulla, y que tiene un bar porque estuvo allí con Dorotea el día que bajaron al mercado. Amaro le quiere enseñar la tabla de surf que le regaló el tío que vive con el abuelo. La guarda en el patio de aquella casa, así como las bicicletas y el monopatín, que no caben en la suya. Atraviesan el bar, que está vacío, para llegar a la vivienda. Al pasar delante de la cocina, Amaro grita:

—¡Lola, prepara para mi amigo unas tortillitas de camarón!

Sale una mujer bastante joven, que es la nuera del Pulla.

—¡Calla!, que está tu abuelo dormido.

—¿*Dormía* a estas horas?

Aparece el Pulla frotándose los ojos.

—¡Qué voy a estar *dormío*!, solo me había *quedao* traspuesto.

Con este levante la gente no se *atermina* a salir. Y aquí estamos mano sobre mano. ¡Anda, Lola! Prepara también unas croquetas de las que nos gustan al chaval y a mí. —Se dirige a Ulises: Yo no he visto a un nieto que se parezca más a su abuelo. Igualitos somos.

Ulises no ve el parecido.

—¿Te parecías a él a su edad?

—Enséñale la foto, abuelo.

El Pulla abre un cajón y saca una fotografía antigua, la única que tiene de cuando él era niño. En ella se ve un grupo de gente frente a unas chabolas. El Pulla señala con el dedo a un chavalillo canijo y flaco.

—Este soy yo —dice con orgullo—. De ahí me viene el nombre del Pulla, porque más parecía una raspa de sardina que otra cosa. Este barrio donde vivíamos —añade señalando las chabolas—, se llamaba El Zapal.

—¿Hacíais vosotros las casas?

—Las hacían los hombres y las mujeres. Allí no teníamos ni luz ni agua corriente, ni váter ni *ná de ná*. La vida de ahora es un lujo.

Ulises contempla en la foto las piernecillas de alambre del pulla y su carita chupada, tan distinta a la de Amaro, que es más bien gordito.

—Aquí no te pareces a Amaro.

—Ni aquí ni en ningún lado —dice el Pulla—. En lo físico no nos parecemos en nada. Pero en lo demás somos iguales. Anda, *quillo*, enséñale tu tabla de coger olas.

Amaro lo conduce al patio, donde está la tabla. El Pulla llega detrás.

—En esto es en lo que nos parecemos —dice—. Yo era como él, y no había quien me sacara del agua. Sin embargo, al hijo, que es su padre, de chico no le tiraba la mar como a nosotros.

—Pero ahora es buzo.

—Sí, luego, sí, en el servicio militar se decantó por eso. Pero de niño más bien le gustaban los libros y esas cosas. Yo era como este, aunque diferente, porque entonces las cosas eran diferentes. Nosotros nos movíamos por el pueblo en pandillas, y al surf lo llamábamos «coger olas». Aquello era divino…

El abuelo les narra las hazañas de su infancia. A Ulises le gusta escucharlo, aunque se le escapen algunas palabras por lo del habla

andaluza; pero no pierde el hilo de la historia, que va acompañada de gestos que lo ayudan a imaginar a aquel Pulla de piernas flacas deslizándose sobre las olas sobre uno de los grandes corchos que los chicos robaban en la almadraba.

—El truco está en las rodillas; para no perder el compás de las olas, te sujetas con las rodillas. Así.

Llega Lola a interrumpirlos con los aperitivos humeantes.

—Anda, comed —dice el abuelo. Ulises coge una croqueta y la suelta al vuelo porque quema.

—¡Y les corría la Guardia Civil! —dice Amaro muerto de risa.

—Éramos chiquillos de doce o trece años y nos bañábamos *desnúos* porque no teníamos bañador. Yo solo tenía un pantalón, y la mayoría no teníamos zapatos.

—¿Y pasabais hambre?

—No. Lo que se dice hambre no pasábamos gracias *al pescao*, que en ese tiempo en Barbate había mucha pesca, y eso nos libraba del hambre absoluta. —Ulises se acuerda de los niños marroquíes y piensa que ellos sí debían de estar pasando «hambre absoluta».

—¿Por qué os perseguía la Guardia Civil?

—Anda *quillo*, come, o ¿es que no te gusta?

—Claro que me gusta. —Ulises come una croqueta soplando entre los dedos.

—Nos corría la Guardia Civil por dos motivos: el uno, por coger los corchos de la almadraba, y el otro, por ir *desnúos*, que decían que a nuestra edad era una indecencia, aunque el motivo fuera que no había dinero para comprar un bañador.

—Cuéntale cómo cogías la ola mayor —le pide Amaro con la boca llena.

—¡Eso era lo mejor del mundo entero! Cogías la ola mayor y rodabas con ella hasta que se deshacía, vigilando siempre cuando estábamos en la altura por si aparecía la Guardia Civil.

—Y si os atrapaban, ¿qué os hacían?

—¡Darnos una paliza!, pero no se lo poníamos fácil. Al principio huíamos por tierra y acababan cogiéndonos y apaleándonos, pero luego espabilamos y nos escondíamos bajo el agua y allí resistíamos sin respirar, conteniendo el aliento, y no nos descubrían.

Ulises piensa que no le habría importado ser niño en la época del Pulla y haber jugado a «policías y ladrones» pero de verdad,

como ellos.

Ulises pasó la mañana entretenido y comió un montón. Cuando se calmó el viento, salieron Amaro y él a la playa, pero grandes nubarrones se acercaban por el este y decidieron regresar a casa. Mientras andaban por las callejuelas, Amaro pasó el brazo por el hombro de Ulises, pero este se apartó queriendo dejar claro que su mejor amigo seguía siendo Yacir, a pesar de su aparente distanciamiento. Cuando se acercaban a la vivienda, oyeron gritos de pelea. Ulises se asustó al reconocer las voces de Paqui y de Antonio, pero Amaro ni se inmutó.

—Andan a la gresca —le dijo sonriendo.

La puerta de la casa se abrió y Antonio salió dando un portazo y pasó refunfuñando y sin verlos.

—¡Míralo cómo va! Ese hasta la noche ya no regresa.

Ulises admira el buen humor de Amaro.

—¡Cuidado ahora con la Paqui! —sigue bromeando Amaro—. Está que arde.

Se abre de nuevo la puerta de la casa y sale Paqui, que sin verlos se pone a gritar:

—¡Amarooooo!

—¡Adónde vas! ¡Si me tienes delante!

—Pues sí que estoy yo bien, que no os había visto. —Paqui sonríe, como siempre—. Anda, pasad y lavaos las manos que ya tengo la comida dispuesta.

—¿Y Marina y Yacir?

—Se fueron a la Hierbabuena, los llevó Santi en la moto.

—¿Allí no sopla el levante?

—Claro que sopla, pero Marina se empeñó en salir cuando se calmó el viento.

Sin saber exactamente el motivo, una cierta inquietud se apodera de Ulises.

—Espero que no les pase nada.

—¿Y qué les va a pasar?

No sabe qué, pero algo les puede pasar. Marina no le inspira confianza, puede que anime a Yacir a meterse en el agua sin que él esté preparado, puede…

—Aquí llegan.

Entra Marina riéndose, acompañada de una amiga.

—¿Y Yacir? —pregunta Ulises intranquilo.

—¡Tu amigo es más raro…! Se lo estaba contando a esta.

—¿Dónde está?

—Ahí fuera.

—Pues dile que pase, que ya tengo la comida.

—Que no quiere.

—¿Cómo que no quiere?

Ulises se pone en pie.

—¿Ha pasado algo?

—¡Yo que sé qué ha pasado!, que de pronto se ha puesto como loco dirigiéndome conjuros como si yo fuera una bruja o algo así. —Se ríen las dos amigas—. Te lo juro que eso es lo que ha pasado.

Ulises sale de la casa y se encuentra a Yacir sentado en el suelo en la esquina de la calle. Ya de lejos le nota extraño, por el gesto del cuerpo.

—Tío, ¿dónde te habías metido? —le pregunta Yacir al verlo.

A Ulises le sorprende la pregunta, pero le halaga pensar que Yacir lo ha echado de menos.

—Por ahí, ¿y tú?

Yacir levanta los hombros y deja vagar una mirada descarriada. Ulises se preocupa.

Sale Amaro a la puerta.

—Dice la Paqui que paséis a comer.

—Dile que no tenemos hambre.

Sale Paqui secándose las manos en el delantal.

—Yo no sé qué le pasa hoy al personal —dice amenazante—, debe de andar la luna *revolucioná*. De mi casa no os vais sin comer…

—Es que el Pulla…

—¡El Pulla, el Pulla! Le tengo dicho a Amaro que no vaya ahí antes de comer. —Suena el móvil que tiene en el bolsillo del delantal y lo atiende mientras entra dentro de la casa.

—¡Vámonos! —dice Yacir.

Ulises no las tiene todas consigo.

—Es que Paqui…

—¡Vamos!

Se ponen a andar los dos sin rumbo fijo. Dejan atrás unas casas y la gasolinera en la salida de Barbate hacia Vejer.

—¿Adónde vamos? —pregunta Ulises preocupado.

—Nada, aquí. —Yacir señala un bosquecillo en el que se están adentrando.

Ulises se siente intranquilo, hay algo en el aire que lo inquieta.

—Me gusta mucho más el bosque del otro lado, la Breña.

—Y a mí —dice Yacir—, pero eso queda más lejos. Además, por aquí llegamos a las marismas.

Apenas se han separado unos pasos de la carretera cuando un coche se para cerca de ellos y oyen que alguien los llama.

—¡Eh, chicos!, ¡acercaos!

La ventanilla de atrás del coche está bajada y por ella sale un pie vendado.

—No te acerques, Yacir. Creo que he visto…

Se abre la puerta del coche y sale un hombre. Yacir y Ulises se adentran corriendo en el bosque. Se lanzan detrás de unos matojos y ven pasar a dos hombres corriendo. Uno de ellos se tropieza. «¡Me *cagoen*…!». El otro va directo hacia su escondite, como si los hubiera descubierto. De pronto se oyen unos silbidos frenéticos, y los dos hombres corren hacia el coche, al que les da tiempo a saltar antes de que arranque levantando una humareda de polvo. Al instante se oye la sirena de un coche de la Guardia Civil que se lanza en su persecución.

—De buena nos hemos librado —dice Ulises poniéndose en pie.

—Eran los narcos, seguro —dice Yacir.

—Me parece que he visto al hombre —dice Ulises—. Era el del pie vendado, el que iba en el asiento de atrás.

—¿Tienes móvil?

—No, ¿y tú?

—Tampoco. Vamos a la casa de Paqui, tenemos que avisar a Yamal.

Paqui aparece en la puerta. Ulises ve con sorpresa que Antonio está sentado frente al televisor.

—Vamos, chicos —dice Antonio con tono festivo—, pasad a comer, que la Paqui tiene que salir.

—No podemos comer, tenemos que llamar a Yamal —dice Yacir.

Le cuentan lo que ha pasado. Antonio se pone en pie de un brinco.

—¡Hijos de…! —Coge su móvil y llama a Yamal.

—Venga para acá —le dice— que los chicos tienen algo que contarle.

Cuando Yamal aparece, Ulises y Yacir ya han comido. Paqui no les ha dejado escapar sin probar sus fideos a la caballa. Marina y su amiga se han ido, y Amaro está con ellos queriendo enterarse de lo que ocurre. Yamal habla un rato con Antonio y después llama a los chicos. Se despiden y suben los dos a la parte trasera del coche.

Un velo de tristeza ha vuelto a caer sobre los ojos de Yacir. Ulises coge la mano de su amigo en señal de solidaridad, y este no la retira.

Nada más entrar en la casa, Ulises se da cuenta de que las mujeres y los niños no están.

—Mina y Sami están en casa de Sally —aclara Dorotea a Ulises —, iremos a saludarlos antes de que te vayas.

—¿Por qué están ahí? —Ulises parece desolado.

—Mina ha huido de una situación muy dura en su país y no puede soportar la idea de ser reenviada a su lugar de origen. Sally está encantada de tenerlos con ella, le gustaría que se quedaran en su casa como Melika y Yacir están aquí.

—¿No pueden quedarse contigo?

—No, estarán mucho mejor ahí. Yo ahora no puedo afrontar ese tema. Yamal va a encargarse del papeleo necesario para que no tengan problemas, y Sally pueda contratar a Mina para el trabajo doméstico.

—¿Y Zehra y los demás?

—También se está ocupando Yamal de su caso.

Le sorprende que Dorotea utilice una de esas frases misteriosas que no le aclaran la situación. Pero después de un silencio, Dorotea sigue informándolo.

—Hay una persona en Algeciras que está haciendo una gran labor con los inmigrantes sin papeles que acuden a su puerta, lo llaman el Padre Patera. Yamal está en contacto con él. Los niños y las madres van a estar bien; la otra mujer trae el nombre y la dirección de unos parientes en Sevilla y se la ayudará a que viaje hasta ellos.

La inquietud de Ulises queda en parte resuelta. Ya no le interesan otros temas, pero Dorotea sigue informándole, quizá para distraerlo de su desilusión.

—Han cogido a los narcos que os rondaban la otra noche, pero queda alguno suelto. El caso sigue abierto y lo investigan la Guardia Civil y la policía.

—¿Y también Yamal?

—Eso ya no es asunto suyo. Él en eso no participa. Yamal es

solamente un hombre solidario que no puede codearse con el dolor y el abuso de poder sin intervenir. Tiene, por su trabajo, muy buenos contactos a ambos lados del Estrecho, y aprovecha su situación privilegiada para echar una mano a todos esos desesperados que se lanzan al mar buscando en la Unión Europea un refugio que no encuentran.

—¿La Guardia Civil persigue a los inmigrantes como a los narcos?

—Son perseguidos por la ley de los llamados países de acogida y que en realidad no lo son.

—¿Y, aparte de Yamal, los ayuda alguien más?

—Hay muchas personas que hacen lo que pueden e incluso más. En general, la gente de la costa es muy solidaria, y algunos, como el Padre Patera, se dedican de lleno a ello. Yamal ha ido creando una red de amigos que están siempre dispuestos a echar una mano. Algunos son miembros de la Guardia Civil que, a pesar de tener que hacer respetar la ley imperante, tienen la suya propia y no son indiferentes al dolor ni a la desesperación ajena.

—¿Es una organización?

—No exactamente. Digamos que es un grupo de amigos.

—¿Tú perteneces a ese grupo de amigos?

—Ahora sí, y además estoy en contacto con organizaciones que denuncian situaciones en que no se respetan los derechos humanos, y que cooperan activamente para corregir las injusticias. Como sabes, mi especialidad es el parto, y trabajo para que se desarrolle de la mejor manera posible, tanto en países técnicamente avanzados como en los tercermundistas. En ambos casos, y por diferentes motivos, los derechos de la mujer están amenazados. La ayuda que yo puedo aportar varía mucho de un país a otro.

—¿Conoces a los amigos de Yamal?

—Los amigos de Yamal son también mis amigos, aunque no los haya visto nunca. Nos une lo que el Padre Patera llama la ley del amor. Él es uno de nuestros amigos, no se ciñe a las leyes políticas y pertenece a los Hermanos de la Cruz Blanca, una organización religiosa: él cuenta, además, con el gran apoyo de la fe.

—¿Siempre ha vivido en Algeciras?

—No. Ha tenido diferentes destinos, pero conoce muy bien el tema de los inmigrantes sin papeles. Durante un tiempo vivió en

una casa de la comunidad en Tánger y se dedicó a acoger a los que huían de otros países africanos buscando embarcarse para Europa.

—Como Yamal.

—Sí, los dos han tocado ese dolor y esa desesperación muy de cerca. Pero, además de atender a estos inmigrantes, se ocupa de muchos casos de gente del país, sobre todo ancianos sin hogar en Algeciras.

Ulises permanece unos minutos en silencio, agradeciendo interiormente a Dorotea la paciencia y el tiempo que le está dedicando. Ella no parece nerviosa ni desesperada como su madre cuando él la acosa a preguntas y tiene que dejar de hacer algo para atenderlo.

—¿Yamal y tú no creéis en nada?

—Creemos en lo que hacemos. Seguramente la leche de Zulema contenía un ingrediente de independencia. Es un rasgo que nos hermana. Y hablando de otra cosa, tu madre llega mañana, Ulises. Hace más de una semana que acabaron las vacaciones y debes volver al colegio. Yamal se va a llevar a Yacir una temporada al desierto. Nos quedaremos solas Melika y yo.

Ulises percibe una nota de tristeza en la voz de Dorotea, como si ella también sintiera la disolución de una etapa, como si estuvieran al final de algo que los va a separar a todos.

—¿Se van para mucho tiempo?

—Me temo que sí. Yamal vendrá de vez en cuando, pero Yacir deberá permanecer en el desierto. Tú has ayudado mucho a que eso sea posible. Gracias a ti, Yacir se ha abierto a los demás; no siempre con éxito, pero la vida es así. Ha podido, por lo menos, desarrollar la amistad contigo. Eso para Yamal era muy importante. Dice que antes de enfrentarse a la soledad tiene que abrirse al sentimiento. Solo así podrá captar la canción del desierto que debe ayudarlo en su camino.

—Me gustaría poder acompañarlos.

—De momento eso no es posible, pero seguramente algún día podréis seguir con vuestra amistad. Espero que no tardéis tanto como Yamal y yo.

—Yacir es mi mejor amigo.

—Lo sé. Habéis sabido respetar un tiempo de espera para conoceros en vuestra diferencia, y eso ha dado muy buen resultado.

Dorotea habla sin la alegría habitual y a Ulises se le encoge el corazón. Algo se ha roto o se ha precipitado. Había otros planes anteriores que de momento no se están teniendo en cuenta.

—¿Recuerdas los planes de pasar el próximo verano juntos, y de invitar a la nieta de Yamal? También dijiste que Yacir tenía que acabar los estudios antes de irse.

—Era mi deseo, pero la vida es cambiante, como las dunas del desierto. Avanzamos día a día según lo que nos sale al paso. Yacir le ha explicado a Yamal que le es imposible centrarse en los estudios; nada de lo que le presentan le interesa, y le gustaría intentar avanzar por otro lado. Yamal ha considerado lo que le decía y ha variado el plan. Iremos viendo.

Alicia llega al día siguiente y entra por la puerta de la cocina. Melika está ausente y en la casa no se oye ruido alguno. Grita el nombre de Dorotea, que abre la puerta de su cuarto y sale a recibirla. Alicia nota en ella algo distinto, una expresión como alejada o ausente. Se acerca a abrazarla.

—Hola, Dorotea, me había asustado. Estaba todo tan silencioso, y la puerta abierta…

Se aparta para escudriñar el rostro de Dorotea.

—¿Te pasa algo?

—Todos se van a ir de esta casa al mismo tiempo y me siento un poco perdida.

—¿Se van todos? ¿Porqué?

—La vida manda.

Alicia no entiende, pero le ofrece su ayuda.

—Dorotea, si necesitas que Ulises se quede un poco más, o yo…

—No. Es así. Es el final de una etapa y no podemos cambiarlo. Dentro de unos días yo también tendré que retomar mis ocupaciones. Ahora estoy en una despedida, y dentro de poco estaré de nuevo en un comienzo.

—También yo estoy en un momento parecido. Pablo y yo hemos iniciado una separación. Soy tan egoísta que venía con ganas de soltarte todo, pero creo que ya tienes bastante con lo tuyo.

—Pasa. —Dorotea la invita a entrar en su habitación—. Charlaremos como hace años. Los chicos están en la playa con Yamal, y Melika ha ido a hacer la compra.

Cuando regresan Yamal y los dos muchachos, se encuentran con

Alicia saliendo de la habitación de Dorotea con la expresión alterada y lágrimas en los ojos.

Ulises se acerca a abrazarla, y Plaf salta alegremente a su alrededor.

—¿Qué te pasa, mamá?

—Nada concreto. Estaba hablando con Dorotea y me han conmovido sus palabras.

Dorotea también parece triste. ¿Qué habrá pasado? ¿Por qué todo ha cambiado tan de repente?

Alicia nota en su hijo una expresión más adulta. Mientras Yamal y Yacir saludan a Dorotea, Alicia se retira con su hijo a la cocina.

—Te noto cambiado, Ulises, más mayor.

—No exageres, mamá, solo han pasado unos días.

—Tienes razón, pero han debido de ser días intensos. Papá y yo también hemos vivido cosas que quiero comunicarte. Si te parece, cuando estemos listos, salimos a dar un paseo.

—Yo estoy listo.

—Yo todavía no. Acabo de llegar y ni siquiera he saludado a todos los de la casa.

En ese momento se acercan a ella Yamal y Yacir. Dorotea los acompaña. Alicia contempla al chico guapo y serio que tiene delante. No lo imaginaba así y le gusta su aspecto. Yamal es un hombre elegante, y luce una sonrisa muy blanca y atractiva. Dorotea los presenta y ambos le dan la bienvenida. Llega Melika de la calle con la compra. Entre ella y Alicia se ha establecido una corriente de simpatía. Después, Melika pide a todos que despejen la cocina porque tiene que ponerse a la tarea. Ha ideado un menú complicado para celebrar la llegada de Alicia.

—Es el momento —Alicia se dirige a Ulises—. Aprovechemos para dar nuestro paseo.

—No tardéis mucho en regresar —les dice Melika—. A las dos la comida estará lista.

—¿Quieres que subamos al faro? Se ve desde allí una vista muy bonita.

Inician el camino de subida entre los matorrales.

—¿Sabes, mamá? Me gusta que trabajes en política. Creo que es importante.

Alicia lo mira sorprendida. Nunca antes su hijo había mostrado

interés por su trabajo.

—A lo mejor algún día yo también me dedico a lo mismo. O puede que me convierta en un viajero solitario.

—¿En un viajero solitario?

—Y solidario —añade Ulises con una sonrisa.

—Eso me gusta más.

¿Cómo habrán discurrido estos días en que ha estado alejada de su hijo? A Alicia le había intranquilizado la inicial despreocupación de Dorotea y la mala influencia que eso podría haber ejercido sobre Ulises. Sin embargo, tiene la impresión de que algo en estos días lo ha hecho crecer, nota en él un interés más profundo por la vida que lo rodea. Sabe que no se trata del tema que acaba de comunicarle Dorotea y del que, según le ha dicho, nadie en la casa tiene todavía noticia. Pero quizá la luz y la risa de Dorotea hayan disminuido y eso afecte a su entorno. Aunque le parece que no se trata de eso. Es algo diferente, algo que su hijo ha vivido y que le irá contando cuando pueda. A Dorotea le han diagnosticado en el hospital otro brote de cáncer, y aunque le ha explicado que no parece muy importante y que no quiere preocuparse, Alicia ha percibido su angustia.

Ulises mira a su madre, que se ha quedado pensativa, y ella le sonríe.

—Me impresiona que te intereses por mi trabajo —le dice regresando de su ensimismamiento— justo ahora en que yo estoy dudando si lo que hago tiene algún sentido y si no valdría más que pasara más horas contigo.

—Yo no necesito que nadie me cuide.

—Tengo ganas de que me cuentes lo que has vivido.

—He vivido una odisea, para eso me pusisteis el nombre de Ulises, ¿o no era por eso? Tengo que vivir mis propias aventuras. Y a mí me gustaría que me contaras cosas de tu trabajo, ¿tiene que ver con la política de acogida de los inmigrantes?

Alicia dedica la siguiente hora a contestar las preguntas de su hijo, y lo hace a conciencia, esperando pacientemente a que él acabe de satisfacer su curiosidad para abordar el tema que ella necesita comunicarle.

Cuando quieren darse cuenta, son las dos de la tarde, y regresan para acudir a la cita de Melika. La casa ha retomado su actividad

habitual. Incluso Dorotea parece más animada, aunque Alicia note que está haciendo un gran esfuerzo para sobreponerse. Y es cierto. Dorotea sabe que ella es el motor de la casa y que no puede fallar en un momento tan importante. Pero también sabe que la verdad es necesaria y que cuanto antes tiene que aflorar. Le cuesta mucho renunciar a los planes que habían formado Yamal y ella: irse a vivir juntos al desierto dentro de un par de años. Pero tal como están las cosas con Yacir, además de la noticia que acaba de recibir, tiene la impresión de que eso no llegará, de que tendría que ser ahora o nunca, y ahora tiene prioridad el caso de Yacir. Esta vez tampoco puede contar con el apoyo de Melika, que bastante tiene con asumir la muerte de su marido. Le gusta haber podido hablar con Alicia y el cariño sincero que le ha demostrado, pero Alicia debe irse y seguir su camino, como todos los demás, y ella tendrá que afrontar su miedo en solitario. Lo que más le cuesta en este momento es renunciar a la compañía de Yamal. Le parece que, a solas con él en el desierto que él tanto ama, podría afrontar con calma el periodo que se avecina, e incluso ser feliz. Quiere liberarse del temor que de vez en cuando la asalta sin que ella le dé permiso de entrada; desea que el desierto la inunde con su inmensidad, que la llene por dentro y por fuera como le ocurrió a Yamal de niño.

La comida discurre en un ambiente de falsa alegría. Todos sienten una despedida en su interior, un futuro que les asusta por desconocido. Yamal levanta a menudo la mirada hacia Dorotea, que se esfuerza por comer a pesar de su falta de apetito. De pronto, ella siente que todo cambia. La mirada de Yamal se ha transformado, parece que la mire sin ver, que traspase su cuerpo transparente. Su cuerpo ya no es, Dorotea lo siente expandido, diluido. El efecto dura unos segundos, después se desvanece.

Por la tarde, Yamal se acerca al cuarto de ella. Se miran en silencio.

—¿Qué pasa? —pregunta él cogiéndole las manos.

Dorotea lo mira con pena. Le comunica el resultado de sus pruebas.

—No te preocupes, no vas a afrontar esto de nuevo en solitario. No voy a separarme de ti. Lo que teníamos decidido para más adelante se producirá ahora. No sabes cómo me costaba aplazar nuestro verdadero encuentro. Me has devuelto el gozo de la vida

plena.

—¿Y Yacir?

—Quería hablar contigo sobre ello. He hecho cambios en los planes que tenía para él, cambios que por supuesto nada tienen que ver con tu situación, que yo desconocía. Yacir no está preparado todavía para trabajar conmigo, pero necesita un cambio de vida. Antes de emprender otro aprendizaje, Yacir tiene que vivir, como hice yo, una etapa de soledad y desprendimiento. He pensado en Abdul, mi hijo nómada que se ocupa del ganado. Es un hombre silencioso y tranquilo. Él será durante un año el enlace de Yacir con el desierto y con su centro. Cuando Yacir alcance el estado de libertad interior, podrá elegir su destino. Y siempre nos tendrá a nosotros para ayudarlo si es necesario.

—¿Tú crees que yo puedo irme al desierto en la situación en que me encuentro?

—Nuestro primer objetivo es ir a Tánger, al hospital donde te tratas y escuchar lo que proponen. Si la propuesta no es compatible con nuestros planes buscaremos un plan alternativo que discutiríamos con los médicos. En cualquier caso, tú serás quien decida y yo me mantendré a tu lado.

De nuevo, Dorotea siente su vida expandirse hasta borrar los límites, como si todo estuviera previsto desde el principio de los tiempos. Reconoce el momento que, sin saberlo, ha estado esperando toda su vida.

La pesada carga de responsabilidad se desprende de ella, y un sentimiento de alegre libertad la embarga. Junto a Yamal, las decisiones vendrán solas de la forma más sencilla. Nada y todo depende de ella, de este cuerpo que es y no es. Acepta que su cuerpo puede desaparecer en cualquier momento y que la vida seguirá transcurriendo y haciendo su trabajo a través de otros cuerpos sin tener en cuenta su desaparición. Mientras tanto, los fuertes brazos de Yamal, que la envuelven, son su salvación.

—Empecé la vida contigo, Yamal, y contigo quiero acabarla. Estoy preparada para lo que decidamos.

—Bien —contesta Yamal pausadamente—. Llama al hospital para concertar una cita. Iremos allí cuanto antes, y después volveremos a Atlanterra para terminar de organizamos de acuerdo con la decisión que tomemos.

Melika está meditabunda, sentada en la cama de su habitación. Todavía le da vueltas la cabeza después de la reunión que han tenido en la biblioteca. La enfermedad de Dorotea ha venido a precipitar las decisiones que estaban pendientes en el aire. Ella sabía que Yamal estaba decidido a llevarse a Yacir, y pensaba quedarse en la casa con Dorotea aguardando su regreso. Ahora es distinto, el cambio es radical. Pero ¿no era eso lo que ella estaba necesitando? Alicia le ha ofrecido trabajo en Madrid para atender su casa y a Ulises. El matrimonio se separa —por lo menos de momento— y, según le ha dicho Alicia, a Ulises le vendrá bien convivir con una persona a quien quiere, dado que ella tendrá que ausentarse con frecuencia. Todavía no ha dado una respuesta, pero le tienta mucho la oferta. Dorotea le concede libertad para quedarse en la vivienda atendiendo a lo que haga falta o para cambiar de residencia, en cuyo caso ella encargaría el cuidado de la casa y el jardín a Diego y Antonia. A Melika le atrae la idea de Madrid y la casa de Alicia. Zahara y Atlanterra están demasiado vinculadas a su llegada en la patera, al sufrimiento, a la pérdida de su hija, a la pérdida de Yusuf. Al lado de Dorotea, ella ha ido sanando las heridas, pero ha llegado el momento de volar por cuenta propia. Necesita sacudirse toda esa tristeza y empezar desde otro ángulo. La cercanía de Ulises mitigará la dureza de la separación de Yacir. Ella quiere que los dos chicos sigan siendo amigos y, si ella se mantiene cerca de Ulises, piensa que algún día se encontrarán los dos de nuevo. Le espanta el recuerdo de los últimos tiempos de Tánger y el sufrimiento de saber a Yacir entregado a malas compañías y a peligros sin nombre. Tiene que volver a hablar con Dorotea para asegurarse de que no la necesita. También espera consultar su decisión con Yamal. Si les parece bien a ambos, aceptará la propuesta de Alicia.

Es temprano. Una niebla espesa lo cubre todo. En una ocasión, Dorotea le dijo que la niebla matutina solía anunciar un buen día de playa. A Ulises le gustaría que fuera así para sacudirse la tristeza. En su mochila, bien protegido por dos cartones, guarda la pintura del dragón de agua que le ha regalado Dorotea, y que enmarcará y colocará en la pared de su cuarto. Yacir ha ido con su madre al instituto para recoger las tareas, que esta semana hará en casa. Plaf no parece detectar lo que ocurre en el aire ni en el interior de su amo. Inicia una carrera alocada hacia unas gaviotas cuyas siluetas apenas se dibujan en la niebla, y que levantan el vuelo cuando sienten que se acerca. Detrás de las gaviotas se perfila la imagen borrosa de un pescador con su caña. Ulises da un pequeño rodeo para no acercarse demasiado por temor a que Plaf pueda molestar. El hombre está inmóvil, con la mirada fija en la lejanía y un gorro calado hasta las cejas. Ulises sigue andando mientras contempla el horizonte blanco y mudo. No se ve ni rastro del continente que lo vio nacer y que va a absorber en su desierto a los seres queridos con quienes ha compartido estos últimos días. Ahora todo eso le parece irreal, como si los recuerdos inmediatos pertenecieran a esa niebla que sigue avanzando, como si se disolvieran en ella. Se acabaron los planes de volverse a ver el próximo verano. Prefiere no preguntar por miedo a que se concrete lo impreciso, a que le digan que Dorotea se puede morir. No quiere tan siquiera que esa posibilidad roce su pensamiento, y tampoco quiere pensar en lo que le ha comunicado su madre, ni en su vuelta al colegio después de lo que le parece un año de ausencia. Solo quiere vivir el instante, empaparse de la niebla que lo ayuda a cobijar su pena. Plaf escarba la arena y olfatea el aire, tiende la oreja como si quisiera atrapar un sonido lejano, y después se frota contra la pierna de su amo y acompasa el paso al suyo.

Ulises se acerca a la orilla y deja que el agua acaricie sus pies. Le sorprende su temperatura acogedora. Lentamente, como un autómata, se desnuda y lanza la ropa a la arena seca. Luego se

acerca a recoger las piezas diseminadas para apilarlas ordenadamente, como hizo Yacir el único día que se bañó con él. Le duele por dentro la amistad de Yacir y la separación anunciada. El agua resulta más fresca al introducirse por completo, y Ulises nada con vigor. Plaf lo sigue deslizándose como un pequeño velero silencioso. Ulises sonríe contemplando su avance. Es un buen compañero. Por suerte, va a seguir a su lado, nada puede separarlos. Plaf alivió su soledad en los primeros días de su llegada, y ahora vuelve a estar presente en la triste despedida. Mientras lo acompañe, nunca se sentirá totalmente solo. Cuando sale del agua, la niebla ha empezado a abrir y asoma un rayo de sol. Su ánimo cambia por completo. Da unos cuantos saltos para entrar en calor y Plaf brinca de alegría. Le lanza una piedra para alejar un poco su alborozo mientras se viste a toda prisa para correr tras él.

Agradecimientos

Mi agradecimiento a todas las personas que han contribuido de forma directa o indirecta al enriquecimiento de esta obra, y en especial a Juani y a Cazalla en Barbate; a la memoria de Victoria en Zahara, y a Isidoro (el Padre Patera) en Algeciras.

CRISTINA CEREZALES LAFORET, (Madrid, 1948). Ha conjugado, durante más de veinte años, su labor como pintora con las de profesora de arte, traductora y viajera. Desde 1996 se dedica plenamente a la literatura. Ha publicado las novelas *De oca a oca* (2000), *Por el camino de las grullas* (2006) y *Música blanca* (2009), así como el libro de relatos *Amarás a tu hermano* (2010), todos en esta misma colección.